



# Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

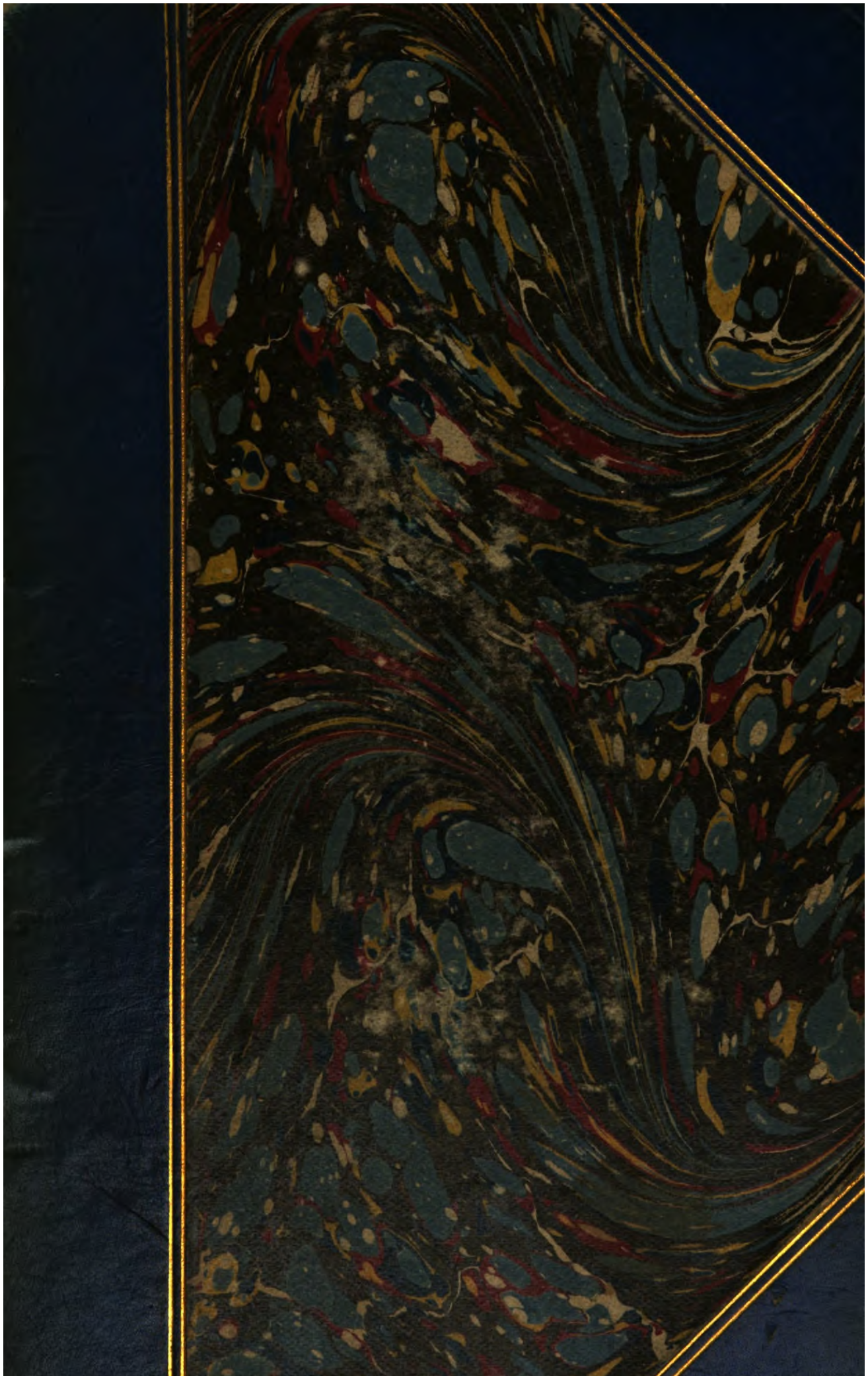
This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.



J

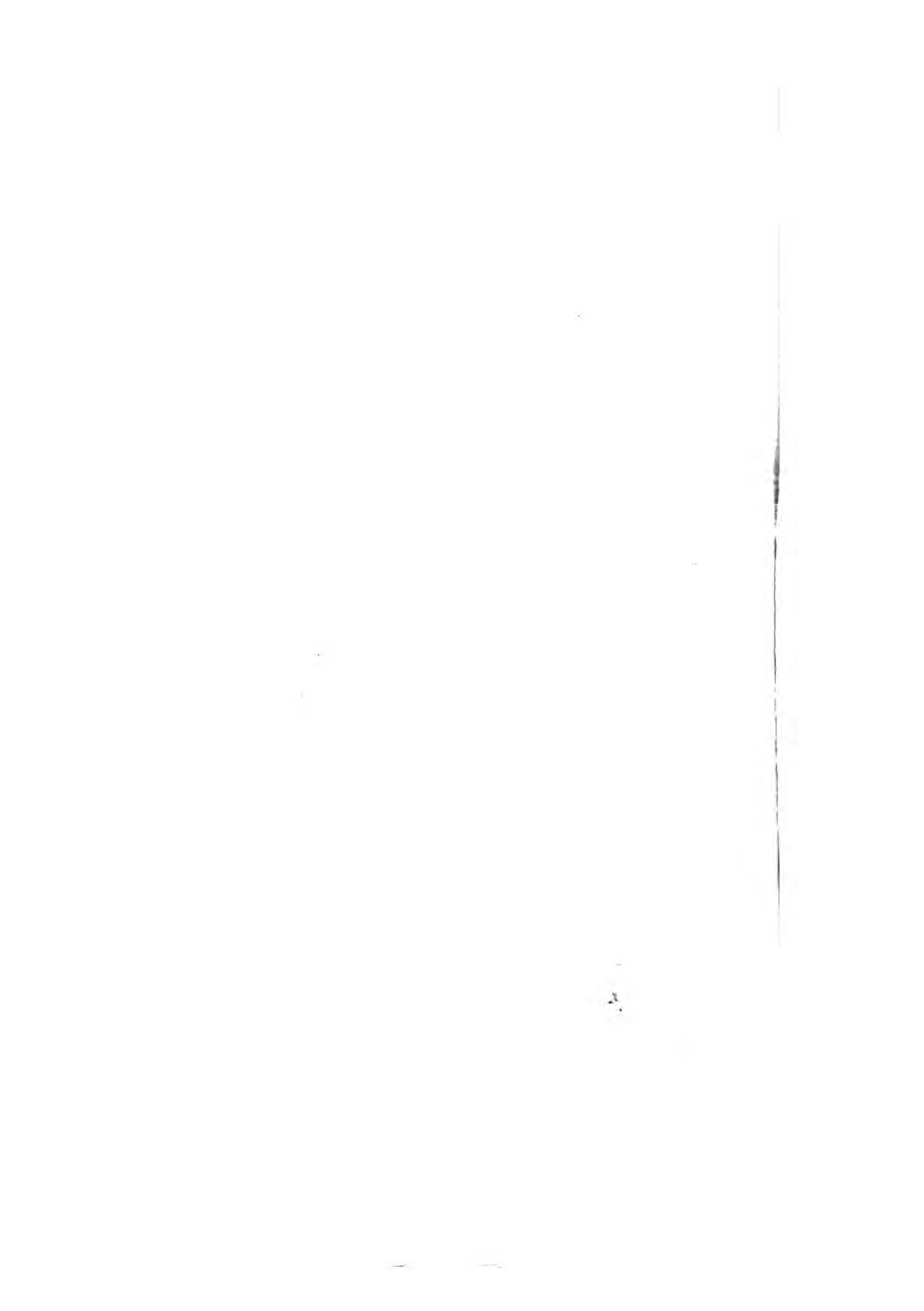
52.2.8.











COLECCION  
DE  
LIBROS ESPAÑOLES  
RAROS Ó CURIOSOS.

---

TOMO DUODÉCIMO.



## OBRAS PUBLICADAS.

---

- I. DELICADO.— La Lozana Andaluza.
- II. VERDUGO.— Guerra de Frisa.
- III. MUÑOZ.— Tragicomedia de Lisandro y Roselia.
- IV. Cancionero llamado de Stúñiga.
- V. VILLEGAS SELVAGO.— Comedia Selvagia.
- VI. LOPE DE VEGA.— Comedias inéditas, tomo I.
- VII. MILAN.— El Cortesano.
- VIII. PERO TAFUR.— Andanças é viajes.
- IX. SILVA.— La segunda Celestina.
- X. LUCAS RODRIGUEZ.— Romancero historiado.
- XI. HURTADO DE MENDOZA.— Obras poéticas.
- XII. Comedias de Tirso de Molina y de D. Guillen de Castro.





B. Mauré g<sup>o</sup>

*Dr. Gabriel Ferrer*

COMEDIAS  
DE  
TIRSO DE MOLINA  
Y DE  
DON GUILLEN DE CASTRO



MADRID  
IMPRENTA DE FORTANET  
CALLE DE LA LIBERTAD, 29

—  
1878



## ADVERTENCIA

DE LOS EDITORES.

---

Cayó no há mucho tiempo en nuestras manos un folleto en 4.º á dos columnas, é impreso á lo que creemos en la primera mitad del siglo xvii, que lleva por título TAN LARGO ME LO FIAIS, *Comedia famosa de D. Pedro Calderon de la Barca*. Lo leimos y hubimos de reconocer pronto en *Tan largo me lo fiais* la comedia *El burlador de Sevilla*, de Fray Gabriel Téllez, por otro nombre Tirso de Molina. El mismo argumento, el mismo plan, los mismos personajes, casi casi las mismas escenas, y en algunas, princi-

palmente en las capitales, las mismas ideas y los mismos versos.

Cotejando las dos comedias, hallamos en cambio variantes de no escasa monta: una que otra escena añadidas, algunas muy prolongadas, y las más con tantas y tan importantes enmiendas, que no parecia sino que las dos obras fuesen de distintos ingenios. ¿Será realmente *Tan largo me lo fiáis* de D. Pedro Calderon? nos preguntábamos. No podíamos creerlo. De admitirlo, debíamos suponer plagiarios á Calderon ó á Tirso, y no cabía inferir ni al uno ni al otro tan grave ofensa. Por otra parte, difieren tanto los dos poetas en el estilo, en la manera de dialogar, y sobre todo, en el enlace y el desenlace de sus argumentos, que no veíamos posible que, áun habiendo escrito los dos sobre un mismo tema, hubiesen venido á desarrollarlo de igual manera hasta el punto que llevamos dicho. Sobre que Calderon

tiene ya su D. Juan Tenorio, protagonista de *Tan largo me lo fiais*, en la comedia *No hay cosa como callar*, y allí nos le retrata con facciones y colorido muy distintos de los que vemos en el D. Juan de Tirso.

Don Cayetano Alberto de la Barrera en su excelente *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro antiguo Español* da *Tan largo me lo fiais* como producción de autor desconocido; pero nosotros, el público dirá si equivocadamente ó con acierto, entendemos que *Tan largo me lo fiais* y *El Burlador de Sevilla* son una misma obra, con variantes debidas ó al mismo autor ó á la deplorable libertad que se tomaron en otros tiempos muchos cómicos, de acomodar á su gusto ó al de sus espectadores las comedias de los más esclarecidos ingenios.

La dificultad está ahora en saber, si acaeció lo segundo, cuál de las dos come-



dias es la que salió de las manos de Tirso; y si lo primero, cuál es la que dió Tirso por corregida y acabada. Sube la dificultad de punto al considerar cuán infame-mente adulteradas están las dos por los copistas, pues una y otra tienen lagunas de cuya existencia no permite dudar la rima, y una y otra conceptos y versos de todo punto ininteligibles, algunos, verdaderos contrasentidos.

Hemos observado, con todo, que en muchos puntos se aclaran y completan la una á la otra, y esto nos ha movido á dar á luz la que por casualidad ha caido en nuestras manos. Tal vez alguno, conociendo las dos, se anime á cotejarlas con más detenimiento que nosotros, y restaure por la comparacion la obra de Tirso, de tal importancia, que áun hoy sirve de tema y estímulo á los más afamados poetas. ¡Qué fortuna la nuestra si tal sucediese!

Por afortunados nos tenemos ya con poder publicar al frente de este volúmen el retrato de Fray Gabriel Téllez, copia de uno que consideramos auténtico y forma parte de la galería del Sr. Marqués de Santa Marta. El retrato original lleva la firma de Fr. Antonio Manuel de Hartalejo pintor hasta ahora desconocido y de quien no se tienen más noticias que las que el mismo consignó en el retrato y en la inscripcion siguiente :

«El R. P. M. Es Gabriel Téllez, Comendador que fué de esta provincia, hijo de este convento, varon de insigne prudencia, predicador y maestro en Teología, definidor y cronista de la Orden.—Fabricó el retablo principal, el camarín, los colaterales y todo el adorno que se ve en la nave de la iglesia. Dejando la sacristía llena de preciosas alhajas y ornamentos para el culto.—Nació en Madrid en 1572.—Murió en 12 de Marzo d 1648,

á los 76 y 5 meses de edad.—Fr. Antonio Manuel de Hartalejo, Maestro general de la Religion, hijo tambien de este convento, copió este retrato.» (1)

Contiene además este volúmen dos comedias de uno de nuestros mejores poetas dramáticos, D. Guillen de Castro. La que lleva por título *Quién no se aventura*, ve la luz pública por vez primera y la *Tragedia por los celos* áun cuando se ha impreso, lo fué como de Lope de Vega (2). Los manuscritos de las dos existen en la Biblioteca del Sr. Duque de Osuna, de donde las hemos copiado para insertarlas en este volúmen, que esperamos merezca el aplauso de los amantes de las letras.

F. DEL V.

---

(1) Catálogo de los cuadros del marqués de Santa Marta, por D. Vicente Poleró y Toledo quien fué el que tuvo la suerte de poner en claro tan interesante hallazgo.

(2) Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro antiguo Español por D. Cayetano Alberto de la Banera, pág. 241.

# OBSERVACIONES

SOBRE

## EL CARÁCTER DE D. JUAN TENORIO

---

### I.

Confieso que Tirso de Molina es uno de mis autores favoritos. Me encantan en muchas de sus comedias la animación de los diálogos, la naturalidad y soltura de los versos, la elegancia del lenguaje, la sencillez del argumento, la manera fácil y agradable como lo desarrolla. Con todas estas cualidades le tendría en poco, á no reconocerle una que en mi sentir es superior á todas y constituye al verdadero poeta. Le aplaudo y le admiro porque tiene el maravilloso dón, que á tan pocos se otorga, de crear caracteres.

Crear caracteres no es para mí, ni puede ser para nadie, concebir personajes sin realidad y atribuirles una série de más ó menos brillantes hechos, cosa fácil para el que no

carezca de mediana fantasía; es darles un corazón, una voluntad, una inteligencia, una personalidad tan acabada, que todos en leyendo el poema ó el drama donde figuren, los veamos y toquemos como si vivieran, los distingamos perfectamente de los demás y los comprendamos hasta el punto de poder apreciar lo que en determinadas situaciones dirían ó harían. Inventarlos es cosa secundaria: se los puede tomar de la historia ó la leyenda, sin que por esto disminuya el mérito del que acierte á devolverles la vida que perdieron. Lo principal es convertirlos en seres vivos y armónicos que sean reales para la humanidad, ya que no para la naturaleza.

Supo Tirso hacer esto como los primeros poetas, y de aquí la predilección en que le tengo. No sólo creaba caracteres; los desenvolvía de suerte que los daba á conocer á las pocas palabras que ponía en boca de sus interlocutores. Procedía á la manera de Shakespeare, no á la de esos dramáticos de segundo orden que aún para dejar comprender el espíritu de sus protagonistas necesitan hacerlos pasar por una larga serie de vicisitudes y contrastes.

¡Y qué caracteres los suyos! Verdaderos tipos de la especie humana, han adquirido algunos tanta popularidad como los de Cervantes, é inspirado á muchos de los escritores que tras él vinieron. Son ricos, bellos, ideales y reales á la vez, mezcla feliz de la naturaleza y la poesía. Se los sigue sin violencia hasta por las más fantásticas regiones, y áun allí se los encuentra verdaderos. Tienen sobre todo tal unidad, que difícilmente se los puede corregir que no se los falsee. Testigo el de D. Juan Tenorio, personaje que tantos poetas han tomado con posterioridad á Tirso por protagonista, ya de sus dramas, ya de sus cantos épicos.

---

El D. Juan de Tirso de Molina es un gallardo y seductor mancebo que se complace en ganar el corazón de las mujeres, las abandona en cuanto logró engañarlas, y vuela de flor en flor como la mariposa; un caballero de temple, que tiene su honor en mucho, no retrocede ante ningún peligro y atropella por todo en cuantos lances le ocasionan sus locos devaneos; un cristiano que olvida lo flaco de

su naturaleza, mira léjos de sí la muerte, y goza, sin temor al infierno, de los placeres de la vida; un mozo que, arrebatado por el vicio, desoye hasta los avisos del cielo, y sólo se arrepiente cuando le abrasa el fuego que ha de matarle; la imágen, por fin, del alma libre y el cuerpo cautivo.

No es un hombre de pasiones: ni ama ni ódia. Siente, cuando más, por las bellezas que ve, un calor que no trasciende al espíritu; y si alguna vez mata, es, no por enemistad ni por venganza, sino por arrollar un obstáculo. No conoce más que un amor, el amor propio, y por éste determina su conducta. Se creeria humillado si ño venciese á la mujer en quien ha puesto los ojos; se tendria por indigno si no se abriera camino entre los que intentaran atajárselo; reputaria vil y bajo acudir á terceros para sus empresas. Se dirige á la mujer, fiado sólo en su gallardía y su lengua; se arroja á las más temerarias aventuras, fiado sólo en su espada. Nada de escuderos que le guarden la calle; nada de criados infieles que por soborno le franqueen la puerta. Ni siquiera pone en juego las artes del diablo: no hace brillar jamás ni alhajas ni joyas á los ojos de

la mujer que está seduciendo. Se las promete cuando más para despues del triunfo. ¿Le sale álguien al paso? Tampoco le pide favor ni se disculpa.

No por eso es maton ni pendenciero: no usa de las armas sino en su defensa. Puesto á defenderse, no ceja en cambio ni á la voz de la sangre. Se bate con los mismos guardias del rey de Nápoles, deja cadáver al comendador de Calatrava, que habia corrido á detenerle al oír los gritos de su engañada hija, y sujeto ya por la sombra de ese ultrajado padre, esgrime aún contra ella su impotente daga. Cede una sola vez, y ésta cuando ve ya inútil toda resistencia.

Es tan incorregible como intrépido. En vano le reprenden unos, le amonestan otros, le destierra el rey, le habla el autor de sus dias en tan cortas como sentidas frases: continúa mintiendo y engañando. En vano se le amenaza con la otra vida: contesta con su ¡tan largo me lo fiais!, que basta para resumir todo un carácter. En vano se ve casi presa de la muerte: no bien se salva, cuando vuelve á sus amóríos. Náufrago, llega sin sentido á la playa en hombros de su fiel sirviente: al despertar y



abrir los ojos, empieza por seducir á la pescadora que tuvo la desdicha de acogerle en su regazo.

Miente y engaña; pero adviértase bien, con el solo objeto de cautivar mujeres y lograr la satisfaccion de sus carnales apetitos; rara vez con el de atenuar sus faltas ni procurarse oro ni excusar un lance. Le repugnan la hipocresía y la bajeza. Al tropezar con D. Gonzalo, habria podido fácilmente desarmarle diciéndole que no habia llegado al honor de doña Ana, como más tarde dijo: porque no se lo atribuyeran á miedo, siguió el engaño y prefirió abrirse paso con la espada.

Su honor de caballero lo tiene en tanto que, al verle manchado en la inscripcion de un sepulcro, convida y reta la estatua del que allí yace. Yace allí el Comendador, á quien cree haber muerto en buena ley de guerra; y al leer en la lápida:

Aquí aguarda del Señor  
El más leal caballero  
La venganza de un traidor,

caliente la sangre y ofendido en lo más hondo del alma, le dirige los más crueles sarcasmos.

¡ Él traidor ! No acaba de leerlo , cuando ase de las barbas á la estátua y dice :

Del mote reirme quiero.  
Y ¿ os habeis vos de vengar  
buen viejo , barbas de piedra ?

.....  
Aquesta noche á cenar  
os aguardo en la posada ,  
y allí el desafio haremos  
si la venganza os agrada :  
pero mal reñir podremos  
si es de piedra vuestra espada.

.....  
Larga esta venganza ha sido ;  
si es que vos la habeis de hacer ,  
bien puedo vivir dormido ;  
que si á la muerte aguardais  
la venganza , la esperanza  
agora es bien que perdais ,  
pues vuestro enojo y venganza  
tan largo me lo fiais.

¿ Qué habla aquí en D. Juan ? ¿ es la impiedad ? ¿ es la locura ? No ; habla todavía el amor propio lastimado , el pundonor herido . Con gusto habria visto entónces D. Juan que se hubiese levantado del sepulcro el Comendador , armado de todas armas y dispuesto á comba-

tirle. Si ayer con denuedo, hoy con verdadero furor le habria acometido.

No, no es un impío el D. Juan de Tirso de Molina. Cree en Dios y la inmortalidad del alma. Cree en el cielo y el infierno. Cree en la eficacia de la confesion para salvarse. Cree posible rescatar por las oraciones de la Iglesia las almas que murieron en pecado. Cuando está en su casa á solas con la estatua del Comendador, le dice :

Si andas en pena ó si buscas  
alguna satisfaccion,  
aquí estoy. Dímelo á mí,  
que mi palabra te doy  
de hacer todo lo que ordenes.  
¿Estás gozando de Dios?  
¿Eres alma condenada  
ó de la etérea region?  
¿Díte la muerte en pecado?  
habla, que aguardando estoy ;

y cuando ve ya inevitable su muerte, exclama

Deja que llame  
quien me confiese y absuelva.

Hace frente á la estatua al mirarla con vida,  
y hasta se compromete á ir de noche á cenar

con ella en la iglesia donde está el sepulcro ; pero tampoco por impiedad sino por ese exagerado honor, móvil principal de sus actos.

*D. Gonz.* ¿Cumplirásme una palabra  
como caballero?

*D. Juan.* Honor  
tengo, y las palabras cumplo  
porque caballero soy.

*D. Gonz.* Dame la mano, no temas.

*D. Juan.* ¿Eso dices? ¿Yo temor?  
Si fueras el mismo infierno,  
la mano te diera yo.

*D. Gonz.* Bajo esa palabra y mano  
mañana á las diez te estoy  
para cenar aguardando.  
¿Irás?

*D. Juan.* Empresa mayor  
entendí que me pedias :  
mañana tu huésped soy.  
¿Dónde he de ir?

*D. Gonz.* A la capilla.

*D. Juan.* ¿Iré solo?

*D. Gonz.* No, id los dos  
y cúpleme la palabra  
como la he cumplido yo.

*D. Juan.* Digo que la cumpliré,  
que soy Tenorio...

.....

Iré mañana á la Iglesia  
 donde convidado estoy,  
 porque se admire y espante  
 el mundo de mi valor.

Cuando va D. Juan á cumplir su extraña promesa, oye de boca de su criado que es necesidad de necesidades ir á cenar con un muerto. Por toda contestacion le dice:

¿No ves que dí mi palabra?

y al llegar á la capilla, léjos de encogerse, se exalta al oír que D. Gonzalo pone en duda su honor y su arrojo.

*D. Juan.* ¿Quién va allá?

*D. Gonz.* Yo.

*D. Juan.* ¿Quién sois vos?

*D. Gonz.* El muerto soy, no te espantes.  
 No entendí que me cumplieras  
 la palabra, segun haces  
 burla de todos.

*D. Juan.* ¿Me tienes  
 en opinion de cobarde?

*D. Gonz.* Sí, porque de mí huiste  
 la noche que me mataste.

*D. Juan.* Huí de ser conocido,  
 mas ya me tienes delante.  
 Dí presto lo que me quieres.



un humilde pescador  
 mereciendo tu favor  
 y tu mano hermosa y bella,  
 que las riquezas mayores  
 que el mundo puede ofrecer.

*Pescad.* Casi te quiero creer,  
 mas sois los hombres traidores.

*D. Juan.* ¿No echas de ver por los ojos,  
 mi Trisbea, el corazón?  
 Pues míos tus brazos son,  
 no me niegues sus despojos.  
 Abrázame y dame en ellos  
 el alma.

*Pescad.* Ya á tí me allano,  
 mas con la palabra y mano  
 de esposo.

*D. Juan.* Juro, ojos bellos,  
 que mirando me matais,  
 de ser vuestro esposo.

*Pescad.* Advierte,  
 mi bien, que hay infierno y muerte.

*D. Juan.* ¡Tan largo me lo fiáis!  
 Ojos bellos, miéntras viva,  
 vuestro cautivo seré.

*Pescad.* Esta es mi mano y mi fe.

*D. Juan.* Y ésta la mia, si estriba  
 en ella vuestro sosiego.

Es aún más bella y florida su palabra cuando trata de seducir á Arminta.

*D. Juan.* Arminta, escucha y sabrás,  
 si quieres que te la diga,  
 la verdad, si las mujeres  
 sois de verdades amigas.  
 Yo soy noble caballero,  
 cabeza de la familia  
 de los Tenorios, antiguos  
 ganadores de Sevilla.  
 Mi padre despues del Rey  
 se reverencia y se estima  
 en la Corte, y de sus labios  
 penden las muertes y vidas.  
 Torciendo el camino acaso,  
 llegué á verte, que amor guia  
 tal vez las cosas de suerte,  
 que él mismo dellas se admira.  
 Víte, adoréte, abraséme,  
 y es de suerte que me obliga  
 á que contigo me case :  
 mira que accion tan precisa.  
 Y aunque lo murmure el Reino,  
 y aunque el Rey lo contradiga,  
 y aunque mi padre enojado  
 con amenazas lo impida,  
 tu esposo tengo de ser.



Vencida la bella labradora, le dice D. Juan, para más cautivarla:

¡ Ay, Arminta de mis ojos!  
 mañana sobre virillas  
 de tersa plata, estrelladas  
 con clavos de oro de Tíbar,  
 pondrás los hermosos piés,  
 y en prision de gargantillas  
 la alabastrina garganta,  
 y los dedos en sortijas  
 en cuyo engaste parezcan  
 estrellas las amatistas.

« Tuya soy » dice la infeliz Arminta y don Juan:

¡ Qué mal conoces  
 al burlador de Sevilla!

Nada aquí de exageraciones ni de largos razonamientos sobre el amor y la hermosura; nada que tienda á explicar la voluble y al parecer contradictoria naturaleza del personaje. Y, sin embargo, el carácter resulta no sólo de buen dibujo, sino tambien perfectamente modelado. Se le ve, por decirlo así, de carne y hueso ya en las primeras escenas, y no se

necesitan esfuerzos de imaginacion para comprenderlo. Al empezar la comedia, sorprenden á D. Juan en el momento de haber gozado de Isabela fingiéndose el duque Octavio. A los gritos de la dama acude el Rey, que pregunta con enojo: «¿Qué es esto?» D. Juan con el mayor desenfado contesta:

¿Qué ha de ser?  
un hombre y una mujer.

Se revela ya todo su carácter en estas cortas palabras. Ordena luégo el Rey á D. Pedro Tenorio, que prenda á la dama y al atrevido caballero, y D. Pedro intima á su sobrino que se rinda. D. Juan se resiste y se prepara á la defensa. Es de notar lo altanero de su lenguaje:

No llegue ninguno á mí  
si morir no quiere aquí.  
.....  
Por la punta de esta espada  
llegad á comprar mi vida,  
que ha de ser tan bien vendida  
como de todos comprada.

¿Se necesita más para comprender luégo en sus dos fases á nuestro libertino caballero? Co-

nocido el argumento, se le considera desde luégo capaz de repetir el engaño en Doña Ana de Ulloa, matar al Comendador, devolverle ultraje por ultraje despues de muerto, ir á cenar por fin con la sombra de D. Gonzalo.

---

Pero este carácter, ¿es moral? ¿es verdadero? Moral no puede serlo nunca el espectáculo de un mancebo que por antojo ó por el fugaz estímulo de sus sentidos corrompe y deshonra á cuantas mujeres encuentra al paso, y con tal de acallar los impuros apetitos de su carne, sacrifica sin vacilar los respetos que se deben al padre, al esposo, al amigo, al hombre. Ni puede serlo el de un caballero que por un falso pundonor ultraja la estatua del padre de una de sus víctimas, á quien mató injustamente de una estocada, y al verla erguida ante sus ojos, á pesar de creer que hay en ella algo de sobrenatural y sentir turbado su propio espíritu, la provoca y se presta á visitarla de noche en la oscura capilla donde habia de temer que recibiese su justo castigo. Si Don Juan hubiese creído que aquella estatua no era más que un engendro de su fantasía, no resul-

taria tan inmoral—tampoco tan grande;—pero él la tomaba como la verdadera aparición del Comendador á quien habia muerto, y era llevar la inmoralidad al cinismo el hecho de no temerla. Por esto sin duda Tirso le presentó al final de su comedia arrepentido y sin poder obtener el perdon que por su arrepentimiento buscaba, la mayor y la más terrible pena que podia imponerle á los ojos de su siglo.

Mas si la creacion del D. Juan no es moral, es en el fondo verdadera. El amor voluble es por desgracia comun entre los hombres. La monogamia está en las leyes, la poligamia en las costumbres. Ni falta quien haya sostenido ni quien sostenga que no es nuestro corazon para cautivo de una sola belleza, ni nuestro cuerpo para no gozar de los encantos del mundo ínterin crucemos la primavera de la vida. Si lo dicen pocos, lo piensan muchos, y muchos más lo practican. Y ¡ay del que así lo entienda y de jóven lo ejecute! El amor voluble constituye en él naturaleza. Esta es una de las no pequeñas causas de la prostitucion que corroe las entrañas de los pueblos.

Tal vez álguien ponga en duda que en hom-

bre tan dado á los placeres quepa un alma de robusto temple; pero no está reñido el valor con el más desenfrenado sensualismo. Alejandro no es una excepcion entre los héroes. De César se decia hiperbólicamente que era el marido de todas las mujeres de Roma. La prostitucion siguió con frecuencia los pasos de los ejércitos, y la violacion ha sido en todos tiempos la compañera inseparable de la guerra. Ni han sido más continentes los capitanes cristianos que los del paganismo. Se afanan las religiones por domar la carne, y en la carne encuentran su más tenaz rebelde.

Lo que parecerá fuera de toda verdad es cuanto se refiere á la estatua de D. Gonzalo. Conviene que distingamos. Una cosa es el carácter de D. Juan, otra los medios empleados para su desarrollo. Pueden ser éstos inverosímiles y aún falsos, sin que deje aquél de ser verdadero. Que un muerto recobre en la estatua de su sepulcro su personalidad y su vida, no es en primer lugar inverosímil bajo el dogma católico. Admitido que Dios interviene en los negocios de los hombres y puede para sus fines interrumpir á su sabor las leyes de la naturaleza, nada hay imposible. Puede

Dios buscar en un muerto como en un vivo el instrumento de sus venganzas. Y bajo el dogma católico y para el mundo católico escribió Tirso su comedia.

Más aún: dada la inverosimilitud del hecho, ¿en qué podría resultar falso el carácter de Don Juan Tenorio: en que D. Juan no retrocediese ante lo sobrenatural, ó lo que es lo mismo, lo desconocido? Desconocido era el Océano en el siglo xv, y lo cruzaron en busca de nuevos continentes Colon y sus compañeros. Desconocidas eran más tarde las comarcas interiores de América, y las exploraban hombres al parecer reñidos con su vida trasponeando cumbres coronadas de eternos hielos, que despedían torrentes de fuego y lava y asordaban y hacían estremecer la tierra con sus rugidos. Desconocida, sobre todo, nos es la muerte, y la arrostramos y la desafiamos hoy en campos de batalla donde se van á decidir los destinos de dos pueblos, mañana en un laboratorio, el otro día en un cadalso. El honor, cuando no el entusiasmo por una idea, nos arrastra frecuentemente á cruzar con paso firme los umbrales de la muerte, más allá de los cuales no vemos sino sombras y tinieblas.

Los héroes de la Ilíada luchan con los dioses del Olimpo, sin que por esto nos parezcan falsos.

Precisamente por haber sabido el poeta presentar con arte en su protagonista esa mezcla del libertino y el héroe, esa entereza ante lo desconocido, esa firme voluntad que le hace caminar impávido al cumplimiento de su destino sin que experimente turbación de que al instante no se reponga, es D. Juan no sólo un carácter, sino también uno de los tipos más populares que ha concebido la poesía. Tres siglos lleva ya de existencia, y todos los años acude la multitud al teatro ansiosa de oírle requebrar mujeres y verle recibir intrépido á la irritada sombra de D. Gonzalo. Place á las muchedumbres ver cuando ménos en el teatro almas enteras, ya que en el del mundo apenas ve más que almas dudosas y cobardes, tan viciosas como la de D. Juan, pero ocultos sus vicios bajo el velo de la hipocresía.

Mas ¿es ya el D. Juan de Tirso el que se representa en el teatro? Le han ido modificando otros poetas, y me propongo examinar si mejorándole ó desfigurándole.

## II.

Después de Tirso, Molière fué el primero que puso en escena á D. Juan Tenorio. Le comprendió mal y le desfiguró por completo con ser un poeta de primer orden. Su D. Juan es razonador y escéptico. Sin ser hipócrita, emplea por cálculo la hipocresía. Carece de toda virtud y adolece de todos los vicios. No sólo es libertino, sino también tramposo. Se burla de sus acreedores y hace gala de saber despacharlos, dándoles por toda moneda buenas palabras. Hijo sin piedad y sin entrañas, rabia por ver muerto á su anciano padre. Ya se insolenta con él, ya le engaña para hacerle servir de escudo contra los vengadores de sus víctimas. No es ya un caballero, sino un canalla; no ya el galán seductor de Tirso, sino un calavera. Para colmo de inmoralidad muere impenitente.

No ya sólo con relación al de Tirso, sino también considerado en sí, resulta el D. Juan de Molière contradictorio y falso. Es más es-



céptico de lo que permitia su siglo: no cree en el cielo ni en el infierno, en Dios ni en el Diabolo, en la libertad ni en la Providencia, en la virtud de la medicina ni en la del hombre; cree sólo en que dos y dos son cuatro, y cuatro y cuatro son ocho. Ese hombre, sin embargo, que todo lo niega y atribuye sólo al interés nuestros actos, da luégo por amor á la humanidad una moneda de oro á un mendigo, y defiende espada en mano á un desconocido que atacan tres, sólo porque es desigual la lucha y no cabe tolerar tanta cobardía.

Escéptico hasta el punto de no creer en Dios ni en la inmortalidad del espíritu, mal podia ese D. Juan parecer un héroe recibiendo impávido la estatua del Comendador de Calatrava. Al que no cree en lo sobrenatural, ¿qué temor le han de infundir las sombras ni los espectros? Al que detrás del sepulcro no ve sino la nada, ¿qué miedo le ha de inspirar ni áun la misma muerte? Con pintar Molière á su D. Juan completamente escéptico, le despojó sin querer de todo color épico y áun del carácter altamente dramático de que habia sabido revestirle Tirso. ¿Lo habria conocido él mismo cuando á la aparicion de la estatua

de D. Gonzalo añadió la del espectro de doña Elvira?

Quitó Molière al D. Juan de Tirso hasta ese aire particular del hidalgo que cree indigno esquivar los peligros. Tiene su D. Juan seducidas á dos pescadoras, cuando le avisan que vienen sobre él doce hombres á caballo. Abandona al punto su conquista, se disfraza y busca su salvacion en la fuga. ¡Qué diferencia entre ese D. Juan y el de Tirso cuando le acometen los guardias del rey de Nápoles! Arremete aquél contra sus agresores, y sólo se rinde porque cree que puede poner sin mengua su espada en manos de su tío. El D. Juan de Molière lleva la bajeza al punto de emplear la hipocresía contra el mismo hermano de doña Elvira, que horas ántes habia sido para con él modelo de caballeros. Se niega á reparar su sacrilegio afectando escrúpulos que jamás ha tenido; y si bien no se niega á dar una satisfaccion por las armas, hace constar que no es él quien provoca el desafío, porque se lo prohíbe el cielo, un cielo en que no cree. Desconoce á no dudarlo el sentimiento del honor, alma del D. Juan de Tirso. Así es tan poco simpático, si no repugnante. Así es el de

Tirso tan agradable y poético. ¿Quién dudará, con todo, que Molière ha querido pintar en Don Juan á la vez que al seductor al caballero?

Ni como seductor puede compararse el Don Juan de Molière con el de Tirso. No seduce en la escena sino á dos ignorantes pescadoras que ni saben hablar su lengua; distan, por lo tanto, de tener la cultura ni la delicadeza de alma de Trisbea y de Arminta. Muestra habilidad é ingenio para convencer á las dos de que cada una es la preferida; pero no esa audacia ni esa fuerza de insinuacion que tanto contribuyen á rendir los más fuertes corazones. Es más cómico que dramático ni lírico. Saca de un convento á doña Elvira, pero no se sabe por qué medios. Dudo que empleara los del D. Juan de Tirso, cuando se propone ganar á Arminta. Llega el D. Juan de Tirso á la cámara de la bella labradora de noche y á la hora de recogerse:

*D. Juan.* ¡Arminta!

*Arminta.* ¿Quién llama á Arminta?

¿Es mi Batricio?

*D. Juan.* No soy

tu Batricio.

*Arminta.* ¿Pues quién?

*D. Juan.* Mira  
despacio; Arminta, quién soy.

*Arminta.* ¡Ay de mí! Yo soy perdida.  
¿En mi aposento á estas horas?

*D. Juan.* Estas son las horas mias.

¿Quién puede luégo aguantar con calma en la escena á un D. Juan que, como el de Molière, despues de haber oido las justas y sentidas quejas de su padre, le dice por toda contestacion, «hablaria V. mejor sentado,» y al verle volver la espalda prorumpe en estas breves y escandalosas frases: «¡Ea! muérase usted lo más pronto posible, que es lo mejor que puede V. hacer. Es preciso que nos llegue á todos la vez, y me da rabia ver padres que vivan tanto como sus hijos (1).»

---

En el siglo XVIII quiso D. Antonio de Zamora dar nueva vida á D. Juan Tenorio. Le falseó tambien, aunque no tanto como el poeta de Luis XIV. Zamora pintó á su D. Juan creyente como el de Tirso, enemigo como el de Tirso de pensar en la muerte y privarse

---

(1) Molière: *Le Festin de Pierre*. Acto IV, escena III.

por el temor de la vida futura de gozar los placeres y los encantos del mundo; no ya como el de Tirso, gentil, seductor y noble caballero. El D. Juan de Zamora es ya un sér abrutado que no vacila en recurrir á la violencia para la satisfaccion de sus torpes apetitos; riñe por solo el gusto de reñir, y cuando no tiene con quién la emprende á estocadas con unos estudiantes que en nada le provocaron; quebranta osadamente las leyes de la hospitalidad y el duelo, y mata al Comendador sólo porque el Comendador, en cumplimiento de su deber, se opone á que ataque á su huésped Filiberto, pendiente un desafío; obra á sabiendas el mal y hace gala de no enmendarse, á pesar de los consejos de los hombres y los avisos del cielo. Es díscolo, pendenciero, jactancioso y en todo exagerado y despreciable. Es, no un alma espontánea, sino un actor que está siempre en escena. Así es tan contradictorio y tan poco racional en su conducta. Del D. Juan de Tirso cabia decir que mujer seducida, mujer olvidada. El de Zamora cuyo genio

No es para andar de reata  
con mujer á todas horas,

vuelve á los brazos de Beatriz despues de su viaje á Italia, y, novio de doña Ana, se enfurece al saber que se deshicieron las ya concertadas bodas. La amaba, segun él mismo dice, á esa doña Ana de Ulloa: la idolatraba al par que la aborrecia; no podia quererla, pero tampoco olvidarla, y por ella penaba y suspiraba.

Otro tanto sucede con su bravura. Mata al Comendador, porque éste, como se ha dicho, le impide que riña con Filiberto; y luégo que riñe con Filiberto, despues de haber querido proseguir la lucha á pesar de los mandatos de su padre y el *¡ténganse al Rey!* de la Justicia, abandona el campo por un simple consejo de su criado. Se resiste más tarde al rey, que ordena prenderle, y cuando le ve colérico, se retira por otro consejo del conde de Ureña. Las razones que da para esôs inesperados arrepentimientos son como suyas. Dice al criado:

Dices bien, pues á ir me fuerzan  
un padre que me embaraza  
y una dama que me espera.

Y al conde:

Cuando un conde  
de Ureña en accion tan suya

me aconseja, ¿qué duda hay  
que será lo que conduzca  
á salir del campo airoso?

Es ya no contradictorio sino completamente falso el D. Juan de Zamora cuando convida á cenar á la estatua de D. Gonzalo. El lector ha visto ya cómo y por qué hace otro tanto el Don Juan de Tirso. No sólo invita al Comendador á cenar, sino tambien á realizar una venganza, y esto porque lee en la inscripcion del sepulcro donde yace la estatua que allí aguarda la venganza de un traidor el más leal caballero de su siglo. El apóstrofe de aquel D. Juan á la estatua se halla perfectamente motivado, sobre todo si se atiende á las exageradas ideas que sobre el honor profesaba tan bien concebido personaje. El D. Juan de Zamora insulta y convida á la estatua sin que razon alguna lo explique:

*Camacho.* ¿Y á qué ha sido esta quedada  
tan sin juicio y sin razon?

*D. Juan.* A ver este fantasmon  
con su manto y con su espada.

*Camacho.* ¿No está bueno el aparato  
del sepulcro singular?

- D. Juan.* Buen sufragio es hermostear  
la ruina con el boato.
- Camacho.* ¡ Con qué ceño tan profundo  
nos mira su sobrecejo!  
Miedo le tengo.
- D. Juan.* Buen viejo,  
¿ cómo os va en el otro mundo?  
Dirás que bien, claro está;  
pero si en el Purgatorio  
estás, á D. Juan Tenorio  
no le esperes por allá.  
Y pues quien es tu contrario  
ningun alivio te ofrece,  
no hayas miedo que te rece  
ni una parte del rosario.
- Camacho.* ¿ No está propio?
- D. Juan.* Sí, y lo malo  
es cuando entre aplausos medra  
que tenga espada de piedra  
el que la trujo de palo.
- Camacho.* ¡ Qué así le hables!
- D. Juan.* ¿ No he de hablar,  
si quiero su amigo ser?  
Y para darlo á entender,  
si esta noche ir á cenar  
conmigo quieres, por mí  
hecho está.
- Camacho.* El juicio perdió.  
No cabe ciertamente acto de mayor locura.



Porque de locos es ya obrar inconsideradamente; pero lo es mucho más y es hasta el colmo de la demencia ultrajar en el sepulcro á un hombre de quien no se recibió agravio, y á quien, por lo contrario, se dió sin razon la muerte. No es ya ese D. Juan un carácter sino la exageracion de un carácter, una especie de figuron dramático. Molière con no motivar tampoco el convite anduvo ménos desatinado. Su D. Juan no insulta al Comendador; no es siquiera él mismo quien le invita.

*Esganarelo.* Ahí tiene V. la estatua de D. Gonzalo.

*D. Juan.* ¡Pardiez! está divino con ese traje de emperador romano.

*Esganarelo.* En verdad que está bien. No parece sino que vive y va á dirigirnos la palabra. Nos echa unas miradas que, á estar sólo, me darian miedo. ¿Sabe V. que tengo para mí que no le gusta nuestra visita?

*D. Juan.* Haría mal y sería verdaderamente descortés si no tomase á bien el honor que le dispenso. A ver, pregúntale si quiere venir á cenar conmigo.

*Esganarelo.* No creo que lo necesite.

*D. Juan.* Te digo que se lo preguntes.

Es de todos modos este convite un antojo, una humorada, una verdadera salida de tono; pero ¡qué distancia de esto á lo de Zamora! Zamora lo abulta todo para llevar por fin á D. Juan en la última escena con la estatua á caer de turbacion en turbacion y de espanto en espanto en el más cobarde arrepentimiento. Ni el D. Juan de Tirso ni el de Molière se inmutan hasta sentirse abrasados por el fuego de D. Gonzalo; y el de Tirso áun entónces se limita á pedir que se le confiese y absuelva. El de Zamora que va á la iglesia en noche de relámpagos y truenos y quiere que su criado aplauda

El que el cielo  
viendo la oscuridad que hay en el suelo  
para ir adonde su valor desea  
les dé en cada relámpago una tea,

desmaya desde que ve que le sirven el plato de culebras y acaba por abrazarse á la estatua y decir abatido y aterrado:

Ya lo veo, y pues mi muerte  
su justicia satisface,  
¡Dios mio! haced, pues la vida

perdí, que el alma se salve :

.....

¡Piedad, Señor! Si hasta ahora  
huyendo de tus piedades  
mi malicia me ha perdido,  
tu clemencia me restaure (1):

digno fin de tan falso personaje.

---

En el presente siglo, muchos y muy grandes poetas han buscado en D. Juan el protagonista de sus más brillantes composiciones. El primero en fecha y en importancia ha sido el inglés Lord Byron, de inconcebible originalidad, de poderosa y ardiente fantasía y de vasta inteligencia. Escribió Byron sobre D. Juan, no un drama, sino un poema, y un poema tan *sui generis*, que él mismo lo calificó de enigma poético. Desgraciadamente no lo concluyó ni lo dejó siquiera adelantado á pesar de haber compuesto nada ménos que diez y seis cantos. Segun decia, apénas habia entrado en materia; y en verdad, en verdad, que si lo hubiese acabado tendríamos en su rara epopeya la más

---

(1) *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.*

fiel y completa fotografía de nuestros tiempos.

Interrumpido á lo mejor el poema, sobradamente comprenderá el lector que no es fácil apreciar en toda su integridad el carácter de este nuevo D. Juan Tenorio, al cual habria dado el autor sabe Dios qué desarrollo; pero en esos diez y seis cantos está lo bastante delineado para que podamos juzgarlo. No parece sino que Byron se propuso hacer el reverso del D. Juan que acabamos de ver en Zamora. El suyo no tiene nada de maton, ni de pendenciero, ni de vanaglorioso, ni de exagerado, ni de loco; es, por lo contrario, un hombre que hasta parece ignorar sus grandes y privilegiadísimas dotes. No por su propia voluntad, sino por el estímulo de las circunstancias, se van desenvolviendo sus facultades. Seduce sin querer seducir, y ama con la pasión que le aman, como no se lo impida su orgullo. No hace jamás alardes de valor, y le tiene en toda ocasion proporcionado á los peligros que corre. Permanece sereno en las mayores borrascas de la vida sin que jamás blasone de estoicismo. Elevado de repente á la cumbre de la grandeza, ni sufre los vértigos que da el poder y la gloria, ni ha de hacer

esfuerzo alguno por levantar á la altura de su destino su corazón y su entendimiento. Parece siempre nacido para lo que es, sin que jamás peque de soberbio ni tampoco de humilde. Ensalzado ó abatido, rey ó esclavo, le sostiene siempre en un justo medio el sentimiento de su propia dignidad, el honor del Don Juan de Tirso.

Cambia de amores el D. Juan de Byron como el de todos los poetas; pero con una diferencia notabilísima. Cambia el de los otros poetas por temperamento, por una como idiosincrasia de carácter; el de Byron por casos de fuerza mayor que vienen á separarle bruscamente de sus pasajeros ídolos. Sigue el de Byron adorando en Julia, mientras no se hace público su adulterio y le obligan por una parte el escándalo y por otra la autoridad de una madre á dejar las riberas de la patria, mientras una tempestad y un naufragio no le llevan á playas para él desconocidas, y, desmayado de hambre y de fatiga, no despierta en los brazos de otra mujer encantadora, á quien ha cautivado ántes de abrir los labios ni los ojos con su esbelta figura y sus bellas y mórbidas facciones. Haidée era el nombre de la isleña; y

la idolatra D. Juan con delirio aún despues de preso por los piratas de Lambro, encerrado en la bodega de un buque y vendido en Constantinopla por esclavo, aún despues de haberle brindado con sus atractivos Gulbeyaz, la más hermosa de las sultanas. Para que olvide á la enamorada griega es preciso que se salve de las aguas del Bósforo que habian de ser su tumba, se embriague en las sangrientas luchas de la toma de Ismail, vaya á llevar la noticia del triunfo al palacio de los Czares y gane el corazon de Catalina en medio de una corte dispuesta á llenar de lisonjas á todos los favoritos de su varonil soberana. Puramente sensual el amor de Catalina, con solo los sentidos la ama y la paga el afortunado mancebo; y cuando está de embajador en Lóndres, como ninguna mujer se le muestre apasionada, por ninguna se apasiona. Porque, nótese bien, si no era capaz de apasionarse el D. Juan de los demás poetas, lo era el de Byron.

Es verdaderamente el D. Juan de Byron un sér más pasivo que activo, un sér que como el pedernal necesita del eslabon para despedir fuego; mas no por esto deja de ser aún el reflejo del amor voluble, pues basta al fin una

hermosura á borrar de su memoria otra hermosura, unos amores á desterrar de su alma otros amores. Al lado de Haidée no recuerda jamás á Julia, al lado de Catalina no recuerda jamás á Haidée. Byron por otra parte toma á Don Juan desde mozo, desde la edad de diez y seis años, cuando los demás poetas le ponen en escena ya hombre: es probable que Byron quisiese llevarle por grados á la exaltacion y al predominio de los sentidos sobre el espíritu, á no ser que en su héroe se propusiese más bien personificar la humanidad que uno de los tipos de nuestra especie. El D. Juan de los demás poetas, si se le hubiese de admitir sin antecedentes análogos á los que da Byron al suyo, sería por lo ménos tan raro como una mujer voluntariamente prostituida ántes de haber sufrido una pasion y un desengaño.

He creido entrever el plan de Byron en un hecho por demás significativo. Su D. Juan, en Norman-Abbey, palacio de campo de los lores de Amundeville, una noche á la vaga luz de la luna ve una como fantasma que atraviesa calladamente una galería y al pasar junto á él le mira con ardientes ojos. Se inmuta y no se atreve á seguirla ni á detenerla él que no ha-

bia vacilado en tirar de la espada contra los bandidos de Lambro, y habia escalado una de las fortalezas de Ismail en medio del más horroroso fuego. No sólo se turba; pasa aquella noche y el siguiente dia preocupado y absorto hasta el punto de traslucirlo todos los que con él habitaban aquel alegre palacio. Sólo á la otra noche volviendo á ver la fantasma, no sin alguna vacilacion todavía, se decide á correr trás ella para descifrar el misterio. Byron ha querido sin duda significar aquí cuánto impone lo desconocido al corazon más valiente, y tal vez preparar de léjos la escena en que Don Juan hubiese de entrar en lucha con lo sobrenatural, ya en la estátua del Comendador, ya en cualquiera otra forma. El mayor valor está siempre en arrostrar lo que más impone.

Quizá no debiese haber hablado del D. Juan de Byron; pero ¿cómo pasarle en silencio? Es despues de todo el que ménos dista del de Tirso.

---

Puso tambien en escena á un D. Juan el francés Alejandro Dumas. No se apellida Tenorio ese Don Juan, sino Marana; pero como



carácter, pertenece á la misma familia. Veamos cómo se le presenta. Supongo que habrá comprendido el lector que no es mi ánimo hablar de las composiciones en que este personaje figura, sino del personaje mismo. Dió el poeta galo á su drama un tinte y un fin religiosos, quiso el primero hacer del D. Juan la solución de un problema teológico; mas yo para nada he de tomarlo en cuenta.

El D. Juan de Alejandro Dumas es más grave y sombrío que el de Molière y más bello que el de Zamora. Es más bien un tentador que un seductor, más un diablo que un hombre. Recurre á la fascinación y á la magia; hace siempre sonar muy alto su nobleza, sus castillos y sus vasallos. Y como en su oro y sus blasones encuentra el principal medio para deslumbrar á la mujer y satisfacer sus desordenadas concupiscencias, por no perderlos quebranta sin vacilar las más santas leyes y rompe los más fuertes vínculos. Calumnia á su hermano, coarta la voluntad de un padre moribundo, blande el puñal sobre un sacerdote á quien no puede ganar por la hipocresía ni intimidar por las amenazas.

Es arrebatado, violento, rápido en todas

sus empresas: ejecuta inmediatamente lo que concibe, y arrolla todos los obstáculos. Orgulloso como Satanás, no puede sufrir rivales ni aún en sus vicios. Porque sabe que hay un Sandoval de quien se dice que le aventaja en lo libertino y lo osado, le busca para convencerle y convencer al mundo de que es más afortunado en el amor y el juego y de más destreza en el manejo de las armas. Al juego se lo gana todo, incluso la dama; al reñir con él le mata; y porque cuando le enseñó la lista de las mujeres engañadas le oyó que había dejado escapar la más tierna de las ovejas, la esposa de Jesucristo, se comprometió bajo palabra de caballero á no dejar que pasaran ocho dias sin que estuviese cubierto el vacío.

Antes de los ocho dias estaba D. Juan seduciendo á una monja tan bella como infeliz, en quien se habia encarnado un ángel. Llamábase la monja Marta, y habia sido hermana de doña Inés de Almeida, la dama perdida por Sandoval al juego, que, al verse tan indignamente tratada, habia voluntariamente bebido la muerte en una copa de Montilla. Atraída Marta por dulces palabras y mentidos sueños, se entregaba la sin ventura á D. Juan en la misma iglesia

donde se habia consagrado á Dios y yacía su pobre hermana. Si no llegó á sucumbir, no fué ciertamente porque pudiera resistir á los pèrfidos alhagos del tentador, sino porque vino lo sobrenatural á detenerla al borde del abismo.

Dumas quiso tambien poner á su hombre enfrente de lo desconocido. Despues de haber Don Juan vencido á Marta, estando aún en la iglesia, exclama: «Perdóname, Inés, si no he seguido fielmente tus instrucciones: es tan hermosa tu hermana, que no he podido ménos de hablarle de amor. Si yo supiera cuál de esas tumbas es la tuya...» — «Esta,» responde una estátua de doña Inés que está de rodillas sobre el sepulcro. Por de pronto Don Juan no se turba, ántes adelantándose, dice: «Creo que esa estátua ha hablado. Estátua ó mujer, ángel ó demonio, voz del cielo ó del infierno, habla de nuevo ó te juro por Dios que iré á levantar tu velo de mármol para ver de dónde ha salido esta palabra.» Mas entón-ces á la voz de doña Inés se van animando las estátuas de otros sepulcros, efigies de otras víctimas de D. Juan, y piden todas venganza contra el matador, á excepcion del viejo conde de Marana, que vueltos los ojos al cielo

dice: «¡Señor, tened piedad de mi hijo!»; y Don Juan, tan pronto en arrepentirse como ántes en pecar, rechaza á Marta que venía dispuesta á seguirle, y resuelve acabar en el claustro su borrascosa vida.

No pára en esto el D. Juan de Dumas. Ya en la Trapa está cavando su fosa, cuando se encuentra frente á frente con su hermano, que va decidido á matarle en duelo. Se resiste á tomar la espada que le ofrece; pero la toma despues, herido en su orgullo, le vence y le ve caer sin vida en su propia sepultura. «¡Don José en la tumba de D. Juan! exclama; está visto que el diablo no me quiere por su ermitaño!» Toma el sombrero y la capa del Don José, y se lanza de nuevo al mundo. No le detienen ya entónces lo natural ni lo sobrenatural, lo humano ni lo divino. Ni le imponen los espectros de sus víctimas, ni le mueven las súplicas de Marta, que le habla cuando ha dejado ya de latirle el corazon y circularle la sangre por las venas; y sucumbe al fin, como el D. Juan de los demás poetas dramáticos, á manos de un muerto. Le mata aquí la sombra de Sandoval, si allí la estatua de D. Gonzalo; y muere como el de Molière, no sólo impeni-

tente, sino tambien con la maldicion en los labios.

¡Qué diferencia de este D. Juan al D. Juan de Tirso! El de Tirso es un seductor alegre y bello; el de Dumas un tentador fosco y terrible. Aquél no va jamás en busca del oro y la fortuna, no llega ni á desear como el de Molière la muerte de su padre con el fin de recoger una pingüe herencia; éste, para adquirir los bienes de su padre, no retrocede ante el asesinato. Aquél, si no ama, tampoco aborrece; éste ódia y se vengá. Aquél se turba, sin embargo, ante las sombras de sus víctimas, y se arrepiente cuando no ve aún cercano el término de la vida; éste no vacila ni implora el perdón de la iglesia hasta que bajo la mano del Comendador siente circular por sus venas el fuego de la muerte. Aquél, despues de arrepentido, vuelve por fin á la senda del mal y desprecia en los umbrales mismos del sepulcro los avisos de una mujer á quien ama y de unos espectros de cuya realidad no duda; éste, que cree en otra vida, se acuerda del cielo en cuanto ve que la tierra le reclama.

¿A qué obedece el arrepentimiento del Don Juan de Dumas? Hemos visto que lo produjo

el espectáculo de unos muertos que se levantaron de sus tumbas y pidieron al cielo venganza. ¿Se explica que cese porque D. Juan, no voluntariamente, sino obligado, mate á su hermano en duelo? ¿Se explica, sobre todo, que no renazca al oír las dulces súplicas de Marta moribunda, al verse de nuevo emplazado por las mismas sombras, al presentársele la de Sandoval armada de todas armas para otro desafío, al caer y sentirse herido de muerte? Para morir como muere ese D. Juan era preciso que fuese escéptico como el de Molière, no religioso hasta el punto de haber trocado un día su espada de caballero por el azadon del trapense. Se dirá que últimamente no creía en la realidad de los espectros, ántes los consideraba ilusion de sus sentidos; pero es bien raro que dejase de creerlos reales precisamente cuando le rodeaban y le hablaban, y era capaz uno de ellos de acometerle y sostener y vencer el empuje de su fuerte brazo.

Ha falseado y complicado extrañamente Dumas el carácter de D. Juan, no sólo haciendo caer á su héroe en tan grave inconsecuencia, sino tambien dándole un rival y poniéndole bajo la influencia del diablo. ¡Rivales

un hombre de tan raras prendas! ¡Tentador y á la vez tentado! Lo más notable es que tiene tambien ese D. Juan su ángel bueno en Marta, —un ángel bajado expresamente del cielo para salvarle, un ángel que se hace mujer bajo el amparo de la Virgen, un ángel que goza del favor de Dios y excita sin cesar al culpable á que se arrepienta, — y muere, con todo, maldiciendo no sabemos si á Cristo ó si á Sandoval, que acaba de matarle. ¡Bonito papel aquí el de Dios y su ángel bueno!

---

Nuestro distinguido y brillante poeta Don José Zorrilla ha escrito tambien su D. Juan Tenorio, uno de sus más aplaudidos dramas. A no conocerlo, creerian difícilmente mis lectores que hubiese ido á calcarlo sobre el de Dumas, no careciendo de originalidad y teniendo en España mejor pauta y guía. Es verdad que ha corregido algunas faltas del que tomó por modelo; otras en cambio no sólo las ha reproducido, sino tambien agravado. Ni ha dejado tampoco de cometerlas por cuenta propia.

Por suya y exclusivamente suya tengo la

más capital del drama. El D. Juan del señor Zorrilla no se sabe si es creyente ó escéptico. Con doña Inés y D. Gonzalo habla sinceramente de Dios, del cielo, de su propia salvacion, de la posibilidad de que se convierta en ángel el que fué demonio: es creyente. A sus amigos Centellas y Avellaneda les declara por dos veces que jamás creyó en la otra vida ni hay para él otra gloria que la del mundo: es escéptico. El Sr. Zorrilla hace á D. Juan escéptico ó creyente segun lo van exigiendo las peripecias de su drama, y á causa de esa indeterminacion de carácter le pone repetidamente en contradiccion consigo mismo.

Es verdaderamente lastimosa la conducta de ese pobre D. Juan desde que entra en el panteon de su padre y de sus víctimas. La sombra de doña Inés y el movimiento de todas las estátuas sobre los sepulcros le turban y desconciertan de modo que, perdido el sentimiento de la realidad, toma por vanos fantasmas á sus camaradas Avellaneda y Centellas. Atribuye luégo á fascinacion lo que por sus ojos ha visto, y recobrándose hace nuevos alardes de valor contra los muertos, terminando por convidar á cenar á la estátua de Don



Gonzalo. Sólo por blasonar de intrépido hace aquí esta incalificable locura: según le hace decir el poeta, no cree que D. Gonzalo pueda aceptar el convite.

Don Juan, con todo, hace poner en la mesa donde va á cenar con sus compañeros plato y silla para el Comendador y áun servirle vino en la copa. ¡Admirable hazaña cuando está persuadido de que el Comendador no ha de bajar de su sepulcro de piedra! Se la censuran Centellas y Avellaneda, y él entónces dice:

Fuera en mí contradictorio  
y ajeno de mi hidalguía  
á un amigo convidar  
y nó guardarle el lugar  
miéntras que llegar podría.  
Tal ha sido mi costumbre  
siempre, y siempre ha de ser esa;  
y el mirar sin él la mesa  
me da en verdad pesadumbre.  
Porque si el Comendador  
es, difunto, tan tenaz  
como vivo, es muy capaz  
de seguirnos el humor.

A pesar de lo que parecen revelar estas últimas palabras, vive D. Juan tan convencido

de que no ha de venir el Comendador, que cuando éste llama y se van oyendo cada vez más cerca los aldabonazos sin que haya salido nadie á franquearle la entrada, atribuye el hecho á farsas de sus huéspedes. No sale, sin embargo, al encuentro del que llama, no le abre como el de Tirso la puerta; ántes ¡ó caso para nunca imaginado! corre á echar los cerrojos á todas las del aposento. Y, ¿ese es Don Juan Tenorio? Si allá en sus adentros sospechaba que fuese D. Gonzalo el que llámase, puesto que le tenía preparados plato y silla, debía ser el primero en abrirle paso; si un bromista, un chusco, ¿para qué detenerle ni decir despues de corridos los cerrojos:

Ya están las puertas cerradas:  
 ahora el coco para entrar  
 tendrá que echarlas al suelo,  
 y en el punto que lo intente  
 que con los muertos se cuente  
 y apele despues al cielo?

Ve luégo D. Juan que la estatua del Comendador se filtra por la pared, la oye, observa que se le escapa al través del muro cuando para convencerse de si es fantástica ó real in-

tenta dispararle un pistoletazo, contempla de nuevo la sombra de doña Inés, que le confirma las palabras de D. Gonzalo; y despues de asombros y dudas insiste aún en que fué todo ficcion y exige de sus camaradas que le den la razon de tantos prodigios. ¿Es esto para creído? Pues sobre si sus camaradas fueron los engañadores ó los engañados trábese pendencia y los mata D. Juan en duelo. Cabe difícilmente carácter más falso ni más absurdo.

Para persuadirse de que no fué fingido lo que vió, ha de volver D. Juan al panteon de su padre, y ver en torno suyo quietas y mudas las estátuas de los demás sepuleros, y oír doblar las campanas por su muerte, y mirar la fosa en que han de sepultarle, y sentir abrasado el cuerpo por la mano del Comendador, que le dice:

Ahora, D. Juan,  
pues desperdicias tambien  
el momento que te dan,  
conmigo al infierno ven.

Entónces D. Juan, en cuya conversion parecia que estuviese Dios agotando sus esfuerzos, se arrepiente por fin y exclama:

Aparta, piedra fingida.  
 Suelta, suéltame esa mano  
 que aún queda el último grano  
 en el reloj de mi vida.  
 Suéltala, que si es verdad  
 que un punto de contricion  
 da á un alma la salvacion  
 de toda una eternidad,  
 yo, santo Dios, creo en tí.  
 Si es mi maldad inaudita,  
 tu piedad es infinita...  
 ¡ Señor, ten piedad de mí!

Compárese ahora ese D. Juan con el de Tirso. En éste ¡qué sencillez y que unidad! en aquél, ¡qué de contradiccion y de artificio! El Don Juan de Tirso no duda ni un solo momento que sea la estatua del Comendador la que se presenta en su casa el dia en que la convidó á su mesa: precisamente porque no lo duda y la recibe con sangre fria manifiesta un valor que impone. Ni siquiera despues de haber desaparecido la estatua, para dominar la impresion que le ha causado, recurre al vulgar medio de pensar que aquello pudo ser una ficcion ó una mera ilusion de sus sentidos. Atribuye á la imaginacion movida por el te-

mor el frio aliento que creyó haber percibido en la estátua, el fuego que creyó haber sentido cuando le dió la mano, pero no la vision de la estátua misma. Así, para serenar su ánimo, se da como principal razon :

Temer muertos  
es muy villano temor.  
Si un cuerpo con alma noble,  
con potencias y razon  
y con ira no se teme,  
¿quién cuerpos muertos temió?

Falsea el Sr. Zorrilla el carácter de D. Juan no sólo en la segunda parte de su drama, sino tambien en la primera. Siguiendo y exagerando á Dumas, pone en competencia con Don Juan á un D. Luis Mejía y presenta á los dos en la hostería de un italiano, haciendo público alarde de sus vicios y examinando cuál ha seducido en un año más mujeres y matado en duelo más hombres. De tan extraño exámen, resulta que D. Juan ha podido más, pues pasó por su espada á treinta y dos hombres y conquistó hasta setenta y dos mujeres, cuando los muertos por su rival son sólo veinte y tres y cincuenta y seis las engañadas. Mejía, como

el Sandoval de Dumas, hace observar que Don Juan no ha seducido todavía á ninguna novicia; y D. Juan, envalentonado por sus triunfos, se compromete no sólo á ganar una que no haya profesado, sino tambien á quitar el siguiente dia al mismo D. Luis la novia, que es mujer principal y se llama doña Ana de Pantoja.

¿Recuerda el lector qué es lo que se ocurre á los dos matones para lograr el uno su intento, para impedirlo el otro? Se delatan mutuamente á la justicia, y caen presos entrambos. Recobran luégo la libertad y se encuentran en la calle donde vive doña Ana. ¿Recuerda tambien el lector cómo se deshace Tenorio de Mejía? Disponiendo que una ronda de los suyos le ataquen por la espalda, le sujeten y le encierren en una bodega. ¿Son esto dos caballeros ó dos bandidos? Confiesa D. Juan que ha cometido una traicion, y la defiende con decir que es como suya.

Ese D. Juan, además, no siempre mata en riña, ni siempre con la espada. Sin darle tiempo á que se defienda mata al Comendador de un pistoletazo. Aberracion que no ha padecido el D. Juan de ningun otro poeta.

Pero no es aún aquí donde más ha falseado

el Sr. Zorrilla el carácter de su héroe. Su Don Juan, como el de Dumas, cumpliendo el empeño contraído en la hostería, arrebatada de un convento á doña Inés, que el día ántes se hallaba destinada á casarse con él y ahora resulta decidida desde mucho tiempo á ser esposa de Cristo. Luégo que ha conseguido robarla la entrega á sus gentes con órden de llevarla á su casa de campo, y corre desalado á burlar á doña Ana fingiendo ser aquel mismo Mejía á quien tan villanamente ha preso. Alcanzado su objeto, vuela á su quinta, y sin transición alguna pasa ¡oh milagro! del desenfrenado sensualismo en que ha vivido al amor más casto y más puro. ¡Qué lirismo entónces el suyo! ¡qué hermosos sentimientos! Hasta cree que por doña Inés ha de salvarse; y hasta resuelto se halla á ir á pedirla de rodillas al bueno de D. Gonzalo.

No es, doña Inés, Satanás  
 quien pone este amor en mí;  
 es Dios que quiere por tí  
 ganarme para *Él* quizás.  
 No, el amor que hoy se atesora  
 en mi corazón mortal  
 no es un amor terrenal

como el que sentí hasta ahora ;  
 no es esa chispa fugaz  
 que cualquier ráfaga apaga ;  
 es incendio que se traga  
 cuanto ve, inmenso, voraz.  
 Desecha, pues, tu inquietud,  
 bellísima doña Inés,  
 porque me siento á tus piés  
 capaz aún de la virtud.  
 Sí, iré mi orgullo á postrar  
 ante el buen Comendador,  
 y ó habrá de darme tu amor  
 ó me tendrá que matar.

¿Qué éxtraña conversion es esta? ¿No era ese mismo D. Juan el que horas ántes decia que empleabá en cada mujer cinco dias:

Uno para enamorarlas,  
 otro para conseguir las,  
 otro para abandonarlas,  
 dos para sustituirlas  
 y un hora para olvidarlas?

La Marta de Dumas era, como he dicho, un ángel bajado del cielo y no pudo con D. Juan de Marana. ¿Cómo pudo más con D. Juan Tenorio Inés, que era una simple mortal aunque pura y bella? Otras bellezas habia visto este



Don Juan, y no le habian cautivado por más de un dia; otras esposas del Señor habia seducido segun los cláustros que decia haber escalado, y por ninguna habia sentido más que un amor fugaz y terreno. ¿Por qué, pues, ese cambio con doña Inés? No sería por lo hermosa ni por lo cándida, puesto que ántes de verla ya se sentia apasionado por ella y despues de vista la dejaba por ir á gozar traidoramente de doña Ana de Pantoja. Acababa de cometer D. Juan el doble crimen del rapto y del engaño cuando venía á poner á los piés de la casta vírgen su corazon impuro: ¿cómo ni por qué habia de trasformarse tan de súbito en el más pudoroso de los amantes?

El Sr. Zorrilla, como Dumas, quiso dar á su drama un tinte religioso, y, como á Dumas, le convino hacer llegar al diablo á las puertas del cielo: sacrificó á su pensamiento teológico la unidad de carácter de su protagonista. *Tantum religio potest suadere malorum.*

Lo bueno es que luégo ese D. Juan, tan amartelado por doña Inés, al sentir cerca de sí los alguaciles y soldados que van á prenderle, pensando sólo en salvarse, la abandona cobardemente dejándola por premio de amor

el cadáver de D. Gonzalo, de quien era hija.

Algo más tendría que decir si en vez de concretarme á examinar el carácter de D. Juan hiciese la crítica de todo el drama, donde casi me atreveria á decir que hay más faltas que bellezas, con ser las bellezas muchas; añadiré tan sólo que si algo faltase para desfigurar al primitivo D. Juan, lo tendríamos en lo fanfarron que ha hecho el Sr. Zorrilla al suyo, más fanfarron todavía que el de D. Antonio de Zamora. Dejo aparte aquel pugilato con Mejía sobre quién mató y sedujo más y más atrocidades hizo: D. Juan dice que al llegar á Nápoles, puso en público el cartel siguiente:

Aquí está D. Juan Tenorio  
 y no hay hombre para él.  
 Desde la princesa altiva  
 á la que pesca en ruin barca,  
 no hay hembra á quien no suscriba,  
 y á cualquiera empresa abarca  
 si en oro ó valor estriba,  
 Búsquenle los reñidores;  
 cérquenle los jugadores;  
 quien se precie que le ataje,  
 á ver si hay quién le aventaje  
 en juego, en lid ó en amores.

Estoy en que el Sr. Zorrilla en su *D. Juan Tenorio* ha procurado más satisfacer las exigencias del público que las del arte, atendidas sus brillantes dotes. ¡Qué lástima que no haya pensado más en satisfacer las del arte que las del público!

---

No acabaría tan prolijo exámen si quisiera hablar de cuantos poetas han escogido á Don Juan por protagonista, ya de sus dramas, ya de sus epopeyas. Calderon escribió con el título de *No hay cosa como callar* una comedia donde nos le reprodujo en D. Juan de Mendoza. Espronceda nos le ha reproducido en su Don Félix de Montemar, estudiante de Salamanca; D. Manuel Fernandez y Gonzalez en una de sus infinitas novelas y en su drama *Don Luis Osorio*; Guerra Junqueiro, jóven portugués, en su *A morte de Don João*, apénas conocida en España; D. Ramon Campoamor en una de esas doloras á que ha dado el nombre de pequeños poemas. Perdóneseme que no hable de ninguna de estas composiciones, por más que algunas sean de tanta importancia como la de Espronceda, bosquejo, pero bos-

quejo de mano maestra de nuestro personaje.

¿No es verdaderamente de notar que no se cansa la poesía de volver sobre el mismo tema? He dicho ya por qué es popular D. Juan; permítaseme que diga en breves palabras por qué en mi sentir es un tipo esencialmente dramático. Lo es porque en él se resume y personifica el hombre. El hombre, digan lo que quieran ciertos filósofos, es un eterno dualismo. Por la materia es naturaleza, Dios por el espíritu. Llamo alma, espíritu, al conjunto de facultades por las que nos elevamos sobre el mundo de los sentidos. Por la materia somos esclavos, por la razón libres. Esclavos de nuestros apetitos, libres en el sentido de que nada puede cohibir ni detener el vuelo de nuestras almas. Porque nos sentimos tales y lo queremos ser, somos fundamentalmente rebeldes á todo lo que tiende á imponérsenos ó á limitarnos. Así arrojamos de los altares á nuestros dioses. Así sacudimos tan á menudo el yugo de la autoridad contra sacerdotes y reyes. Así pugnamos incesantemente por romper los límites de nuestras propias fuerzas. Nuestra rebeldía es tal, que la simbolizan todas las religiones en multitud de mitos. Prometeo arreba-

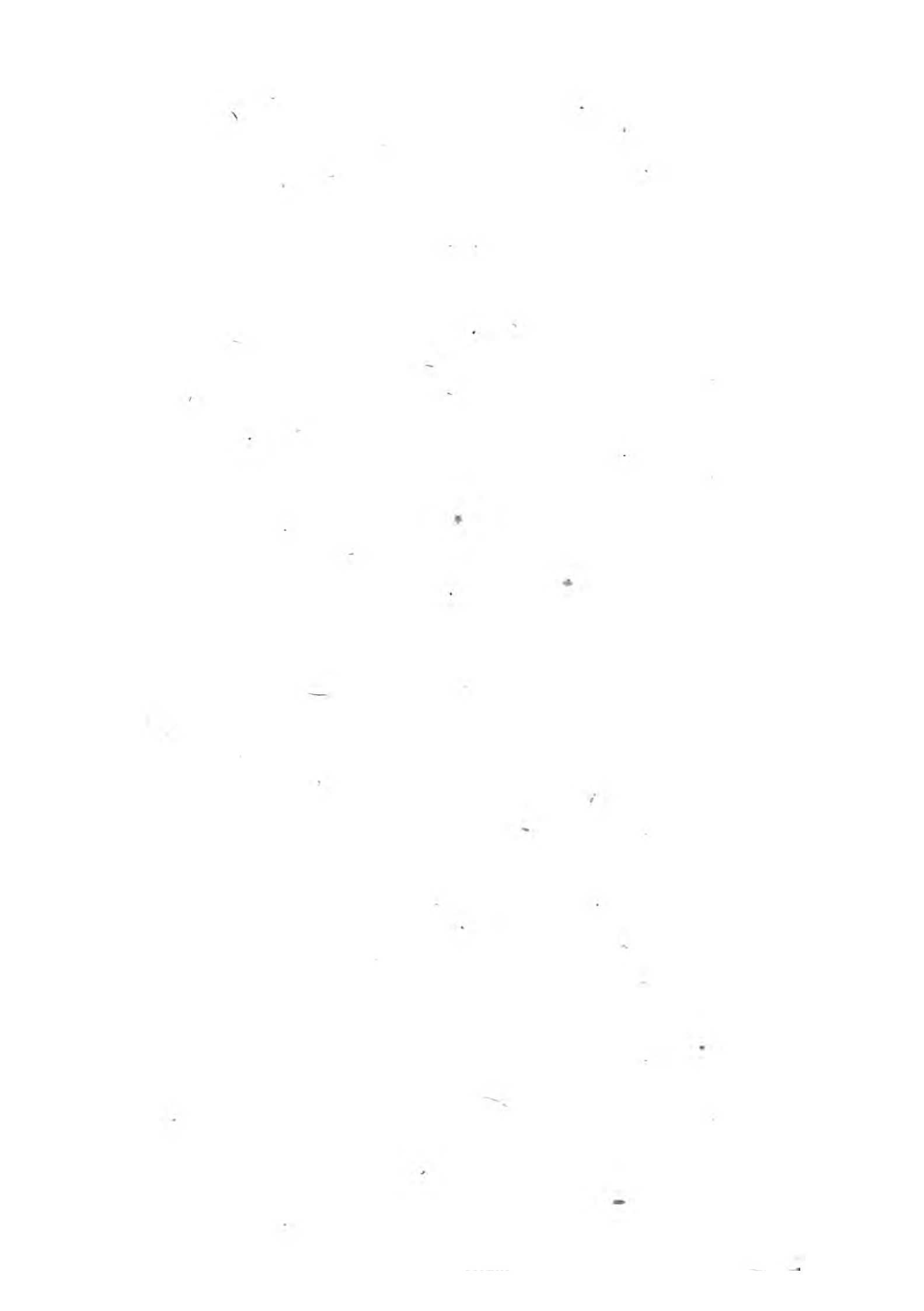
tando el fuego del cielo, los gigantes escalando el Olimpo, Satanás y sus ángeles disputando el trono á Jehová, Adán y Eva comiendo la fruta del árbol prohibido, los hombres fabricando la torre de Babel, estos y otros mitos, reproducidos bajo diversas formas en casi todas las teogonías, símbolos son y no más de esa eterna rebeldía de nuestro espíritu.

Don Juan es á la vez por su sensualismo el hombre-materia, por su rebelion contra todo lo que le detiene el hombre-espíritu, aunque sea real ó aparentemente el honor el inmediato móvil de sus actos. ¿Le ataja el paso la espada? Tira de la espada. ¿Le sale al encuentro lo desconocido? Arrostra lo desconocido. Lo arrostra y lo desafía como arrostraba y desafiaba Satanás á Jehová, los gigantes á Júpiter. Por esto principalmente, por esto es á mis ojos un tipo dramático. Es un nuevo emblema de nuestro dualismo y un nuevo símbolo de nuestra soberbia.

¡Qué lástima que no se le haya presentado aún con toda la sencillez y la pureza de que es susceptible! El más sencillo, el más puro y el de más unidad, ya lo habrá observado el lector, es para mí el D. Juan de Tirso. Ado-

lece, con todo, de graves defectos, unos, los ménos, hijos del mismo poeta; otros propios del siglo en que el autor escribió; otros debidos á lo infamemente que han adulterado la comedia los copistas. Sería muy laudable que uno de nuestros esclarecidos poetas, en vez de forjar un nuevo D. Juan, se consagrara á purgar el de Tirso de los vicios que lo empañan. Merecería bien del arte.

F. PÍ Y MARGALL.



TAN LARGO ME LO FIAIS



## HABLAN EN ELLA

LAS PERSONAS SIGUIENTES:

EL REY DE CASTILLA.  
D. GONZALO DE ULLOA.  
EL EMBAJADOR D. PEDRO TENORIO.  
D. JUAN TENORIO.  
CATALINON.  
UNA PESCADORA.  
BATRICIO.  
EL DUQUE OTAVIO.  
EL MARQUÉS DE LA MOTA.  
ISABELA, *duquesa*.  
ARMINTA.  
BELISA.  
DOÑA ANA, *criada*.  
EL REY DE NÁPOLES.  
UNA PASTORA.  
ALFREDO.  
TIRSEO.



## TAN LARGO ME LO FIAIS.

---

### JORNADA PRIMERA.

*Salen* ISABELA, duquesa, Y DON JUAN TENORIO.  
(De noche.)

*Isabela.* Salid sin hacer ruido,  
Duque Otavio.

*Juan.* El viento soy.

*Isabela.* Aun así temiendo estoy  
que aquí habeis de ser sentido;  
que haberos dado en Palacio  
entrada de aquesta suerte,  
es crimen digno de muerte.

*Juan.* Señora, con más espacio  
te agradeceré el favor.

*Isabela.* Mano de esposo me has dado,  
Duque.

*Juan.* Yo en ello he ganado.

*Isabela.* El aventurar mi honor,  
Duque, de esta suerte ha sido,  
segura con entender

que mi marido has de ser.

*Juan.* Digo que soy tu marido,  
y otra vez te doy la mano.

*Isabela.* Aguárdame, y sacaré  
una luz, para que dé  
de la ventura que gano  
fé, Duque Otavio. ¡Ay de mí!

*Juan.* Mata la luz.

*Isabela.* Muerta soy;  
¿quién eres?

*Juan.* Un hombre soy  
que aquí ha gozado de tí.

*Isabela.* ¿No eres el Duque?

*Juan.* Yo no.

*Isabela.* Pues dí quién eres.

*Juan.* Un hombre.

*Isabela.* ¿Tu nombre?

*Juan.* No tengo nombre.

*Isabela.* Este traidor me engañó;  
¡gente! ¡criados!

*Juan.* Detente.

*Isabela.* Mal un agravio conoces.

*Juan.* No dés voces.

*Isabela.* Daré voces;  
¡ah del Rey, soldados, gente!

*Sale EL REY DE NÁPOLES.*

*Rey.* ¿Qué es esto?

*Isabela.* ¡Favor! ¡Ay triste,

que es el Rey!

*Rey.* ¿Qué es?

*Juan.* ¿Qué ha de ser?

un hombre y una mujer.

*Rey.* Esto en prudencia consiste ;  
quiero el daño remediar.

*Salen EL EMBAJADOR DE ESPAÑA y CRIADOS.*

*Embaj.* ¿En tu cuarto, gran señor,  
voces? ¿quién causa el rumor?

*Rey.* Haced prender y matar  
ese hombre y esta mujer.

*D. Ped.* ¿Quién son?

*Rey.* No es bien conocerlos,  
porque si aquí llego á verlos,  
no me queda más que ver.  
Pues me venzo y me resisto,  
vosotros no me inciteis,  
que en estos que ver quereis,  
sin verlos mi ofensa he visto.  
Don Pedro Tenorio, á vos  
esta prision os encargo ;  
si ando corto, andad vos largo,  
y ved quién son esos dos. (*Vase.*)

*D. Ped.* Daos á prision caballero.

*Juan.* No llegue ninguno á mí,  
si morir no quiere aquí.

*D. Ped.* ¡Matadle!

*Juan.* La muerte espero ;

por la punta de esta espada  
llegad á comprar mi vida,  
que ha de ser tan bien vendida  
como de todos comprada.

*D. Ped.* Matadle.

*Juan.* ¡Qué mal lo adviertes!

Las fieras puntas desvía;  
considera que la mia  
ha de costar muchas muertes.  
A muerte estoy condenado,  
y pues es cierta mi muerte,  
matándoos de aquesta suerte  
moriré más consolado.

Que he de vender de este modo  
mi vida, os quiero advertir;  
y pues sé que he de morir,  
quiero aquí morir por todo.

*Sold. 2.º* ¡Muere, vil!

*Juan.* ¿Quién os engaña?

Ved que caballero soy.

*D. Ped.* Rabiando de enojo estoy.

*Juan.* El embajador de España  
llegue solo, que á él no más,  
pues forzoso es el morir,  
mi espada quiero rendir.

*D. Ped.* Agora más cuerdo estás;  
todos con esa mujer  
á ese cuarto os retirad.

*Isabela.* ¿Tal traicion, tan gran maldad,  
en hombre pudo haber?

Diré quién soy, mas mi agravio  
 á voces dirá quien soy,  
 pues hoy sin honor estoy,  
 y estoy sin el Duque Otavio. (*Vase.*)

*D. Ped.* Ya estamos solos los dos;  
 muestra aquí tu esfuerzo y brio.

*Juan.* Aunque tengo esfuerzo, tío,  
 jamás le tuve con vos.

*D. Ped.* ¿Quién eres?

*Juan.* Don Juan.

*D. Ped.* ¿Don Juan?

*Juan.* Sí, señor.

*D. Ped.* ¿De aquesa suerte  
 lo dices?

*Juan.* Dame la muerte,  
 y mis desdichas tendrán  
 fin en tus manos.

*D. Ped.* Traidor,  
 alevoso, no imagino  
 que eres Don Juan mi sobrino,  
 porque no tienes honor.  
 ¿Tú con dama en el Palacio  
 del Rey, y en ofensa mia  
 haces tal alevosía?

*Juan.* Mi culpa no pide espacio,  
 tío. Si me has de prender,  
 préndeme, llévame preso,  
 y advierte que aqueste exceso  
 por amor se puede hacer;  
 amor es una cautela,

y es ciego, y loco quien ama.

*D. Ped.* ¿Quién es la dama?

*Juan.* Es la dama...

*D. Ped.* Prosigue, ¿quién?

*Juan.* Isabela.

*D. Ped.* ¿La camarera?

*Juan.* Señor,  
sí, que por el Duque Otavio  
la engañé.

*D. Ped.* Mayor agravio,  
y desventura mayor.  
Tu padre desde Castilla  
á Nápoles te envió  
por insufrible; y te dió  
cárcel la espumosa orilla  
del mar de Italia, causando  
mil escándalos en ella,  
no reservando doncella,  
ni casada reservando.  
Ya no te sufre la tierra,  
y estoy por matarte aquí;  
pero como veo en tí  
sangre que mi pecho encierra,  
por fuerza te he de librar.  
¿Tienes por dónde escaparte?

*Juan.* Aquí está un balcon.

*D. Ped.* Colgarte  
puedes por él, y bajar  
al suelo.

*Juan.* Aunque está muy alto,

- por la capa bajaré.
- D. Ped.* Baja, pues, porque no esté el Rey con más sobresalto, que yo diré que te echaste por una ventana, huyendo de mí.
- Juan.* Ya va amaneciendo.
- D. Ped.* Pues tú este daño causaste, pon remedio en él, partiendo de Nápoles luégo á España; que si ahora el Rey se engaña de la suerte que pretendo, con la Duquesa Isabela, si puedo, te casaré, para que pagues con fé lo que hiciste con cautela.
- Juan.* En todo, señor, me honrais.
- D. Ped.* Pues vete con Dios, y advierte que hay castigo, infierno y muerte.
- Juan.* ¿Tan largo me lo fiais?
- D. Ped.* Esta presuncion te engaña; llega si es este el balcon.
- Juan.* Con tan larga pretension, glorioso me parto á España.

*Vanse, y sale EL REY.*

- Rey.* Envidian las coronas de los Reyes los que no saben la pension que tienen, y mil quejas, y lástimas previenen,



porque viven sujetos á sus leyes.

Pero yo envidio los que guardan bueyes,  
y en cultivar la tierra se entretienen,  
que aunque de su trabajo se mantienen,  
ni agravios lloran, ni gobiernan greyes.

Porque aunque con más ojos que Argos vivan,  
y miren por la espalda y por el pecho  
los Reyes, no proceden como sábios,

Si del oír con el mirar se privan,  
que un Rey siempre ha de estar orejas hecho,  
oyendo quejas, y vengando agravios.

*Sale* DON PEDRO TENORIO.

*D. Ped.* Ejecutando, señor,  
lo que mandó vuestra Alteza,  
el hombre...

*Rey.* ¿Murió?

*D. Ped.* Escapóse.

*Rey.* ¿Qué decís?

*D. Ped.* ¿Quién lo creyera?

Dí con la guarda sobre él,  
y él con la misma fiereza  
que un hombre desesperado  
siempre en tales casos muestra,  
juzgando flacas aristas  
las valientes puntas nuestras,  
con la suya se metía,  
haciendo notable ofensa.  
Dí voces: ¡muera, matadle!

y enlazando en una reja  
la capa, fué en el caer  
Luzbel como en la soberbia.  
Acudí, y ví con la luna  
un hombre, que por la tierra  
llevaba el pecho arrastrando,  
como la cauta culebra.  
Dí voces, y en la distancia  
que tardé en tomar la puerta,  
el que arrastrando huía  
corrió con tal ligereza,  
que no pareció jamás ;  
y no habiendo casa abierta,  
pareció cosa imposible  
que escapárame pudiera.  
Y porque lo que está oculto  
en la Corte no se sepa,  
excusando el alboroto,  
excusé las diligencias.

*Rey.* Mostrastes, embajador,  
vuestra cordura y prudencia,  
pero mucho me ha pesado  
de que el hombre no muriera ;  
¿y sabeis quién es la dama ?

*D. Ped.* Es, gran señor, la Duquesa  
Isabela.

*Rey.* ¿Qué decís ?

*D. Ped.* Lo que escucha vuestra Alteza.

*Rey.* Pues el hombre es de importancia,  
y es más pesada la ofensa ;

id por ella.

*D. Ped.* Ya la guarda  
viene, gran señor, con ella.

*Sale ISABELA.*

*Isabela.* ¿Con qué ojos veré al Rey?

*Rey.* Ya estoy corrido de verla.

*Isabela.* Amor, dame aquí tus ojos,  
ya que me diste tu venda.

*Rey.* Duquesa.

*Isabela.* Señor, confieso  
mis culpas y mis ofensas,  
mas sívame de castigo  
el verme en vuestra presencia.  
Profané vuestro Palacio:  
discúlpenme Troya y Grecia,  
si hay disculpa, gran señor,  
bastante en tanta bajeza.  
El Duque Otavio me dió  
mano de esposo, y con ella  
le dí entrada y le dí el alma,  
y la más costosa prenda.  
Perdóname las palabras,  
si las obras consideras,  
que al punto que no fuí casta,  
á ese mismo no fuí honesta.

*Rey.* ¿Qué, aquél era el Duque Otavio?

*Isabela.* Sí, señor.

*Rey.* Al Duque prendan

con diligencia y cuidado,  
y esa mujer llevad presa.

*Isabela.* Gran señor, volvedme el rostro.

*Rey.* Ofensa á mi espalda hecha  
es justicia y es razon  
castigarla á espalda vuelta. (*Vase el Rey.*)

*D. Ped.* Su Alteza está justamente  
sentido de Vuexcelencia.

*Isabela.* No será tan grande el hierro  
si el Duque Otavio lo enmienda.

*D. Ped.* Vamos, señora.

*Isabela.* ¡Ay, amor!  
ya que me engañaste á ciegas,  
en este engaño me ayuda,  
y en esta traicion me esfuerza.

*D. Ped.* Si puedo, yo haré que al Duque  
le disculpe su inocencia,  
y que don Juan mi sobrino  
se case con Isabela.

*Vanse, y sale EL DUQUE OTAVIO y CRIADOS.*

*Cria. 1.* ¿Tan de mañana, señor,  
te levantas?

*Otavio.* No hay sosiego  
á la inclemencia de amor;  
porque si es fuego, del fuego  
nace el incendio mayor.  
¿No habeis visto entre las olas,  
cuando sus cerúleas colas

bate el mar agonizando,  
un derrotado tragando  
el mar entre espumas solas?  
Pues así yo, mar haciendo  
la cama en la noche fría,  
me he anegado, padeciendo,  
y en viendo la luz del día,  
del mar he escapado huyendo.

*Cria. 1.* Pues si te adora Isabela  
no tienes que recelar,  
que aunque amor todo es cautela,  
jamás te vendrá á olvidar,  
porque en tu amor se desvela.  
Vive cuando estás presente,  
de tus colores se viste,  
siempre tus disgustos siente,  
triste está si tú estás triste,  
y muerta si estás ausente.  
Pues si está en tu voluntad  
la suya, ¿qué te desvela?

*Otavio.* No hay, amigo, aunque es verdad  
que sí me adora Isabela,  
en amor seguridad;  
es al tiempo semejante  
el amor, y no te espante  
que tema en la primavera  
invierno, quien considera  
en el creciente y menguante.

*Sale UN CRIADO.*

*Cria. 2.* El Embajador de España,  
á quien gallardo acompaña  
la guarda del Rey, se apea  
en el zaguan, y desea,  
con ira y fiereza extraña,  
hablarte, y debe de ser  
para prenderte.

*Otavio.*                                  ¿Prender?  
¿Por qué? Temer es locura,  
que una conciencia segura  
no tiene de qué temer;  
dejadle entrar.

*Sale EL EMBAJADOR, y gente.*

*D. Ped.*                                  Quien así  
con tanto descuido duerme,  
sin culpa está.

*Otavio.*                                  Cuando á mí  
á honrarme y favorecerme  
Vueseñoría ha venido,  
delito es no haber salido  
á la calle á recibir  
tal merced.

*D. Ped.*                                  Fuerza es venir.

*Otavio.* Bien se vé que fuerza ha sido,  
porque mi casa no tiene,

señor, el merecimiento  
que á tal grandeza conviene;  
pero este humilde aposento  
mi voluntad os previene.

*D. Ped.* Despues, señor, de besar  
vuestras manos, si lugar  
nos dá tanto caballero,  
aquí á solas con vos quiero  
cierto negocio tratar.

*Otavio.* Dadnos lugar.

*Cria. 1.* En buen hora.

*Otavio.* La cámara despejad.

*Cria. 2.* Digo que es prision.

*Cria. 1.* Ahora  
echo de ver que es verdad.

Mucho una envidia desdora. (*Vase.*)

*Otavio.* Ya estamos solos.

*D. Ped.* Pues vea  
Vuexcelencia este papel.

*Otavio.* Pendiente está el alma dél,  
como el suceso desea.

(*Lee.*) « Prendereis al Duque Otavio,  
y si se resiste, muera.

YO EL REY.» ¿Prender? ¿por qué agravio?

*D. Ped.* Si el alma la causa espera,  
callar es accion de sabio.  
Sabed, que en Palacio ha habido  
esta noche un alboroto,  
desabrido para el Rey,  
para el pueblo escandaloso.

Cuando los negros Gigantes,  
mostrando funestos toldos,  
ya del crepúsculo huían,  
unos tropezando en otros;  
estando yo con su Alteza  
tratando ciertos negocios,  
porque Antípodas del Sol  
son siempre los poderosos,  
voces de mujer oímos,  
cuyos ecos medio roncós,  
por los artesones sacros  
nos repitieron *¡socorro!*  
Sin darme licencia á mí,  
tomó una luz el Rey sólo,  
y saliendo á ver quién era,  
como gallardo, brioso,  
vió que en el salón estaban  
las causas de este alboroto.  
Salí con el Capitan  
de la guarda, y con él todos  
los nobles que le acompañan,  
haciendo, Duque, lo propio.  
Prended ese hombre y mujer,  
nos dijo, y queriendo prontos  
conocerlos con la luz,  
la desvaneció de un soplo.  
Dimos sobre el hombre, llenos  
de lisonjeros enojos,  
que en la muerte las lisonjas  
hacen su oficio más propio;



mas él, como suele en Libia  
 tras el cazador famoso,  
 salir la parida tigre,  
 se escapó de entre nosotros,  
 y huyendo por un balcon,  
 se fué; y nos fué forzoso  
 por no alborotar la Corte,  
 dejarle; y volviendo todos  
 á dar cuenta desto al Rey,  
 para darla de nosotros,  
 La mujer, que es Isabela,  
 que para admirarte nombro,  
 en la presencia del Rey,  
 con lágrimas y sollozos  
 dijo que era el Duque Otavio  
 el que con nombre de esposo  
 de su honor habia gozado,  
 estimándola en tan poco.  
 Mandóla el Rey llevar presa,  
 y manda que haga lo propio  
 con vos: vuestro amigo soy,  
 huid, ó poneos en cobro.

*Otavio.* Pienso que os estais burlando  
 ó pienso, amigo, que os oigo  
 en sueños. ¿Con Isabela  
 hombre en Palacio? Estoy loco.  
 Primero las Salamandras  
 verán los cóncavos hondos  
 del mar, y verán los peces  
 del fuego el mar proceloso,

que de Isabela imagine  
traicion. Ya me afrento, y corro  
de oiros. ¿Con Isabela  
hombre en Palacio? Estoy loco.

*Pedro.* Como es verdad que hay estrellas,  
del cielo brillantes ojos,  
muerte, vida, pena y gloria,  
bien, mal, contentos y enojos;  
así es verdad que Isabela  
con vos, señor, ó con otro,  
esta noche en el Palacio  
la habemos hallado todos.

*Otavio.* Dejadme, no me digais  
tan gran maldad de Isabela ;...  
mas si fué su amor cautela,  
mal haceis, si lo callais :  
proseguid, que me matais  
dulcemente en mi porfía,  
que es vuestra lengua sangría,  
y la muerte no se siente,  
que morir tan dulcemente,  
lisonja á mi mal sería.  
¿Con otro hombre, y no conmigo  
Isabela en el Palacio?  
Mi mal no consiente espacio;  
muera el villano enemigo.  
Pero ¿qué intento? ¿qué digo  
que á locuras me provoco?  
Aun el sentimiento es poco,  
si el alma en él se consuela.

Amigo, ¿con Isabela  
hombre en Palacio? Estoy loco.  
Embarcarme quiero á España,  
y dar á mis dichas fin.

*Pedro.* Por la puerta del jardin,  
Duque, esta prision se engaña.

*Otavio.* ¡Ah veleta, débil caña,  
fácil al viento más poco!  
ya extrañas provincias toco  
huyendo de tu cautela.  
¡Reino, á Dios! ¿Con Isabela  
hombre en Palacio? Estoy loco.

*Vanse, y sale LA PESCADORA.*

*Pescad.* Yo de cuantas el mar  
piés de jazmin y rosas  
en sus riberas pisan  
matizadas alfombras,  
en pequeñuelo esquife,  
ya en compañía de otras  
tal vez al mar le peino  
la cabeza espumosa;  
ya con la sutil caña,  
que el débil peso dobla  
del tierno pececillo,  
que el mar pescado azota,  
segura me entretengo,  
y en libertad se goza  
el alma, que amor áspid

no ofende con ponzoña.  
Sola de amor exenta,  
como en ventura sola,  
tirana me reservo  
de sus prisiones locas ;  
que en juveniles años  
amor, no es suerte poca  
no ver entre estas redes  
las tuyas amorosas.  
Anfriso, un pescador,  
á quien los cielos dotan  
de gracia y bizarría  
más que á los de la costa,  
me sirve, y me entretiene ;  
y yo todas las horas  
le mato con desdenes :  
de amor condicion propia,  
querer donde aborrecen,  
despreciar donde adoran.  
Mis pajizos umbrales,  
que heladas noches ronda,  
cubiertos amanecen  
de flores sin lisonjas.  
Pero, necio discurso,  
que mi ejercicio estorbas,  
tirano no me ocupes  
en cosa que no importa.  
Quiero entregar la caña  
al viento, y á la boca  
del pececillo el cebo :...

pero al agua se arrojan  
 dos hombres de una nave,  
 ántes que el mar la sorba,  
 que sobre el agua viene,  
 y en un escollo aborda.  
 Un hombre al otro aguarda,  
 que dice que se ahoga :  
 ¡gallarda bizarría !  
 en los hombros lo toma,  
 Anchises le hace Eneas,  
 si el mar está hecho Troya.  
 Ya nadando, las aguas  
 con valentía corta.  
 Daré voces : ¡ Anfriso,  
 Tirseo, Alfredo, ola !  
 Pescadores me miran,  
 ruego á Dios que me oigan.  
 Mas milagrosamente  
 ya tierra los dos toman,  
 sin aliento el que nada,  
 con vida el que le estorba.

*Salen* DON JUAN TENORIO y CATALINON, *mojados.*

*Catalin.* Válgame la Cananea,  
 y ¡ qué salado es el mar !  
 Aquí puede bien nadar  
 el que salvarse desea,  
 que allá dentro es desatino,  
 donde la muerte se fragua :

¿donde Dios juntó tanta agua  
no juntara tanto vino?  
Agua, y salada, extremada  
cosa para quien no pesca;  
si es mala aún el agua fresca,  
¿qué será el agua salada?  
¡Ah quién hallara una fragua  
de vino, aunque algo encendido!  
Si del agua que he bebido  
hoy escapo, no más agua.  
Desde hoy abrenuncio de ella,  
que la devocion me quita,  
tanto, que aún agua bendita  
no pienso ver, por no vella.  
¡Ah, señor! helado y frio  
está: ¿si estará ya muerto?  
Del mar fué este desconcierto,  
y mio este desvarío.  
Mal haya aquel que primero  
pinos en el mar sembró,  
y el que sus rumbos midió  
con quebradizo madero.  
Maldito sea Jason,  
y Tifis maldito sea;  
¡muerto está! no hay quien lo crea.  
¡Mísero Catalinon!  
¿Qué he de hacer?

*Pescad.*

Hombre, ¿qué tienes?

*Catalin.*

En desventuras iguales,  
pescadora, muchos males,

y falta de muchos bienes.  
 Veo, por librarme á mí,  
 sin vida á mi señor: mira  
 qué he de hacer.

*Pescad.* No, que áun respira.

*Catalin.* Dichoso soy si es así.

*Pescad.* Ve, y llama los pescadores,  
 que en aquella choza están.

*Catalin.* Y si los llamo ¿vendrán?

*Pescad.* Vendrán luégo, no lo ignores.  
 ¿Quién es ese caballero?

*Catalin.* Es hijo aqúeste señor  
 del Camarero Mayor  
 del Rey, por quien ser espero  
 ántes de diez dias conde  
 en Sevilla, á donde va,  
 y á donde su Alteza está,  
 si á mi amistad corresponde.

*Pescad.* ¿Cómo se llama?

*Catalin.* Don Juan  
 Tenorio.

*Pescad.* Llama mi gente.

*Catalin.* Ya voy. (Vase.)

*Pescad.* Mancebo excelente,  
 noble, bizarro, galan,  
 volved en vos, caballero.

*Juan.* ¿Dónde estoy?

*Pescad.* Ya podeis ver,  
 en brazos de una mujer.

*Juan.* Vivo en vos, si en el mar muero,

y en estos extremos dos  
veo el mar manso y cruel,  
pues cuando moria en él,  
me sacó á morir en vos.  
¡ Oh! Sin duda el mar ordena  
tras del suyo otro pesar,  
pues sacándome del mar,  
vengo á dar en su sirena.  
Y puesto que lo seais,  
no pretendo á vuestras quejas  
poner cera en mis orejas,  
pues con los ojos matais.  
Ya muero en vos, que consiente  
amor que seais mi mar,  
pues veis que hay de mar á amar  
una letra solamente.  
Y en ver tormentos mayores,  
crece amor en mis pesares,  
y si moria de mares,  
moriré desde hoy de amores.  
Y pues tan dulce rigor  
en vos he llegado á hallar,  
dejadme volver al mar  
para huir del mar de amor.  
*Pescad.* Muy grande aliento teneis  
para venir sin aliento,  
y tras de tanto tormento  
muy gran contento ofreceis.  
Pareceis caballo griego,  
que el mar á mis piés desagua,



pues venís formado de agua,  
y estais preñado de fuego.  
Y si mojado abrasais,  
estando enjuto ¿qué hareis?  
Mucho fuego prometeis;  
ruego á Dios que no mintais.

*Juan.* A Dios, zagala, pluguiera  
que en el agua me anegara,  
sin que de ella me escapara  
al fuego que en vos me espera.  
Que amor, bien considerado,  
como este daño entendió,  
en el mar ántes me aguló,  
y ardo en vos estando aguado.  
En agua abrasado llego,  
que tal vuestro incendio ha sido,  
que áun el agua no ha podido  
librarme de vuestro fuego.

*Pescad.* ¿Tan helado os abrasais?

*Juan.* ¡Tanto fuego en vos teneis!

*Pescad.* Mucho hablais.

*Juan.* Mucho encendeis.

*Pescad.* Ruego á Dios que no mintais.

*Salen* LOS PESCADORES y CATALINON.

*Catalin.* Ya vienen todos aquí.

*Pescad.* Y ya está tu dueño vivo.

*Catalin.* Con tu presencia recibo  
todo el gusto que perdí.

*Anfriso.* ¡Qué es lo que mandas, Trisbea,  
que por labios de clavel  
no lo habrás mandado á aquel  
que idolatrarte desea,  
y te oye cuando al momento,  
sin reservar llano ó sierra,  
surca el mar, ara la tierra,  
tala el fuego, y para el viento?

*Pescad.* ¡Oh! ¡Qué mal me parecian  
estos requiebros ayer!  
y hoy echo en ellos de ver  
que sus labios no mentian.  
Estando, amigos, pescando  
sobre este peñasco, ví  
hundirse una nao, y allí  
entre las ondas nadando  
dos hombres; y compasiva  
dí voces, que nadie oyó;  
y en tanta afliccion llegó  
libre de la furia esquiva  
del mar sin vida á la arena,  
de este en los hombros cargado  
este hidalgo ya anegado;  
y envuelta en tan triste pena,  
á llamaros envié.

*Tirseo.* Pues aquí todos estamos;  
manda que en tu gusto hagamos  
lo que pensado no fué.

*Pescad.* Que á mi choza los llevemos  
quiero, donde agradecidos

enjuguemos sus vestidos,  
y á ellos los regalemos;  
que mi padre gusta mucho  
de esta debida piedad.

*Catalin.* Extremada es su beldad.

*Juan.* Escucha aparte.

*Catalin.* Ya escucho.

*Juan.* Si te preguntan quién soy,  
dí que no sabes.

*Catalin.* ¿A mí  
quieres advertirme aquí  
lo que he de hacer?

*Juan.* Muerto voy  
por la hermosa pescadora;  
esta noche he de gozalla.

*Catalin.* ¿De qué suerte?

*Juan.* Ven, y calla.

*Alfredo.* Salucio, dentro de un hora  
los pescadores preven  
que canten y bailen.

*Salucio.* Vamos,  
y esta noche nos hagamos  
rajas y palos tambien.

*Vanse, y quedan DON JUAN, CATALIN. y LA PESCAD.*

*Juan.* Muerto voy.

*Pescad.* ¿Cómo, si andais?

*Juan.* Ando en pena como veis.

*Pescad.* Mucho hablais.

*Juan.* Mucho entendeis.

*Pescad.* Ruego á Dios que no mintais.

*Vanse, y salen* EL REY DE CASTILLA y DON GONZALO DE ULLOA.

*Rey.* ¿Cómo os ha sucedido en la Embajada, Comendador mayor?

*D. Gon.* Hallé en Lisboa al Rey don Juan juntando gruesa armada para los mares de la ardiente Goa; recibíome muy bien.

*Rey.* Temió la espada en el famoso brazo de un Ulloa, cuyo esfuerzo y valor, cuyo decoro tantas veces temor le ha puesto al moro. ¿Es buen lugar Lisboa?

*D. Gon.* Es maravilla octava, tanto puede, y tanto vale; merece bien que vuestra régia silla para córte del mundo la señale.

*Rey.* ¿Es mayor que Sevilla?

*D. Gon.* Con Sevilla no hay ciudad en la Europa que se iguale, que si es tajo á su mar su claro rio, estocada es al nuestro el Bétis frio.

*Rey.* ¿Teneis hijos?

*D. Gon.* Señor, sola una hija á mi vejez de báculo prevengo,

en cuya frente rayos ensortija  
 el sol, por quien sosiego, y vida tengo;  
 en ella mi vejez se regocija,  
 y en ella mis trabajos entretengo.

*Rey.* Yo la quiero casar como merece.

*D. Gon.* ¿Quién la merecerá si tanto crece?

*Rey.* Sabed que hay en Italia un caballero  
 de sangre ilustre y de valor notorio,  
 con quien por su beldad casarla quiero,  
 y ser padrino en boda y desposorio.  
 Es hijo de don Juan mi camarero,  
 conocido en España por Tenorio,  
 hermano del famoso y gran don Pedro,  
 por quien tanto en Italia crezco y medro.  
 Con título de Conde de Lebrija,  
 villa, que por servicios ha ganado  
 su padre, es vuestro yerno, aunque tal hija  
 merecía más alto, y digno estado.  
 Vuestra quietud el término corrija  
 al caballo del tiempo acelerado,  
 que la inquietud de un padre en años puesto,  
 al fin conduce del vivir más presto.

*D. Gon.* Dame esos sacros piés por honras tales.

*Rey.* Salid á publicar vuestra alegría.

*D. Gon.* Jamás toquen tu vida los umbrales  
 del olvido que yace en sombra fria.

*Rey.* Premios, como es razon, piden iguales  
 hechos notorios.

*D. Gon.* La ventura mia  
 por Sevilla diré, señor, á voces.

*Rey.* Volvedme á ver.

*D. Gon.* Tu reino inmortal goces.

*Vanse, y salen CATALINON y DON JUAN.*

*Juan.* Esas dos yeguas preven,  
pues acomodadas son.

*Catalin.* Aunque soy Catalinon,  
soy, señor, hombre de bien;  
que no se dijo por mí,  
«Catalinon es el hombre,»  
pues sabes que aquese nombre  
me sienta al revés aquí.

*Juan.* Mientras que los pescadores  
van de regocijo y fiesta,  
tú las dos yeguas apresta,  
que de sus piés voladores  
sólo nuestro engaño fio.

*Catalin.* ¿Al fin pretendes gozar  
á Trisbea?

*Juan.* Si el burlar  
es hábito antiguo mio,  
¿qué me preguntas, sabiendo  
mi condicion?

*Catalin.* Ya sé que eres  
langosta de las mujeres.

*Juan.* Por Trisbea estoy muriendo,  
que es buena moza.

*Catalin.* Buen pago  
á su hospedaje deseas.

*Juan.* Necio, lo mismo hizo Eneas  
con la Reina de Cartago.

*Catalin.* Los que fingís y engañáis  
las mujeres de esta suerte,  
lo pagareis en la muerte.

*Juan.* ¿Tan largo me lo fiais?

*Catalin.* Ya viene la desdichada.

*Juan.* Vete, y las yeguas preven.

*Catalin.* Pobre mujer, harto bien  
te pagamos la posada.

*Sale* LA PESCADORA.

*Pescad.* El rato que sin tí estoy,  
estoy ajena de mí.

*Juan.* Aunque lo dices así,  
crédito jamás te doy.

*Pescad.* ¿Por qué?

*Juan.* Porque si me amaras,  
mi alma favorecieras.

*Pescad.* Tuya soy.

*Juan.* Pues dí ¿qué esperas?  
¿qué dudas? ¿en qué reparas?

*Pescad.* Reparo en que fué castigo  
de amor el que he hallado en tí.

*Juan.* Yo digo lo mismo aquí,  
y para ver si te obligo,  
palabra y mano te doy  
de esposo.

*Pescad.* Soy desigual

- á tu ser.
- Juan.* No digas tal,  
Trisbea; en tu casa estoy,  
y estimo más ser en ella  
un humilde pescador,  
mereciendo tu favor  
y tu mano hermosa y bella,  
que las riquezas mayores  
que el mundo puede ofrecer.
- Pescad.* Casi te quiero creer;  
mas sois los hombres traidores.
- Juan.* ¿No echas de ver por los ojos,  
mi Trisbea, el corazón?  
Pues míos tus brazos son,  
no me niegues sus despojos.  
Abrázame y dame en ellos  
el alma.
- Pescad.* Ya á tí me allano;  
mas con la palabra y mano  
de esposo.
- Juan.* Juro, ojos bellos,  
que mirando me matais,  
de ser vuestro esposo.
- Pescad.* Advierte,  
mi bien, que hay infierno y muerte.
- Juan.* ¿Tan largo me lo fiais?  
Ojos bellos, mientras viva,  
vuestro cautivo seré.
- Pescad.* Esta es mi mano y mi fé.
- Juan.* Y esta es la mia, si estriba



en ella vuestro sosiego.

*Pescad.* Pues ya tu amor no me engaña,  
ven, y será la cabaña  
tálamo de nuestro fuego;  
entre estas cañas te esconde,  
hasta que tenga lugar.

*Juan.* ¿Por dónde tengo de entrar?

*Pescad.* Ven, y te diré por dónde.

*Juan.* Ciega y satisfecha vais.

*Pescad.* Esta voluntad te obligue,  
y si no Dios te castigue.

*Juan.* ¿Tan largo me lo fiais?

*Vanse, y salen LOS VILLANOS cantando y bailando.*

*Past. 1.* Ola, llamad á Trisbea,  
y las zagalas llamad,  
para que en la soledad  
el huésped la Corte vea.

*Anfriso.* Estará muy ocupada  
con los huéspedes dichosos,  
de quien hay mil envidiosos.

*Past. 1.* Siempre es Trisbea envidiada:  
á su cabaña lleguemos.

*Past. 2.* No vais, porque no hay lugar  
tan bueno para bailar  
allá; de aquí la llamemos.  
Trisbea, Lucinda, Antandra;  
¿hay descuido más cruel?

*Anfriso.* Triste y mísero de aquel

que en su fuego es salamandra.

(Cantan.) *A pescar sale la niña,  
tendiendo redes,  
y en lugar de pececillos  
las almas prende.*

*Sale* LA PESCADORA.

*Pescad.* ¡Fuego, fuego, que me quemo,  
que mi cabaña se abrasa;  
repicad á fuego, amigos,  
porque se me abrasa el alma;  
fuego, zagales, fuego, fuego y rabia,  
amor, clemencia, que se abrasa el alma!  
¡Oh choza, oh vil instrumento  
de mi deshonra y mi infamia!  
Rayos de ardientes estrellas  
en tus cabelleras caigan,  
porque abrasadas estén  
si del viento mal peinadas.  
Yo soy aquella que hacía  
émula de las zagalas,  
burla de amor, que así amor  
á quien dél se burla paga.  
Engañóme el caballero  
debajo de fé y palabra  
de marido, profanando  
mi honestidad y mi cama.  
Gozóme al fin, y yo entónces  
le dí á su rigor las alas

en dos yeguas que crié,  
 con que me burla, y me infama.  
 ¡ Oh aleve huésped que dejas  
 una mujer engañada;  
 nube que del mar saliste,  
 para anegar mis entrañas!  
 Pero bien lo ha merecido  
 quien se fia de palabras.  
 Seguid al vil caballero;  
 mas no importa que se vaya,  
 que en la presencia del Rey  
 tengo de pedir venganza:  
 ¡ fuego, zagales, fuego, fuego y rabia,  
 amor, clemencia, que se abrasa el alma! (*Vase.*)

*Past. 1.* Vayan tras ella al momento,  
 porque va desesperada,  
 y podrá arrojarse al mar  
 buscando mayor desgracia.

*Past. 2.* Tal fin la soberbia tiene.

*Anfriso.* Su locura y confianza  
 paró en esto; al mar se arroja.  
 ¡ Trisbea, detente, aguarda!

*Past. 2.* Ya vuelve; tenedla todos,  
 tenedla, no se nos vaya.

*Sale* LA PESCADORA.

*Pescad.* ¡ Fuego, zagales, fuego, fuego y rabia,  
 amor, clemencia, que se abrasa el alma! (*Vanse.*)



## JORNADA SEGUNDA.

*Salen* EL REY y DON JUAN TENORIO *el viejo*.

*Rey.* ¿Qué esto pasa?

*Tenorio.* Señor, esto me escribe de Nápoles don Pedro: que le hallaron con dama en el palacio, y apercibe remedio en este caso.

*Rey.* ¿Y le dejaron con vida?

*Tenorio.* Por don Pedro, señor, vive, que sin que se supiese le ausentaron; y la dama, inocente deste agravio, agresor hizo desto al Duque Otavio, y ya en Sevilla está.

*Rey.* Sí, ¿mas qué haremos, con Gonzalo de Ulloa, que le habia tratado el casamiento?

*Tenorio.* Bien podremos poner remedio, pues el tiempo envía ocasion, y en la mano la tenemos, que el Duque Otavio remediar podría el yerro de don Juan, pues que su casa á la de don Gonzalo llega y pasa.

*Rey.* No me parece mal, como no inquiete al Duque la pasión que de Isabela con el amor que tuvo nos promete, en cuya confusión hoy se desvela; pues la ocasión tenemos del copete, asírla, que es ligera, y siempre vuela, y viene á ser áqueste el mejor medio, que á dos casos como estos dá remedio. ¿Y adónde está ese loco?

*Tenorio.* Jamás niego á vuestra Alteza cosa que pretenda saber; y cuando aquí pende el sosiego de don Juan, y con esto el yerro enmienda, por quien se acaba el encendido fuego que él comenzó, es ya justo que lo entienda, señor, tu Alteza: ya en Sevilla asiste, que así encubierto está mientras se viste.

*Rey.* Pues decidle que della salga al punto, que pienso que es travieso y la pasea, porque el remedio de esto venga junto.

*Tenorio.* A Lebrija se irá.

*Rey.* Mi enojo vea en el destierro.

*Tenorio.* Quedará difunto cuando lo sepa.

*Rey.* Lo que digo sea sin falta.

*Tenorio.* El Duque Otavio es el que viene.

*Rey.* Decid que llegue, que licencia tiene.

*Sale* EL DUQUE OTAVIO.

- Otavio.* A esos piés, gran señor, un peregrino  
mísero y derrotado ofrece el labio,  
juzgando por feliz este camino,  
en vuestra Real presencia el Duque Otavio:  
huyendo vengo el fiero desatino  
de una mujer y el no pensado agravio  
de un Rey ; aunque mal dije, que los Reyes  
cristal son al espejo de las leyes.  
Una mujer, al viento débil caña,  
pues lo fué en la mudanza que ha mostrado,  
á su Alteza, señor, sin causa engaña,  
diciendo que en palacio la he burlado ;  
mas el tiempo, que al cabo desengaña,  
dará á entender al Rey quién ha causado  
esta inquietud en él, pues con engaño  
por la cara que vió me hace este daño.
- Rey.* Ya, Duque Otavio, sé vuestra inocencia,  
y al Rey escribiré, porque os reciba  
en su gracia, mostrando su clemencia,  
cuando el enojo de su vista os priva ;  
y hoy os pienso casar, con su licencia,  
con una dama, en cuya gracia estriba  
de la beldad la octava maravilla,  
y el Sol de las estrellas de Sevilla.  
Don Gonzalo de Ulloa, un caballero,  
á quien le ciñe la cruz roja el pecho,  
que horror del Moro fué, pues con su acero

su tierra siempre ha puesto en grande estrecho,  
tiene una hija, y hoy con ella quiero  
casaros en Sevilla, que sospecho  
que con aquesto vuestro bien ordeno.

*Otavio.* Primero Alfonso sois, siendo el Onceno.

*Vase EL REY y TENORIO, y salen DOS CRIADOS DEL DUQ.*

*Cria. 1.* ¿Qué hay de nuevo?

*Otavio.* El gusto es tal,  
que no he de decirlo bien.

*Cria. 2.* ¿Pues qué tienes?

*Otavio.* Mucho bien,  
tanto que es pequeño el mal.  
Con un amor desigual  
su Alteza me recibió,  
con que á mis trabajos dió  
alivio, y fin á mis males,  
pues con favores iguales  
mis fortunas eclipsó.  
Su Alteza me quiere hacer  
quedar en Sevilla, y yo,  
como quien lo deseó,  
estoy loco de placer.

*Cria. 1.* ¿Al fin te llegó á ofrecer  
mujer?

*Otavio.* Sí, amigo, y mujer  
de Sevilla, que Sevilla  
dá, si averiguarlo quieres,  
porque de oirlo te asombres,

si fuertes y airosos hombres,  
las más gallardas mujeres.

*Criado.* ¿Luego ya no te desvela  
Isabela?

*Otavio.* No.

*Salen CATALINON y DON JUAN.*

*Catalin.* Detente,  
que aquí está el Duque inocente  
Sagitario de Isabela,  
aunque mejor le diré  
penitente.

*Juan.* Disimula.

*Catalin.* Cuando le vende le adula.

*Juan.* Como á Nápoles dejé  
y la casa de mi tío,  
por un pleito de su Alteza,  
Otavio, con tal presteza,  
aunque fué el intento mio  
el despedirme de vos,  
no tuve lugar.

*Otavio.* Por eso,  
don Juan, amigo, os confieso  
que aquí nos vemos los dos.

*Juan.* En Sevilla.

*Otavio.* ¿Quién pensara,  
don Juan que en Sevilla os viera?

*Juan.* Vos Puzol, vos la ribera,  
desde Parténope clara,



dejais?

*Otavio.* Aunque es un lugar  
Nápoles tan excelente,  
por Sevilla solamente  
se puede, amigo, dejar.

*Juan.* ¿Cuándo llegasteis?

*Otavio.* Ayer.

*Juan.* De su hermosa descripción  
os quiero hacer un borron,  
puesto que la habeis de ver.  
Sevilla, ó Hispalis bella,  
así de Hispalo se dice,  
ó de Hispan, de quien España  
tiene su primer origen,  
aunque un escritor moderno,  
seis letras con que se escribe,  
á las cuatro del Romano  
quiere tambien que se apliquen,  
diciendo en ellas: *Senatus,*  
*equæ, virtutis, justitiæ,*  
*legibus, Augustus,* que es  
blason que mi lengua explique.  
Dice así: Senado, igual,  
para que más se eternice,  
de valor, y de justicia,  
en leyes exento, y libre.  
Y para que estas seis letras  
por los Orbes se publiquen,  
de sus lábaros y escudos  
eran soberanos timbres.

Aunque leidas despues  
sin puntos, comas, ni tildes,  
en ingenioso anagrama,  
Sevilla las seis repiten.  
Fué de Hércules fundacion,  
no el Tebano, de quien fingen  
tantos emblemas los hombres,  
gloriosos como imposibles,  
sino del egipcio hermano,  
del que con nombre de Osiris  
Dios le llamó, haciendo á Menfis  
que inciensos le sacrifiquen:  
cuyas caducas memorias  
en brazos del tiempo gimen,  
ruínas lisonjeadas  
de las yedras que las visten.  
Pero despues Julio César  
la trasladó á los felices  
llanos, en que hoy coronada  
lo mejor de Europa rige.  
Ennoblecióla de muro,  
Zodiaco que la ciñe  
de doce signos, que en tantas  
puertas Sevilla se sirve.  
Y es la copia que entra y sale  
por ellas tan increíble,  
que para salir y entrar,  
unos á otros se impiden.  
Son de sus lienzos las torres  
pasamanos apacibles,

que en torno de la ciudad  
forman hermosos países.  
Por cuyos círculos bellos  
mil soles, mil serafines  
discurren en escuadrones,  
para que el Sol los envidie.  
El Bétis besa sus piés,  
con cuyo llanto es el Tibre  
una lágrima, y el mar  
de España ménos humilde.  
Este en sus cristales funda  
otra ciudad invencible,  
cuyos edificios son  
como sus aguas movibles.  
En él verás por las tardes  
en fugitivos jardines,  
y en fáciles primaveras,  
hecho pedazos á Chipre.  
Y en su márgen más Sirenas  
que engendra el mar en sus Sirtes,  
con quien no hay sordas orejas,  
ni hay ingeniosos Ulises.  
Con esta calle de plata  
della á Triana dividen,  
arrabal en tal ciudad,  
y entre otras ciudad insigne.  
El imperio de sus aguas  
edificios no permite  
de piedra, que estando loco,  
no es mucho que piedras tire.

Y así en diez y siete barcos,  
con que los hombros le oprime,  
un Bucentoro se carga ;  
que en él parece un esquiñe  
este monte de madera,  
que está entre cadenas firme.  
No leño á leño enojado,  
que astilla á astilla divide,  
es Babel de su Arenal,  
sino menfítica efigie,  
la antigua torre del Oro,  
lisonja de los Gentiles.  
Mirando su hermoso Alcázar,  
Troya su Ilion olvide,  
y en sus muros Babilonia  
sus vividores Pensiles ;  
pues los que allá en las murallas,  
acá en los cimientos sirven,  
allá para que los vean,  
acá para que los pisen.  
Veinte sierpes de cristal,  
que blancas piedras despiden,  
son de un estanque alimento,  
dulce hospedaje de Cisnes.  
De los jardines los cuadros  
ciernen en granos sutiles  
cristales, que por los aires  
en átomos se dividen.  
Estos salpicando damas,  
si en su marfil no se engrien ,

dejan en gotas de plata  
tachuelas en sus chapines.  
En un cuarto á sus Monarcas  
media naranja le esprimen,  
tan rica, que á ser entera  
fuera de hacerlo imposible.  
En la sala de los Reyes  
parece que siempre asiste  
Júpiter en lluvias de oro,  
ó en ella el Alba se rie.  
El Templo de Salomon,  
ó el que vió Jonia subirse  
en cien mármoles al cielo,  
que hoy yace en cenizas viles,  
rasguño son, si no sombra  
del que ves, donde se miden  
el arte y la admiracion,  
y la admiracion se rinde.  
Cincuenta y cuatro pilares  
tal pesadumbre reciben  
sobre sus gigantes frentes,  
con quien agobiados gimen.  
Estos son todos tan gruesos,  
que dije mal cuando dije  
pilares, porque son torres,  
aunque en tal fábrica mimbres.  
La longitud de su Iglesia  
es tal, que se juzga lince  
el que de una puerta en otra  
entrando un hombre divise.

Dos imágenes venera  
en dos capillas insignes,  
á donde todos los días  
doscientas misas se dicen.  
En ella, despues del cielo,  
con más majestad se sirve  
á Dios, perdóneme Roma  
si Toledo lo permite.  
Es un edificio eterno  
el Monumento, y tan firme,  
que por sus huecos pilares,  
al chapitel más sublime  
suben los hombres, á donde  
admirados despabilen,  
tal vez por hachas estrellas,  
que unas con otras compiten.  
Como de cirios pascuales  
otras Iglesias se sirven,  
ésta de montes de cera,  
donde por llama el Sol vive.  
Que á no enfrenarla con agua,  
de la cárcel que derrite  
desatada, se abrasara ;  
tal lumbre de sí despide.  
Referirte otras grandezas  
con que te asombres y admires  
no quiero, porque en su torre  
todas las que has visto cifres.  
Que á ser hecha ántes de aquella  
que de Babilonia escriben,

con la soberbia se alzara  
y con su memoria insigne.  
Sobre cuya postrer bola,  
cosa de creer difícil,  
el Coloso, honor de Rodas,  
á los vientos se corrige;  
estátua de rubio bronce,  
que por sus giros le dicen  
la Giralda, y por mujer  
mudable, inconstante y libre.  
Parroquias en que á la gente  
Sacramentos administren,  
con otra más que aumentara,  
contara dos veces quince.  
Solemnidades y fiestas  
más célebres que imagines,  
viendo su Semana Santa,  
es fuerza que las olvides;  
que en sesenta procesiones,  
que con majestad se rigen,  
verás dando en mar de sangre  
á Dios preciosos rubíes.  
Tras inmensas obras pías,  
doscientos dotes redimen  
huérfanas, doncellas, pobres,  
que el serlo es Argel terrible.  
Tiene más de cien conventos,  
y entre ellos dos tan insignes,  
que entre edificios y gente,  
ciudades pueden decirse.

Sustenta doce hospitales,  
en que á pobres beneficien,  
y entre ellos el de la Sangre,  
donde un Ribera eternices.  
Los edificios, las calles,  
los comercios que se impiden  
unos á otros los tratos;  
artes soberbios, y humildes;  
las naos, que vieron alegres  
de la Aurora los confines,  
y los reinos de la noche;  
perlas, coral, amatistes,  
bordados, brocados, telas,  
pasamanos y tabíes,  
y al fin cuanto el Sol engendra,  
y el mar y la tierra rinde,  
para que el hombre lo goce,  
lo gaste y lo desperdicie,  
en Sevilla está cifrado;  
mas no es mucho que se cifre,  
si el mundo se cifra en ella,  
y ella los Orbes oprime.  
Y en sí tanta gente encierra,  
que por las calles se aflige,  
y los muros reventando,  
barrios levanta en que habiten.  
Los hombres son liberales,  
gallardos como invencibles,  
inventores de las galas  
que en toda España se viste.



Las mujeres son bizarras,  
briosas, altivas, Círces  
en hablar, y en el obrar  
constantes, honestas, firmes,  
aunque á su cordura en coches  
ya la vanidad embiste,  
paladiones preñados,  
de mil partos infelices.  
Vencerán su honestidad  
como los coches porfien,  
que es la más fuerte lisonja  
para la beldad Esfinge.  
Maldito tú, Faraon,  
que los inventaste y diste  
al mundo, aunque entre las aguas  
pagaste invencion tan libre.  
Mas ya que no de los coches,  
Dios de cocheros nos libre,  
gente que por nuestras culpas  
entre nosotros permite.  
Esta es Sevilla, que al huésped  
por una legua recibe  
de calzadas, despreciando  
los romanos arrecifes.  
Corto en su alabanza quedo,  
pues verás cuando la habites,  
que es más la grandeza suya,  
que cuanto della se escribe.

*Otavio.* Si en Nápoles os oyera,  
y no en la parte que estoy,

del crédito que hoy os doy  
sospecho que me riera.

Mas llegándola á habitar,  
es, por lo mucho que alcanza,  
corta cualquiera alabanza  
que á Sevilla querais dar.

¿Quién es el que viene allí?

*Juan.* El que viene es el Marqués  
de la Mota.

*Otavio.* Descortés  
es fuerza ser.

*Juan.* Si de mí  
algo hubiéreis menester,  
aquí espada y brazo está.

*Catalin.* Si le importa, él forzará  
en su nombre otra mujer,  
que es valiente garañon.

*Otavio.* De vos estoy satisfecho. (*Vase.*)

*Catalin.* Si fuere de algun provecho,  
señores, Catalinon,  
vuarcedes continuamente  
me hallarán para servillos.

*Cria. 1.* ¿A dónde?

*Catalin.* En los Pajarillos,  
tabernáculo excelente.

*Vanse los criados, y sale EL MARQUÉS DE LA MOTA.*

*Marq.* Todo hoy os ando buscando,  
y no os he podido hallar:

¿vos, don Juan, en el lugar,  
y vuestro amigo penando  
en vuestra ausencia?

*Juan.* Por Dios,  
amigo, que me debeis  
ese favor que me haceis.

*Catalin.* Como no le entregueis vos  
moza, ó cosa que lo valga,  
bien podeis fiaros del,  
que, en cuanto en esto es cruel,  
tiene condicion hidalga.

*Juan.* ¿Qué hay de Sevilla?

*Marq.* Está ya  
toda esta Corte mudada.

*Juan.* ¿Mujeres?

*Marq.* Cosa juzgada.

*Juan.* ¿Inés?

*Marq.* A Vegel se va.

*Juan.* Buen lugar para vivir  
la que tan dama nació.

*Marq.* El tiempo la desterró  
á Vegel.

*Juan.* Irá á morir.

¿Su hermana?

*Marq.* Es lástima vella  
lampiña de frente y ceja;  
llámanla en portugués vieja,  
y ella imagina que bella.

*Juan.* Sí, que bella en portugués  
suena vieja en Castellano:

¿y Teodora?

*Marq.* Este verano  
se escapó del mal francés  
por un río de sudores;  
y está tan tierna y reciente,  
que ántes de ayer me echó un diente  
en medio de mil favores.

*Juan.* ¿Julia la del Candilejo?

*Marq.* Ya con sus afeites lucha.

*Juan.* Véndese siempre por trucha.

*Marq.* Ya se dá por abadejo.

*Juan.* ¿El barrio de Cantarranas  
tiene buena poblacion?

*Marq.* Ranas las más dellas son.

*Juan.* ¿Y viven las dos hermanas?

*Marq.* Y la mona de Tulú  
de su madre Celestina,  
que las adiestra y doctina.

*Juan.* ¡Oh vieja de Bercebú!

¿Cómo la mayor está?

*Marq.* Blanca, y sin blanca ninguna:  
tiene un santo á quien ayuna.

*Juan.* ¿Agora en viglias dá?

*Marq.* Es firme y santa mujer.

*Juan.* ¿Y esotra?

*Marq.* Mejor principio  
tiene; no desecha ripio.

*Juan.* Buen albañil quiere ser.

Marqués, ¿qué hay de perros muertos?

*Marq.* Yo y don Pedro de Esquivel

dimos anoche uno cruel,  
y esta noche tengo ciertos  
otros dos.

*Juan.* Iré con vos,  
que tambien recorreré  
ciertos nidos que dejé  
en huevos para los dos.  
¿Qué hay de terrero?

*Marq.* No muero  
en terrero, que enterrado  
me tiene mayor cuidado.

*Juan.* ¿Cómo?

*Marq.* Un imposible espero.

*Juan.* ¿Pues no os corresponde?

*Marq.* Sí,  
me favorece y me estima.

*Juan.* ¿Quién es?

*Marq.* Doña Ana mi prima,  
que es recién venida aquí.

*Juan.* ¿Pues dónde ha estado?

*Marq.* En Lisboa,  
con su padre en la embajada.

*Juan.* ¿Es hermosa?

*Marq.* Es extremada,  
porque en doña Ana de Ulloa  
se extremó naturaleza.

*Juan.* ¿Tan bella es esa mujer?  
Vive Dios que la he de ver.

*Marq.* Vereis la mayor belleza  
que los ojos del Sol ven.

- Juan.* Casaos, si es tan extremada.  
*Marq.* El Rey la tiene casada,  
y no se sabe con quién.  
*Juan.* ¿No os favorece?  
*Marq.* Y me escribe.  
*Catalin.* No prosigas, que te engaña  
el gran garañon de España.  
*Juan.* Quien tan satisfecho vive  
de su amor ¿desdichas teme?  
Sacadla, solicitadla,  
escribidla y engañadla,  
y el mundo se abraza y queme.  
*Marq.* Agora estoy esperando  
la postrer resolucion.  
*Juan.* Pues no perdais ocasion,  
que aquí os estoy aguardando.  
*Marq.* Pues á Dios.  
*Catalin.* Señor cuadrado  
ó señor redondo, á Dios.  
*Criad.* A Dios.  
*Juan.* Pues solos los dos,  
amigo, habemos quedado,  
sigue al marqués.  
*Catalin.* El Marqués  
en el Alcázar se entró.  
*Juan.* Vé tras él.

*Dentro, UNA DAMA.*

- Dama.* ¡Ce!...
- Juan.* ¿Quién llamó?
- Dama.* Si sois prudente, y cortés,  
y su amigo, dadle luégo  
al Marqués este papel.  
Mirad que consiste en él  
de una señora el sosiego.  
A Dios.
- Juan.* Yo se lo daré;  
soy su amigo, y caballero  
tambien.
- Dama.* Señor forastero,  
á Dios.
- Juan.* Ya la voz se fué.  
¿No parece encantamento  
no ver por dónde han hablado?  
A mí el papel ha llegado  
por la estafeta del viento.  
Sin duda que es de la dama  
que el Marqués me ha encarecido:  
venturoso en esto he sido.  
España á voces me llama  
el burlador, que el mayor  
gusto que en mí puede haber  
es burlar una mujer  
y dejarla sin honor.  
Vive Dios, que lo he de abrir,

pues salí de la plazuela.  
Si hubiese aquí otra Isabela...  
gana me dá de reir.  
Ya está abierto el tal papel ;  
y que es suyo es cosa llana ,  
porque aquí firma : DOÑA ANA  
TU PRIMA.

*(Lee el papel.)*

« Mi padre infiel  
dice al fin que me ha casado ,  
y no contigo ; y así  
quiero fiarme de tí  
debajo de haberme dado  
palabra de casamiento.  
Aquesta noche vendrás  
á las once , y hallarás  
abierto para este intento  
cierto postigo ; y por señas  
una capa de color  
te pondrás , porque Leonor ,  
la esclavilla , y las dos dueñas  
te dejen entrar. Bien mio ,  
adios. »

Desdichado amante ,  
¿ hay suceso semejante ?  
Ya de la burla me rio.  
Gozaréla , vive Dios ,  
con el engaño y cautela  
que en Nápoles á Isabela.



*Sale* CATALINON.

*Catalin.* Ya el Marqués viene.

*Juan.* Los dos  
aquesta noche tenemos  
que hacer.

*Catalin.* ¿Hay engaño nuevo?

*Juan.* Extremado.

*Catalin.* No lo apruebo,  
sino que nos acostemos,  
dejando nuevos cuidados;  
que el que vive de burlar,  
burlado habrá de quedar,  
pagando tantos pecados  
de una vez.

*Juan.* ¿Predicador  
te vuelves, impertinente?

*Catalin.* La razon hace al valiente.

*Juan.* Y al cobarde hace el temor.  
El que pretende servir  
voluntad no ha de tener;  
y todo ha de ser hacer  
y nada ha de ser decir.  
Sirviendo, jugando estás;  
y si quieres ganar luégo,  
haz siempre, porque en el juego,  
quien más hace gana más.

*Catalin.* Y tambien quien hace y dice,  
topa y pierde en cualquier parte.

*Juan.* Esta vez quiero avisarte,  
porque otra vez no te avise.

*Catalin.* Digo, que de aquí adelante  
lo que me mandas haré,  
y á tu lado forzaré  
un tigre y un elefante.

*Juan.* Calla, que viene el Marqués.

*Catalin.* ¿Pues ha de ser él forzado?

*Sale EL MARQUÉS.*

*Juan.* Para vos, Marqués, me han dado  
un recado harto cortés  
por una reja, sin ver  
el que me le daba allí;  
sólo en la voz conocí  
que me le daba mujer.  
Díjome al fin, que á las doce  
acudiérais á la puerta,  
que estará esperando, abierta,  
donde tu esperanza goce  
la posesion de su amor,  
y que llevases por señas  
de Leonorilla y las dueñas  
una capa de color.

*Marq.* ¿Qué decís?

*Juan.* Que este recado  
de una ventana me dieron  
sin ver quién.

*Marq.* Con él pusieron

sosiego á tanto cuidado.  
 ¡ Ay amigo ! sólo en tí  
 mi esperanza renaciera ;  
 dame esos piés.

*Juan.* Considera  
 que no está tu prima en mí.  
 Mas piensas que yo he de ser  
 quien la tiene de gozar,  
 y me llegas á besar  
 los piés.

*Marq.* Es tal el placer,  
 que me ha sacado de mí ;  
 ¡ oh Sol ! apresura el paso.

*Juan.* Ya el Sol camina al ocaso.

*Marq.* Vamos, amigo, de aquí,  
 y de noche nos pondremos ;  
 loco voy.

*Juan.* Bien se conoce ;  
 mas yo sé bien que á las doce  
 harás mayores extremos.

*Marq.* ¡ Ay prima, del mundo prima,  
 que quieres premiar mi fé !

*Catalin.* Juro á Cristo que no dé  
 una blanca por su prima.

*Vase EL MARQUÉS, y sale DON JUAN TENORIO, el viejo.*

*Tenorio.* Don Juan.

*Catalin.* Tu padre te llama.

*Juan.* ¿ Qué manda Vueseñoría ?

*Tenorio.* Verte más quieto querría,  
 más cuerdo y con mejor fama:  
 ¿es posible que procuras  
 todas las horas mi muerte?

*Juan.* ¿Por qué vienes desta suerte?

*Tenorio.* Por tu trato, y tus locuras.  
 En fin, el Rey me ha mandado  
 que te eche de la ciudad,  
 porque está de una maldad  
 con justa causa enojado.  
 Que aunque me la has encubierto  
 ya en Sevilla el Rey la sabe,  
 cuyo delito es tan grave,  
 que á decírtele no acierto.  
 ¿En el Palacio Real  
 traicion? ¿Y con un amigo  
 traicion? Dios te dé el castigo  
 que pide delito igual.  
 Mira que aunque al parecer  
 Dios te consiente y aguarda  
 tu castigo, no se tarda,  
 y que castigo ha de haber  
 para los que profanais  
 su nombre, y que es juez fuerte  
 Dios en la muerte.

*Juan.* ¿En la muerte?

¿Tan largo me lo fiais?  
 De aquí allá hay larga jornada.

*Tenorio.* Breve te ha de parecer.

*Juan.* Y la que tengo de hacer,

pues á Su Alteza le agrada,  
ahora ¿es larga tambien?

*Tenorio.* Hasta que el injusto agravio  
satisfaga el Duque Otavio,  
y apaciguados estén  
en Nápoles de Isabela  
los sucesos que has causado,  
en Lebrija retirado  
por tu traicion y cautela,  
quiere el Rey que estés ahora;  
pena á tu maldad ligera.

*Catalin.* Si el caso tambien supiera  
de la pobre pescadora,  
más se enojara el buen viejo.

*Tenorio.* Pues no te venzo y castigo  
con cuanto hago y cuanto digo,  
á Dios tu castigo dejo. (*Vase.*)

*Catalin.* Fuése el viejo enternecido.

*Juan.* Luego las lágrimas copia,  
condicion de viejos propia.  
Vamos, pues ha anohecido,  
á buscar al Marqués.

*Catalin.* Vamos;  
¿al fin gozarás su dama?

*Juan.* Ha de ser burla de fama.

*Catalin.* Ruego al cielo que salgamos  
della en paz.

*Juan.* Catalinon  
al fin.

*Catalin.* Y tú, señor, eres

langosta de las mujeres ;  
 y con público pregon,  
 porque de tí se guardara,  
 y á su noticia viniera  
 de la que doncella fuera,  
 fuera bien se pregonara :  
 « Guárdense todos de un hombre  
 que las mujeres engaña,  
 y es el garañon de España. »

*Juan.* Tú me has dado gentil nombre.

*Salen LOS MÚSICOS y EL MARQUÉS, cantando.*

*Músicos.* *El que un bien gozar espera,  
 cuando espera desespera.*

*Juan.* ¿Qué es esto?

*Catalin.* Música es.

*Marq.* Parece que habla conmigo  
 el poeta.

*Juan.* ¿Quién vá?

*Marq.* Amigo :

¿ es don Juan ?

*Juan.* ¿ Es el Marqués ?

*Marq.* ¿ Quién puede ser sino yo ?

*Juan.* Luégo que la capa ví,  
 que érades vos conocí.

*Marq.* Cantad, pues don Juan llegó.

*Músicos.* *El que un bien, etc.*

*Juan.* ¿ Dónde iremos ?

*Marq.* A Lisboa.

*Juan.* ¿Cómo si en Sevilla estais?

*Marq.* ¿Pues aqueso os maravilla?

¿No vive con gusto igual  
lo peor de Portugal  
en lo mejor de Sevilla?

*Juan.* ¿Dónde viven?

*Marq.* En la calle  
de la Sierpe, donde ves  
á Adan vuelto en Portugués;  
que en aqueste amargo valle  
con bocados solicitan  
mil Evas, que aunque dorados,  
en efecto son bocados  
con que las vidas nos quitan.

*Catalin.* Ir de noche no quisiera  
por esa calle cruel,  
pues lo que de dia en miel,  
de noche lo dan en cera.  
Una noche, por mi mal,  
la ví sobre mí vertida,  
y hallé que era corrompida  
la cera de Portugal.

*Juan.* Mientras á la calle vais,  
yo dar un perro quisiera.

*Marq.* Pues cerca de aquí me espera  
uno bravo.

*Juan.* Me dejais  
con él, Marqués: ya vereis  
cómo de mí no se escapa.

*Marq.* Vamos, y poneos mi capa,

- para que mejor le deis.
- Juan.* Bien habeis dicho ; venid ,  
y me enseñareis la casa.
- Marq.* Mientras el suceso pasa ,  
la voz y el habla fingid.  
¿ Veis aquella celosía ?
- Juan.* Ya la veo.
- Marq.* Pues llegad ,  
y decid Beatriz , y entrad.
- Juan.* ¿ Qué mujer ?
- Marq.* Rosada y fria.
- Catalin.* Será mujer cantimplora.
- Marq.* En Gradas os aguardamos.
- Juan.* Adios , Marqués.
- Catalin.* ¿ Dónde vamos ?
- Juan.* Calla , necio , calla ahora ;  
á donde la burla mia  
se ejecute.
- Catalin.* No se escapa  
nadie de tí.
- Juan.* El truco adoro.
- Catalin.* Echaste la capa al toro.
- Juan.* Escapéme por la capa. (*Vanse.*)
- Marq.* La mujer ha de pensar  
que soy yo.
- Cria. 1.* ¿ Qué gentil perro !
- Marq.* Esto es acertar por yerro.
- Cria. 2.* Todo este mundo es errar ,  
que está compuesto de errores.
- Marq.* El alma en las horas tengo ,



*D. Gon.* Pues si eres el Marqués, piensa  
que es en tí mayor la ofensa,  
y más ofendido estoy.  
Muere, traidor.

*Juan.* Desta suerte  
muero yo.

*Catalin.* Si escapo desta,  
no más burla, no más fiesta.

*D. Gon.* ¡Ay que me has dado la muerte!  
Mas si el honor me quitaste,  
¿de qué la vida servía?

*Juan.* Huye.

*D. Gon.* Aguarda, que es sangría,  
con que el valor me aumentaste;  
mas no es posible que aguarde.  
Seguirá mi furor,  
que es traidor, y el que es traidor,  
es traidor porque es cobarde.

*Sale EL MARQUÉS.*

*Marq.* Presto las doce darán,  
y mucho don Juan se tarda.

*Cria. I.* Fiera pension del que aguarda.

*Salen DON JUAN y CATALINON.*

*Juan.* ¿Es el Marqués?

*Marq.* ¿Es don Juan?

*Juan.* Yo soy; tomad vuestra capa.

- Marq.* ¿Qué perro?
- Juan.* Funesto ha sido;  
al fin, Marqués, muerto ha habido.
- Catalin.* Señor, del muerto te escapa.
- Marq.* ¿Burlásteisla?
- Juan.* Sí burlé.
- Catalin.* Y aún á vos os ha burlado.
- Juan.* Caro la burla ha costado.
- Marq.* Yo, don Juan, lo pagaré,  
porque estará la mujer  
quejosa de mí.
- Juan.* Las doce  
darán.
- Marq.* Como mi bien goce,  
nunca llegue á amanecer.
- Juan.* Adios, Marqués.
- Catalin.* Muy buen lance  
el desdichado hallará.
- Juan.* Huyamos.
- Catalin.* Señor, no habrá  
aguilita que me alcance. (*Vanse.*)
- Marq.* Vosotros os podeis ir  
todos á casa, que yo  
he de ir solo.
- Cria.* Dios crió  
las noches para dormir.

*Vanse, y DICEN DENTRO.*

1.           ¿Vióse desdicha mayor?  
 2.           ¿Y vióse mayor desgracia?  
*Marq.*    ¡Válgame Dios! voces oigo  
 en la plaza del Alcázar;  
 ¿qué puede ser á estas horas?  
 Un hielo me baña el alma;  
 desde aquí parece toda  
 una Troya que se abrasa,  
 porque tantas hachas juntas  
 parecen montes de llamas.  
 Mas una escuadra de luces  
 se acerca hácia mí, porque anda  
 el fuego emulando al Sol,  
 dividiéndose en escuadras:  
 quiero preguntar lo que es.

*Salen* EL DUQUE OTAVIO, TENORIO y CRIADOS.

- Otavio.*   ¿Qué gente?  
*Marq.*                   Gente que aguarda  
 saber de aqueste alboroto  
 la ocasion.  
*Tenorio.*               Esta es la capa  
 que dijo el Comendador  
 en las postreras palabras.  
*Otavio.*   Préndanle.  
*Marq.*                   ¿Prenderme á mí?

*Tenorio.* Volved la espada á la vaina,  
que la mayor valentía  
es no tratar de la espada.

*Sale EL REY.*

*Marq.* Señor, aquí está el Marqués.  
¿Vuestra Alteza á mí me manda  
prender?

*Rey.* Llevadle, y ponedle  
la cabeza en una escarpia.  
¿En mi presencia te pones?

*Marq.* Señor, mi inocencia...

*Rey.* Basta ;  
llevadle luégo á una torre.

*Marq.* ¡Ay glorias de amor tiranas,  
siempre en el pasar ligeras,  
como en el venir pesadas !  
Bien dijo un sabio que habia  
entre la boca y la taza  
peligro, pero el enojo  
del Rey me admira y espanta.  
¿No sabré por qué voy preso?

*Tenorio.* ¿Quién mejor sabrá la causa  
que Vueseñoría?

*Marq.* ¿Yo?

*Tenorio.* Vamos...

*Marq.* ¡Confusion extraña! (*Vanse.*)

*Rey.* Fulmínesele el proceso  
al Marqués luégo, y mañana

le cortarán la cabeza ;  
 y al Comendador, con cuanta  
 solemnidad y grandeza  
 merece nobleza tanta,  
 se le haga luégo un sepulcro  
 de bronce y de piedra párea,  
 á donde góticas letras  
 den lenguas á su venganza.

¿Dónde doña Ana se fué?

*Otavio* Fuése al sagrado doña Ana  
 de mi señora la Reina.

*Rey.* Ha de sentir esta falta  
 Castilla ; y el Reino todo  
 su defensa en esta espada ;  
 y tan gran Comendador  
 ha de llorar Calatrava.

*Vanse, y salen LOS VILLANOS, y cantan.*

*Músic.* *Lindo sale el sol de Abril  
 por trebol y torongil,  
 y aunque le sirve de estrella,  
 Arminta sale más bella.*

*Gaceno.* Ya, Batricio, os he entregado  
 el alma y el ser en mi Arminta.

*Batric.* Por eso se baña, y pinta  
 de más colores el prado ;  
 con deseos la he ganado,  
 con obras la he merecido.

*Músic.* *Tal mujer y tal marido*

*vivan juntos años mil.  
Lindo sale el sol de Abril  
por trebol y torongil.*

*Batric.* No sale así el sol de Oriente  
como el sol que al alba sale,  
que no hay sol que al sol se iguale  
de sus niñas y su frente,  
deste sol claro y luciente  
que eclipsa al sol su arrebol;  
y así cantadle á mi sol  
motetes de mil en mil.

*Músic.* *Lindo sale, etc.*

*Armin.* Batricio, aunque lo agradezco,  
falso y lisonjero estás;  
mas si tus rayos me dás,  
por tí ser luna merezco.  
Tú eres el sol por quien crezco,  
despues de salir menguante,  
para que el alba te cante  
la salva en tono sutil.

*Músic.* *Lindo sale, etc.*

*Sale UN PASTOR.*

*Pastor.* Alcaldes, el desposorio  
huéspedes ha de tener.

*Gaceno.* A todo el mundo ha de ser  
este contento notorio.

*Batric.* ¿Quién viene?

*Pastor.* Don Juan Tenorio.

- Gaceno.* ¿El viejo?
- Pastor.* No ese don Juan,  
sino su hijo el galan.  
Téngolo por mal agüero,  
que galan y caballero  
quitan gusto y penas dán.
- Batric.* ¿Pues quién noticia le dió  
de mis bodas?
- Pastor.* De camino  
pasa á Lebrija.
- Batric.* Imagino  
que el demonio le envió;  
¿mas de qué me aflijo yo?  
Vengan á mis dulces bodas  
del mundo las gentes todas;  
mas, con todo, un caballero  
en mis bodas, mal agüero.
- Gaceno.* Venga el Coloso de Rodas,  
el Cura y el Preste Juan,  
y don Alonso el Onceno  
con su corte, que en Gaceno  
ánimo y valor verán.  
Montes en casa hay de pan,  
Guadalquivires de vino,  
Babilonias de tocino,  
y entre ejércitos cobardes  
de aves, para que los lardes,  
el pollo y el palomino.  
Venga tan gran caballero  
á ser hoy en Dos Hermanas

- honra destas nobles canas.  
*Pastor.* Es hijo del camarero  
 mayor.  
*Batric.* Todo es mal agüero  
 para mí, pues le han de dar  
 junto á mi esposa lugar.  
 Aún no gozo, y ya los cielos  
 me están condenando á celos,  
 amar, sufrir y callar.

*Salen* DON JUAN y CATALINON, *de camino.*

- Juan.* Pasando acaso he sabido  
 que hay bodas en el lugar,  
 y dellas quise gozar,  
 pues tan venturoso he sido.  
*Gaceno.* Vueseñoría ha venido  
 á honrallas y engrandecellas.  
*Batric.* Yo que soy el dueño dellas  
 dígoos tambien que vengais  
 en hora mala.  
 I. ¿No dais  
 lugar á este caballero?  
*Juan.* Con vuestra licencia quiero  
 sentarme aquí.  
*Batric.* Si os sentais  
 delante de mí, señor,  
 sereis de aquesa manera  
 el novio.  
*Juan.* Cuando lo fuera,



no eligiera lo peor.

*Gaceno.* Que es el novio.

*Juan.* De mi error  
é ignorancia, perdon pido.

*Batric.* ¿Es posible que he de ser  
en todo tan desgraciado?

*Catalin.* ¡Desdichado tú que has dado  
en manos de Lucifer!

*Juan.* ¿Posible es que vengo á ser,  
señora, tan venturoso?  
Envidia tengo al esposo.

*Armint.* Pareceisme lisonjero.

*Batric.* Bien dije que es mal agüero  
en bodas un poderoso.

*Juan.* Hermosas manos teneis  
para esposa de un villano.

*Catalin.* Si al juego le dais la mano,  
vos la mano perdereis.

*Batric.* Celos, muerte no me deis.

*Gaceno.* Ea, vamos á almorzar,  
porque pueda descansar  
un rato su señoría.

*Juan.* ¿Por qué la escondeis?

*Armint.* No es mia.

*Gaceno.* Ea, volved á cantar.

*Juan.* ¿Qué decís desto?

*Catalin.* Que temo  
muerte vil de estos villanos.

*Juan.* ¡Buenos ojos, blancas manos!  
en ellos me abraso y quemo.

*Catalin.* ¡Almagrar, y echar á extremo!  
con esta cuatro serán.

*Juan.* Ven, que mirándome están.

*Batric.* Bien dije que es mal agüero  
de mis bodas.

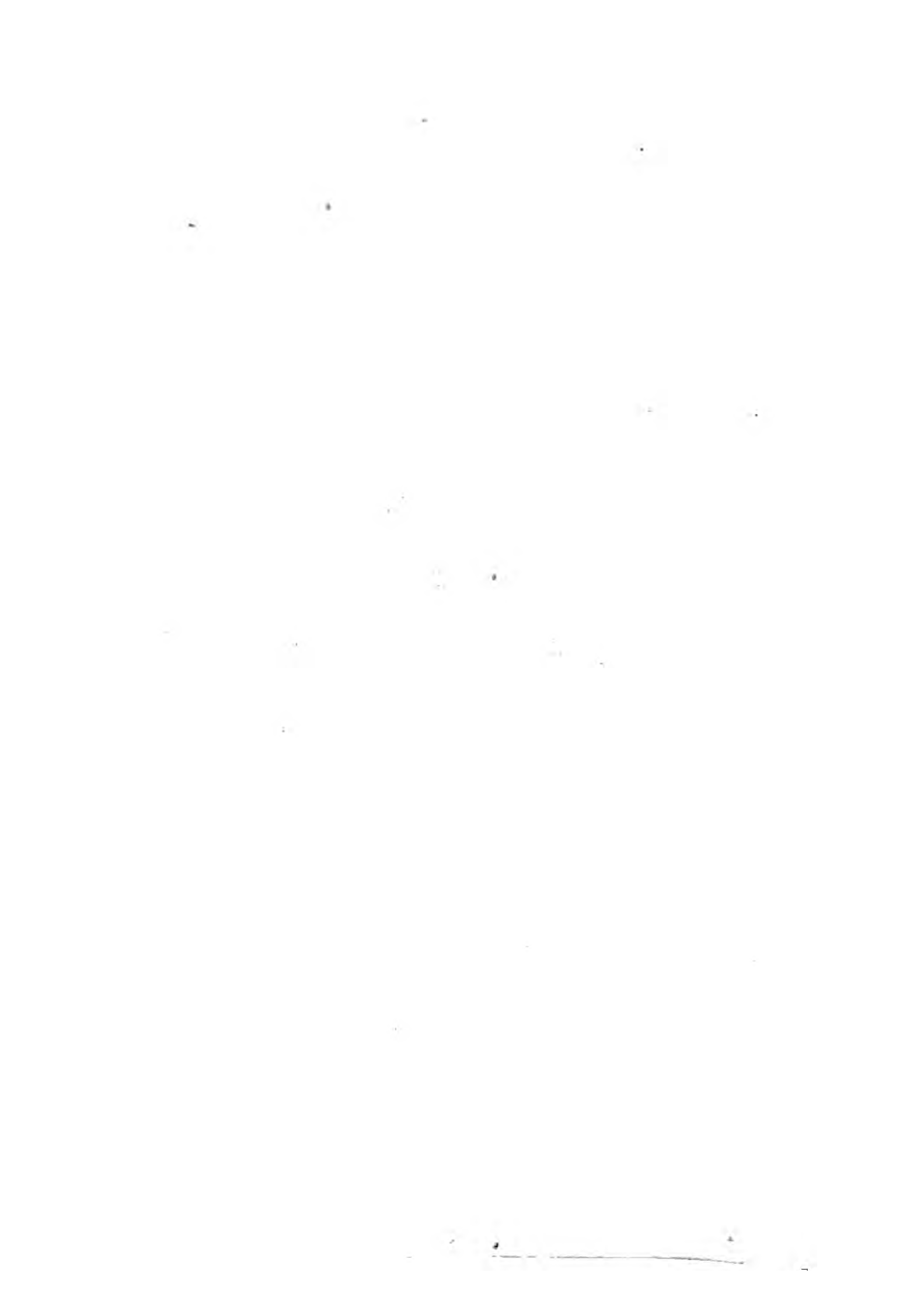
*Gaceno.* Cantad.

*Batric.* Muero.

*Catalin.* Canten, que ellos llorarán.

*Músic.* *Lindo sale el Sol de Abril  
por trebol y torongil.*

---





## JORNADA TERCERA.

*Sale* BATRICIO *solo.*

*Batric.* Celos, átomos de amor,  
y entre los ojos gigantes,  
á la muerte semejantes  
y al infierno en el dolor,  
dejadme, no me canseis  
con iras y desconsuelos,  
que en lo azul pareceis cielos,  
y como infiernos ardeis.  
¿Qué me quereis, caballero,  
que me atormentais aquí?  
Bien dije cuando le ví  
en mis bodas : mal agüero.  
¿No es bueno, que se sentó  
á cenar con mi mujer,  
y á mí en el plato meter  
la mano no me dejó?  
Pues cuando llegar queria  
con furia la desviaba,  
diciendo cuando llegaba :  
grosería, grosería.  
No se apartó de su lado

hasta cenar, de manera,  
que todos pensaban que era  
yo padrino, él desposado.  
Y si decirle queria  
algo á mi esposa, gruñendo  
me la apartaba, diciendo :  
grosería, grosería.  
¡ Que vea clara mi afrenta,  
y no pueda yo decir  
el mal que me hace morir !  
No sé qué diga ó qué sienta  
en tan dudosa porfía ;  
pues llegándome á quejar  
á todos, todo el lugar  
con risa me respondía :  
« Eso no es cosa que importe,  
no teneis de qué temer ;  
callad, que debe de ser  
uso de allá de la Corte. »  
Buen uso, trato extremado,  
mas no se usará en Sodoma  
que otro con la novia coma,  
y que ayune el desposado.  
Pues el otro bellacon  
á cuanto comer queria  
¿ esto no come ? decia,  
no tiene, señor, razon.  
Y de la mano al momento  
me lo quitaba. Corrido  
estoy ; pienso que esto ha sido

culebra, y no casamiento.  
 Ya no se puede sufrir,  
 ni entre cristianos pasar.  
 Y acabando de cenar  
 con los dos, ¿más que á dormir  
 con mi mujer, pues es mia,  
 estorbo me ha de poner,  
 y que ha de venir á ser  
 grosería, grosería?  
 Pero él viene, ¿qué he de hacer?  
 esconderme por no velle,  
 ántes que aquí me atropelle;  
 mas ¡ay, que no he de poder!

*Sale DON JUAN solo.*

*Juan.* Batricio.

*Batric.* ¿Qué es lo que manda  
vueseñoría?

*Juan.* El amor,  
con tal ira y tal furor  
en el alma se desmanda,  
que lo que encubrir quería  
la boca no ha de poder.

*Batric.* ¿Mas que ha de venir á ser  
grosería, grosería?

*Juan.* Yo há muchos dias, Batricio,  
que á Arminta el alma le dí,  
y he gozado...

*Batric.*

¿ Su honor ?

*Juan.*

Sí.

*Batric.*

Manifiesto y claro indicio  
de lo que han visto mis ojos ;  
que si bien no le quisiera  
Arminta, no permitiera  
contra mí tantos enojos.

*Juan.*

Yo al fin con nombre de esposo  
há seis meses que soy dueño  
de su honor : mi amor te enseño  
en trance que es tan forzoso.  
Esta es, Batricio, verdad,  
siendo por tan justo intento  
clandestino el casamiento  
y fingida esa amistad.  
Por mi padre y por el Rey  
entre los dos encubierto  
tuvimos este concierto ;  
y así no es razon y ley  
que tú dos almas dividas,  
que aunque las gentes lo ignoran,  
así se estiman y adoran,  
ni este matrimonio impidas.  
Fuera de que de otra suerte  
satisfacerme podré,  
y á todo el mundo daré,  
si me lo impide, la muerte.

*Batric.*

Si tú en mi eleccion lo pones,  
tu gusto pretendo hacer,  
que el honor y la mujer

son malos en opiniones.  
El honor, en opinion,  
siempre más pierde que gana,  
porque es como la campana  
que se estima por el son.  
Y así es cosa averiguada,  
que su honor viene á perder,  
cuando cualquiera mujer  
suená á campana quebrada.  
Gózala, señor, mil años,  
que yo quiero resistir  
desengaños, y morir,  
por no vivir con engaños. (*Vase.*)

*Juan.*

Con el honor le vencí,  
porque siempre los villanos  
tienen su honor en las manos,  
y siempre miran por sí.  
Que por tantas falsedades  
es bien que se entienda y crea,  
que el honor se fué al aldea  
huyendo de las ciudades.  
Bien lo supe negociar;  
gozarla sin miedo espero;  
la noche camina, quiero  
su viejo padre engañar.  
¡Oh estrellas que me mirais!  
dadme en este engaño suerte,  
si el castigo hasta la muerte  
tan largo me lo fais.



*Vase, y salen* ARMINTA y BELISA.

*Belisa.* Mira que viene tu esposo;  
entra á desnudarte, Arminta.

*Armint.* Destas infelices bodas  
no sé qué sienta, Belisa.  
Dí, ¿qué caballero es este,  
que de mis gustos me priva?  
Todo hoy mi Batricio ha estado  
bañado en melancolía,  
todo en confusion, y en celos:  
mira qué grande desdicha.  
¡Mal hubiese el caballero  
que mis contentos me quita!  
La desvergüenza en España  
se hace ya caballería.  
Déjame, que estoy sin seso,  
déjame, que estoy perdida;  
¡mal hubiese el caballero  
que mis contentos me quita!

*Belisa.* Entra, que pienso que viene;  
que nadie en el cuarto pisa  
de un desposado tan recio.

*Armint.* Queda á Dios, Belisa mia.

*Belisa.* Desenójale en tus brazos.

*Armint.* ¡Plegue á los cielos que sirvan  
mis suspiros de requiebros,  
mis lágrimas de caricias!

*Vanse, y salen* DON JUAN, GACENO y CATALINON.

*Juan.* Gaceno, quedad con Dios.

*Gaceno.* Acompañaros querría,  
por darle desta ventura  
el parabien á mi hija.

*Juan.* Tiempo mañana nos sobra ;  
bien decís.

*Gaceno.* El alma mia  
en la muchacha os entrego.

*Juan.* Mi esposa direis : tú, ensilla,  
Catalinon.

*Catalin.* ¿ Para cuándo ?

*Juan.* Para el Alba, que de risa  
muerta ha de salir mañana  
deste engaño.

*Catalin.* Allá en Lebrija,  
señor, nos está aguardando  
otra boda : por tu vida,  
que despaches presto en esta.

*Juan.* La burla más escogida  
de todas ha de ser esta.

*Catalin.* Sí señor, mas no querría  
que saliésemos burlados,  
ó nos costase las vidas  
esta fiesta.

*Juan.* Si es mi padre  
el dueño de la justicia,  
y es la privanza del Rey,

¿qué temes?

*Catalin.* De los que privan  
suele Dios tomar venganza,  
y con rigor los castiga  
cuando cometen pecados,  
de Dios en la casa misma.  
Y si en las casas de juego  
prenden tambien al que mira,  
yo he sido miron del tuyo,  
y por miron no querria  
que algun rayo abrasador  
me convirtiese en ceniza.

*Juan.* Vete á ensillar, que mañana  
he de dormir en Sevilla.

*Catalin.* ¿En Sevilla?

*Juan.* Sí.

*Catalin.* ¿Qué dices?

Mira lo que has hecho, y mira  
que hay castigo, pena y muerte.

*Juan.* Si tan largo me lo fias...  
vengan engaños.

*Catalin.* Señor...

*Juan.* Vete, que ya me amohinas;  
vive el cielo, que te mate.

*Catalin.* Fuerza al Turco y al Escita,  
al Persa y al Agramante,  
al Japon y al Troglodita;  
fuerza al Etiope y al Tracio,  
y al sastre con la agujita  
de oro en la mano, imitando

- contino á la blanca niña. (*Vase.*)
- Juan.* La noche aprisa los cielos  
con piés de azabache pisa,  
huyendo de los mortales,  
en cuya frente avicina;  
en ricos apretadores  
estrellas por piedras brillan.  
Quiero llegar á la cama.  
¡Arminta!...
- Armint.* ¿Quién llama á Arminta?  
¿Es mi Batricio?
- Juan.* No soy  
tu Batricio.
- Armint.* ¿Pues quién?
- Juan.* Mira  
despacio, Arminta, quién soy.
- Armint.* ¡Ay de mí! ¡Yo soy perdida!  
¿En mi aposento á estas horas?
- Juan.* Estas son las horas mías.
- Armint.* Volveos, que daré voces;  
no excedais la cortesía  
que á mi Batricio se debe.  
Ved que hay Romanas Emilias  
en Dos Hermanas tambien,  
y hay Lucrecias vengativas.
- Juan.* Escúchame dos palabras,  
y esconde de las mejillas  
en el corazon la grana,  
en tí más preciosa y tibia.
- Armint.* Idos, que vendrá mi esposo.

- Juan.* Yo lo soy. ¿De qué te admiras  
*Armint.* ¿Desde cuándo?  
*Juan.* Desde ahora.  
*Armint.* ¿Quién lo ha tratado?  
*Juan.* Mi dicha.  
*Armint.* ¿Sábelo Batricio?  
*Juan.* Sí,  
 que te olvida.  
*Armint.* ¿Que me olvida?  
*Juan.* Sí, porque te adoro.  
*Armint.* ¿Cómo?  
*Juan.* Con mis dos brazos.  
*Armint.* Desvía.  
*Juan.* ¿Cómo puedo, si es verdad  
 que muero?  
*Armint.* ¡Qué gran mentira!  
*Juan.* Arminta, escucha y sabrás,  
 si quieres que te la diga,  
 la verdad, si las mujeres  
 sois de verdades amigas.  
 Yo soy noble caballero,  
 cabeza de la familia  
 de los Tenorios antiguos,  
 ganadores de Sevilla.  
 Mi padre, despues del Rey,  
 se reverencia y se estima  
 en la Córte, y de sus labios  
 penden las muertes y vidas.  
 Torciendo el camino, acaso  
 llegué á verte, que amor guia

tal vez las cosas de suerte,  
 que él mismo dellas se admira.  
 Vite, adoréte, abraséme,  
 y es de suerte, que me obliga  
 á que contigo me case :  
 mira qué accion tan precisa.  
 Y aunque lo murmure el Reino,  
 y aunque el Rey lo contradiga,  
 y aunque mi padre enojado  
 con amenazas lo impida,  
 tu esposo tengo de ser,  
 dando en tus ojos envidia  
 á los que viere en su sangre  
 la venganza que imagina.  
 Ya Batricio ha desistido  
 de su accion, y aquí me envía  
 tu padre á darte la mano.  
 ¿Qué dices?

*Armint.* No sé que diga ;  
 que se encubren tus verdades  
 con retóricas mentiras.  
 Porque si estoy desposada,  
 como es cosa coñocida,  
 con Batricio, ¿el matrimonio  
 cómo puede ser que sirva?

*Juan.* En no siendo consumado,  
 por engaño ó por malicia  
 puede anularse.

*Armint.* Es verdad ;  
 mas ¡ ay Dios ! que no querria

que me dejases burlada,  
cuando mi esposo me quitas.

*Juan.* Ahora bien ; dame esos brazos,  
y esta voluntad confirma  
con ellos.

*Armint.* ¿Qué no me engañas?

*Juan.* Mio el engaño sería.

*Armint.* Jura que me cumplirás  
la palabra y fé debida.

*Juan.* Juro á esta mano, señora,  
infierno de nieve fria,  
de cumplirte la palabra.

*Armint.* Jura á Dios que te maldiga,  
si no lo cumples.

*Juan.* Si acaso  
la palabra y la fé mia  
te faltare, ruego á Dios  
que á traicion y alevosía  
me dé muerte un hombre (muerto,  
que vivo Dios no permita).

*Armint.* Pues con ese juramento  
soy tu esposa.

*Juan.* El alma mia  
entre los brazos te ofrezco.

*Armint.* Tuya es el alma y la vida.

*Juan.* ¡Ay Arminta de mis ojos!  
Mañana sobre virillas  
de tersa plata, estrelladas  
con clavos de oro de Tibar,  
pondrás los hermosos piés,

y en prision de gargantillas  
 la alabastrina garganta,  
 y los dedos en sortijas,  
 en cuyo engaste parezcan  
 estrellas las amatistas,  
 y en cuyas orejas penden  
 transparentes perlas limpias.

*Armint.* Tuya soy.

*Juan.* ¡Qué mal conoces  
 el burlador de Sevilla!

*Vanse, y salen DON PEDRO TENORIO é ISABELA.*

*D. Ped.* ¿De qué sirve, Isabela,  
 la tristeza en el alma y en los ojos,  
 si amor todo es cautela,  
 y siempre dá tristezas por despojos,  
 y sus mayores bienes  
 son tormento, temor, pena y desdenes?  
 Cuando de la ribera  
 de Nápoles partiste, fué muy justo  
 sentir su pena fiera;  
 mas ya puedes trocar la pena en gusto,  
 y mostrar alegría,  
 pues se pone tu noche, y sale el dia.  
 Si ya don Juan te aguarda  
 para enlazar tu mano hermosa y bella,  
 áun el bien no se tarda;  
 suspende el triste llanto y la querella,  
 si es su casa en Sevilla



una de las mejores de Castilla.

*Isabela.* No nace mi tristeza  
de ser esposa de don Juan, que el mundo  
conoce su nobleza ;  
en la esparcida voz mi agravio fundo,  
y esta ocasion perdida  
he de llorar mientras tuviere vida.

*D. Ped.* Allí una pescadora  
está sobre un peñasco al mar mirando,  
y dulcemente llora,  
y al cristalino cielo quejas dando,  
pidiendo está venganza,  
perdida de algun bien ya la esperanza.  
Quiero llegar por ella  
para que aquí te haga compañía ;  
dirásle tu querella,  
y mientras yo con el sereno dia  
desembarco la gente,  
lamentareis las dos más dulcemente. (*Vase.*)

*Isabela.* ¡ Que me robase el sueño,  
la prenda que estimaba y más queria !  
¡ Oh riguroso empeño  
de la verdad ! ¡ Oh máscara del dia,  
noche al fin tenebrosa,  
antípoda del Sol, del sueño esposa !

*Sale* LA PESCADORA.

*Pescad.* Robusto mar de España,  
ondas del fuego en fugitivas olas,

cuya costa el mar baña,  
 dándole por tributo conchas solas,  
 aunque á veces preñadas  
 de traiciones en tí medio anegadas.  
 Pues conoces mis quejas,  
 y de tí mis tormentos han nacido,  
 á tus sordas orejas  
 quiero dar voces, pues la causa has sido  
 de que el honor perdiera  
 la que siempre cruel con hombres era.

*Isabela.* ¿Por qué del mar te quejas?

¿Estás del mar celosa, pescadora?

*Pescad.* El mar parió mis quejas;  
 dichosa vos que sin cuidado ahora  
 dél os estais riendo.

*Isabela.* Tambien furias del mar estoy sintiendo.

*Pescad.* ¿Sois vos la Europa hermosa  
 que estos toros os llevan á Sevilla?

*Isabela.* Llévanme á ser esposa  
 contra mi voluntad.

*Pescad.* Si mi mancilla  
 á lástima os provoca,  
 mi llanto oid, pues por mujer os toca.  
 Del agua derrotado,  
 á esta arena llegó un don Juan Tenorio,  
 difunto y anegado;  
 amparéle, hospedéle en tan notorio  
 peligro, y el vil huésped  
 víbora fué á mi planta en tierno césped.  
 Con engaño y mentira,

dándome aquí de esposo la palabra,  
 el que á robar aspira  
 honor, me le quitó, que en traicion labra  
 cuando en vez de verdades,  
 son sus dulces palabras falsedades.

*Isabela.* Calla, mujer maldita;  
 vete de mi presencia, que me has muerto;  
 mas si el dolor te incita,  
 no tienes culpa tú: prosigue, ¿es cierto?

*Pescad.* Tan claro es como el dia.

*Isabela.* ¡Mal haya la mujer que en hombres fia!  
 Pero sin duda el cielo  
 á ver estas cabañas me ha traído,  
 y de tí mi consuelo  
 en tan grave pasion ha renacido  
 para venganza mia;

¡mal haya la mujer que en hombres fia!  
*Pescad.* Que me lleveis os ruego  
 con vos, señora, á mí, y á un viejo padre,  
 porque de aqueste fuego  
 la venganza me dé que más me cuadre,  
 y al Rey pida justicia  
 deste engaño y traicion, desta malicia.  
 Anfriso, en cuyos brazos  
 me pensé ver en tálamo dichoso,  
 dándole eternos lazos,  
 conmigo ha de ir, que quiere ser mi esposo.

*Isabela.* Ven en mi compañía.

*Pescad.* ¡Mal haya la mujer que en hombres fia!

*Vanse, y salen DON JUAN y CATALINON.*

*Catalin.* Todo en mal estado está.

*Juan.* ¿Cómo?

*Catalin.* Que Otavio ha sabido  
la traicion de Italia ya,  
y el de la Mota, ofendido,  
al Rey grandes quejas dá.  
Dicen que viene Isabela  
á que seas su marido,  
y dicen...

*Juan.* Calla.

*Catalin.* Una muela  
en la boca me has rompido.

*Juan.* Hablador, ¿quién te revela  
tanto disparate junto?

*Catalin.* ¿Disparate?

*Juan.* Disparate.

*Catalin.* Verdades son.

*Juan.* No pregunto  
si lo son. Cuando me mate  
Otavio, ¿estoy yo difunto?  
¿No tengo manos tambien?  
¿Dónde me tienes posada?

*Catalin.* En calle oculta.

*Juan.* Está bien.

*Catalin.* La Iglesia es tierra sagrada.

*Juan.* Dí que de dia me den  
en ella la muerte. ¿Viste

al novio de Dos Hermanas?

*Catalin.* Allí le ví ansiado y triste.

*Juan.* Arminta estas dos semanas  
no ha de caer en el chiste.

*Catalin.* Tan bien engañada está,  
que se llama doña Arminta.

*Juan.* Graciosa burla será.

¿Qué sepulcro es este?

*Catalin.* Aquí don Gonzalo está enterrado.

*Juan.* ¿Este es á quien muerte dí?  
Gran sepulcro le han labrado.

*Catalin.* Ordenólo el Rey así.  
¿Cómo dice este letrado?

*Juan.* *Aquí aguarda del Señor  
el más leal caballero  
la venganza de un traidor.*

Del mote reirme quiero.  
¿Y os habeis vos de vengar  
buen viejo, barbas de piedra?

*Catalin.* No se las podrás pelar,  
que en barbas muy fuertes medra.

*Juan.* Aquesta noche, á cenar  
os aguardo en la posada,  
y allí el desafío haremos,  
si la venganza os agrada.  
Pero mal reñir podremos,  
si es de piedra vuestra espada.

*Catalin.* Justo es estar prevenido

*Juan.* si contigo ha de comer.  
 Larga esta venganza ha sido.  
 Si es que vos la habeis de hacer,  
 bien puedo vivir dormido;  
 que si á la muerte aguardais  
 la venganza, la esperanza  
 agora es bien que perdais,  
 pues vuestro enojo y venganza  
 tan largo me lo fiais. (*Vanse.*)

*Salen DOS CRIADOS con una mesa puesta.*

1.      Apercibamos la cena,  
 que vendrá á cenar don Juan.
2.      Las mesas puestas están;  
 mas ¿quién á don Juan ordena  
 venir temprano á cenar,  
 si á veces suele venir  
 cuando el Sol quiere salir?
1.      Para tener más lugar  
 de rondar de noche, ordena  
 cenar temprano.

*Salen DON JUAN y CATALINON.*

*Juan.*    ¿Cerraste?  
*Catalin.* Ya cerré como mandaste.  
*Juan.*      Hola, tráiganme la cena.  
 2.      Aquí está.  
*Juan.*    Catalinon,

siéntate.

*Catalin.* Yo soy amigo  
de cenar á solas.

*Juan.* Digo  
que lo hagas.

*Catalin.* Fuerte ocasion ;  
ya voy.

*Juan.* Tambien es camino  
éste, si cenas en él  
conmigo. *(Golpes.)*

*Catalin.* Golpe cruel.

*Juan.* Que llamaron imagino ;  
mira quién llama.

*I.* Ya voy.

*Catalin.* Si es la justicia, señor...

*Juan.* Sea, no tengas temor.

*(Retírase huyendo el criado que fué á ver quién llamaba.)*

*Catalin.* ¡Ay de mí! ¡Confuso estoy!

*Juan.* ¡Habla! ¡Qué tienes? ¡Qué has visto?

*Catalin.* De algun mal dá testimonio.

*Juan.* ¡Asombróte algun demonio?  
¡Cómo el enojo resisto? *(Golpes.)*

*Catalin.* Más golpes dan á la puerta.

*Juan.* Corre tú, mira quién es.

*Catalin.* ¡Yo, señor?...

*Juan.* Mueve los piés.

¡Quién llama?

*Sale la estatua de DON GONZALO, el caballero que mató,  
armado de punta en blanco, con el hábito.*

*D. Gon.*

Yo.

*Juan.*

¿Quién?

*D. Gon.* Soy el caballero honrado  
que á cenar has convidado.

*Juan.* Cena habrá para los dos;  
y si vienen más contigo,  
para todos cena habrá.  
Ya puesta la mesa está:  
siéntate.

*Catalin.* Dios sea conmigo.

*Juan.* Catalinon, siéntate  
junto al muerto.

*Catalin.* Ya he cenado;  
cena con tu convidado,  
que yo no sé si podré.

*Juan.* Siéntate; si oír cantar  
quieres, cantarán.

*Catalin.* Sí dijo.

*Juan.* Cantad.

*Catalin.* Tiene el señor muerto  
buen gusto; es noble, por cierto,  
y amigo de regocijo.



*Cantan* LOS MÚSICOS.

- Músic.* *Si de mi amor aguardais,  
señora, de aquesta suerte  
el galardón á la muerte,  
¡qué largo me lo fiais!*
- Catalin.* Ó es sin duda veraniego,  
ó el seor muerto debe ser  
hombre de poco comer.  
Temblando al plato me llego.
- Juan.* Háblale.
- Catalin.* ¿Vueseñoría  
está bueno? ¿Es buena tierra  
la otra vida? ¿Es llano ó sierra?  
¿Préciase allá la poesía?
- Juan.* A todo dice que sí  
con la cabeza.
- Catalin.* ¿Hay allá  
muchas tabernas?
- Juan.* Sí habrá  
si Noé reside allí.
- (*Cantan.*) *Si esté plazo me convida  
para que serviros pueda,  
dejad que pase la vida.  
Si de mi amor aguardais  
señora, de aquesta suerte  
el galardón á la muerte,  
¡qué largo me lo fiais!*
- Catalin.* ¿Con cuál de las que has burlado

estos músicos, señor,  
hablan ?

*Juan.* De todas me rio,  
amigo, en esta ocasion ;  
en Nápoles á Isabela  
burlé.

*Catalin.* Esa ya no es hoy  
burlada, pues que te casas  
con ella, como es razon.  
Burlaste á la pescadora,  
que del mar te redimió,  
pagándole el hospedaje  
en moneda de rigor.  
Burlaste á doña Ana.

*Juan.* Calla,  
que hay parte aquí que lastó  
por ella, y vengarse piensa.

*Catalin.* Es hombre de gran valor,  
que él es piedra, y tú eres carne ;  
no es buena resolucion.

*(Hace señas el muerto que quiten la mesa.)*

*Juan.* Hola, quitad esas mesas,  
que hace señas que los dos  
nos quedemos, y se vayan  
los demás.

*Catalin.* Malo, por Dios ;  
no te quedes, porque hay muerto  
que mata de un mogicon  
un gigante.

*Juan.* Salíos todos.

A ser yo Catalinon... (*Hace la estatua señas.*)

Vete. ¿Que cierre la puerta?

Ya está cerrada, y ya estoy  
aguardando lo que quieres,  
sombra, fantasma ó vision.

Si andas en pena, ó si buscas  
alguna satisfaccion,

aquí estoy; dímelo á mí,

que mi palabra te doy  
de hacer todo lo que ordenes.

¿Estás gozando de Dios?

¿Eres alma condenada

ó de la eterna region?

¿Dite la muerte en pecado?

Habla, que aguardando estoy.

*D. Gon.* ¿Cumplirásme una palabra  
como caballero?

*Juan.* Honor  
tengo, y las palabras cumplo,  
porque caballero soy.

*D. Gon.* Dame la mano, no temas.

*Juan.* ¿Eso dices? ¿Yo temor?  
Si fueras el mismo infierno,  
la mano te diera yo.

*D. Gon.* Bajo esa palabra y mano,  
mañana á las diez te estoy  
para cenar aguardando.  
¿Irás?

*Juan.* Empresa mayor  
entendí que me pedias;

mañana tu huésped soy.  
¿Dónde he de ir?

*D. Gon.* A la Capilla.

*Juan.* ¿Iré solo?

*D. Gon.* No; id los dos,  
y cúpleme la palabra,  
como la he cumplido yo.

*Juan.* Digo que la cumpliré,  
que soy Tenorio.

*D. Gon.* Y yo soy  
Ulloa.

*Juan.* Yo iré sin falta.

*D. Gon.* Yo lo creo; á Dios.

*Juan.* A Dios.

Aguarda te alumbraré.

*D. Gon.* No alumbres, que en gracia estoy. (*Vase.*)

*Juan.* ¡Válgame Dios! todo el cuerpo  
se ha bañado de un sudor  
helado, y en las entrañas  
se me ha helado el corazón.

Un aliento respiraba  
organizando la voz,  
tan frío, que parecia  
infernál respiración.

Cuando me tomó la mano,  
de suerte me la abrasó,  
que un infierno parecia,  
más que no vital calor.

Pero todas son ideas  
que dá á la imaginación

el temor, y temer muertes  
 es más villano temor.  
 Si un cuerpo con alma noble,  
 con potencias, y razon,  
 y con ira, no se teme,  
 ¿quién cuerpos muertos temió?  
 Iré mañana á la Iglesia  
 donde convidado estoy,  
 porque se admire y espante  
 el mundo de mi valor.

*Vase, y salen* EL REY y DON PEDRO TENORIO.

*Rey.* ¿Llegó en fin Isabela?

*D. Ped.* Y disgustada.

*Rey.* Don Juan pondrá remedio hoy á su queja.

*D. Ped.* Siente, señor, el nombre de infamada,  
 y viendo que de Nápoles se aleja,  
 con disgusto llegó, aunque confiada,  
 pues sus agravios hoy en manos deja  
 de vuestra Majestad, en quien confía  
 que trocará su llanto en alegría.

*Sale* EL DUQUE OTAVIO.

*Otavio.* Huélgome, gran señor, que esté presente  
 don Pedro, de don Juan gallardo tío,  
 para que á voces te publique y cuente  
 la justa queja del agravio mio:  
 de tu mano real está pendiente

satisfacer mi honor, y así confío  
que vuestra Majestad desta cautela  
dará satisfaccion hoy á Isabela.

*D. Ped.* Duque, siempre los nobles caballeros  
son cortos en Palacio de razones.

*Otavio.* Don Pedro, en la campaña tengo aceros.

*D. Ped.* Yo tantos como aceros, corazonas.

*Otavio.* Yo almas.

*D. Ped.* Yo potencias.

*Rey.* Caballeros,  
bueno está.

*D. Ped.* ¡Vive Dios!

*Otavio.* Si no te pones  
enmedio...

*D. Ped.* Si no atajas lo que digo,  
¡vive Dios!

*Otavio.* ¡Vive Dios!

*Rey.* Venid conmigo.

*Vanse, y queda EL DUQUE OTAVIO.*

*Otavio.* ¿A quién tan gran desdicha ha sucedido  
como á mí me sucede, confiado  
en un traidor amigo, que hoy ha sido  
Sinon fingido, por quien yo culpado  
de Isabela seré, pues ha perdido  
lo que en el mundo tanto se ha estimado?  
Mas si el Rey no la venga deste agravio,  
la venganza ha de hacer el Duque Otavio.

*Vase, y salen EL MARQUÉS y TENORIO el viejo.*

*Tenorio.* Muy bien le podeis quitar  
las prisiones al Marqués.

*Marq.* Si para mi muerte es,  
albricias os quiero dar.

*Tenorio.* El Rey os manda soltar  
de la prision.

*Marq.* ¿Se ha sabido  
mi inocencia y el que ha sido  
desta maldad agresor?  
Que callo por vuestro honor,  
aunque estoy tan ofendido.

*Tenorio.* ¿Por mi honor? Si á vuestro tío  
matais, ¿soy culpado yo?

*Marq.* Porque don Juan le mató,  
y á mí la culpa me echais.  
A don Juan mi capa dí.  
¡Ah engañoso caballero!  
Sin culpa padezco y muero.

*Tenorio.* ¿Qué decís?

*Marq.* Que esto es así.  
Un recado recibí  
para que á mi prima goce,  
de quien su error se conoce,  
pues engañoso y cruel,  
fué á las once para él,  
y para mí fué á las doce.  
Y aunque siento que matase

á mi tío, más sentido  
estoy, y más ofendido  
de que á mi prima gozase.

*Vanse, y salen DON JUAN y CATALINON.*

- Catalin.* ¿Cómo el Rey te recibió?  
*Juan.* Con más amor que mi padre.  
*Catalin.* ¿Viste á Isabela?  
*Juan.* Tambien.  
*Catalin.* ¿Cómo viene?  
*Juan.* Como un ángel.  
*Catalin.* ¿Recibióte bien?  
*Juan.* El rostro  
 bañado de leche y sangre,  
 como la rosa que al Alba  
 revienta la verde cárcel.  
*Catalin.* Vamos, si te has de vestir,  
 que te aguardarán, y es tarde.  
*Juan.* Otro negocio tenemos  
 que hacer, aunque nos aguarden.  
*Catalin.* ¿Cuál es?  
*Juan.* Cenar con el muerto.  
*Catalin.* Necedad de necedades.  
*Juan.* ¿No ves que dí mi palabra?  
*Catalin.* Ya está cerrada la Iglesia.  
*Juan.* Llama.  
*Catalin.* ¿Qué importa que llame?  
 ¿Quién tiene de responder  
 si duermen los sacristanes?



*Juan.* Llega á ese postigo.

*Catalin.* Abierto  
está.

*Juan.* Pues entra.

*Catalin.* Entre un fraile  
con hisopo y con estola.

*Juan.* Sígueme y calla.

*Catalin.* ¿Que calle?

(*Entran por de dentro del vestuario.*)

¡Ay de mí! ¡Tenme, señor,  
porque de la capa me asen!

*Sale EL MUERTO.*

*Juan.* ¿Quién va allá?

*D. Gon.* Yo.

*Juan.* ¿Quién sois vos?

*D. Gon.* El muerto soy; no te espantes.  
No entendí que me cumplieras  
la palabra, segun haces  
burla de todos.

*Juan.* ¿Me tienes  
en opinion de cobarde?

*D. Gon.* Sí; porque de mí huiste  
la noche que me mataste.

*Juan.* Huí de ser conocido,  
mas ya me tienes delante.  
Dí presto lo que me quieres.

*D. Gon.* Quiero á cenar convidarte.

- Juan.* Cenemos.
- D. Gon.* Para cenar  
es menester que levantes  
esa tumba.
- Juan.* Y si te importa,  
levantaré esos pilares.
- D. Gon.* Valiente estás.
- Juan.* Tengo brio,  
y corazon en las carnes.
- D. Gon.* Siéntate tú.
- Catalin.* Yo, señor,  
he merendado esta tarde;  
cena con tu convidado.
- Juan.* ¡Ea, pues! ¿He de enojarme?  
Siéntate, acaba.
- Catalin.* ¡Ay de mí!
- D. Gon.* Tambien quiero que te canten.
- (Cantan.) *Adviertan los que de Dios  
juzgan los castigos tarde,  
que no hay plazo que no llegue,  
ni deuda que no se pague.*
- Catalin.* ¿Qué plato es este, señor?
- D. Gon.* Este plato es de alacranes  
y víboras.
- Catalin.* Gentil plato,  
para el que trae buena hambre.  
¿Es bueno el vino, señor?
- D. Gon.* Prúebale.
- Catalin.* Hiel y vinagre  
es este vino.

- D. Gon.* Este vino  
exprimen nuestros lagares.  
¿No comes tú?
- Juan.* Comeré,  
si me dices áspid á áspid  
cuantos el infierno tiene.
- D. Gon.* Otra vez quiero que canten.  
*(Cantan la copla postrera.)*
- Catalin.* Malo es aquesto, por Cristo.  
Dime, señor: ¿no escuchaste  
la cancion? Contigo habla.
- Juan.* Un hielo el pecho me parte.
- Catalin.* Come deste guisadillo.
- Juan.* Ya he cenado. Haz que levanten  
las mesas.
- D. Gon.* Dame esa mano;  
no temas, la mano dame.
- Juan.* ¿Yo temor? Toma. ¡Ay de mí!  
¡Que me abraso! ¡No me abrases  
con tu fuego!
- D. Gon.* Aqueste es poco,  
para el fuego que buscaste,  
y así tienes de pagar  
las doncellas que burlaste.
- Juan.* A tu hija no ofendí,  
que vió mis engaños ántes.
- D. Gon.* No importa, que ya pusiste  
tu intento.
- Juan.* Deja que llame  
quien me confiese y absuelva.

*D. Gon.* No hay lugar : ya acuerdas tarde.  
Las maravillas de Dios ]  
son, don Juan, investigables,  
y así quiere que tus culpas  
á manos de un muerto pagues.

*Juan.* ¡No me aprietes! ¡Tente, tente!  
con la daga he de matarte.  
Mas ¡ay! que me abrasa el fuego,  
y serán golpes al aire.

*D. Gon.* Esta es justicia de Dios :  
quien tal hace, que tal pague.

*Juan.* ¡Que me quemó, que me abrasó!  
Muerto soy.

*Catalin.* No hay quien se escape.  
¡San Panuncio, San Anton,  
sacadme libre á la calle!

*Se bunde, y salen* EL REY, TENORIO, EL MARQUÉS DE  
LA MOTA, ISABELA, LA PESCADORA *y acompaña-*  
*miento.*

*Tenorio.* Ya el Marqués, señor, espera  
besar vuestros piés reales.

*Pescad.* Si vuestra Alteza, señor,  
de don Juan Tenorio no hace  
justicia, á Dios y á los hombres  
mientras viva he de quejarme.  
Derrotado le echó el mar ;  
dñle vida y hospedaje,  
y pagóme esta amistad

con mentirme y engañarme  
con nombre de mi marido.

*Rey.* ¿Qué dices?

*Isabela.* Dice verdades.

*Marq.* Pues es tiempo, gran señor,  
que á luz verdades se saquen,  
sabrás que don Juan Tenorio,  
las culpas que me imputaste  
cometió, que con mi capa  
pudo el cruel engañarme,  
de que tengo mil testigos.

*Rey.* ¿Hay desvergüenza tan grande?

*Sale* CATALINON.

*Catalin.* Escuchad, oid, señores,  
el suceso mas notable  
que en el mundo ha sucedido,  
y en oyéndolo, matadme.  
Llegando don Juan mi amo  
á Sevilla antiyer tarde,  
y entrándose á retraer  
en la Iglesia donde yace  
don Gonzalo en el sepulcro  
que el Rey mandó se labrase,  
aguardando que la noche  
para encubrirse llegase,  
acertó á ver un letrado,  
que al Comendador delante  
del sepulcro le pusieron,

que dice espera vengarse  
del que sin temor de Dios  
con alevosía tan grande  
le dió muerte; y él haciendo  
burla, llegó á convidarle  
que fuese á cenar con él;  
y apenas pudo sentarse  
á cenar, cuando á la puerta  
llegó, y para que no os canse,  
despues de cenar le dijo  
que á su Iglesia se llegase  
luégo la noche siguiente,  
que él queria convidarle.  
Fué don Juan, que nunca fuera,  
pues sin poder escaparse,  
asiéndole de la mano  
comenzó el muerto á apretarle,  
diciendo: «Dios te castiga;  
quien tal hace que tal pague.»  
Y él diciendo: «que me abraso»  
murió; mas diciendo ántes  
que á doña Ana no ofendió,  
que le conocieron ántes.  
Yo arrastrando me escapé  
de la Iglesia y de tan grande  
desventura.

*Marq.* Por las nuevas,  
mil abrazos quiero darte.  
*Rey.* Pues es ya muerto don Juan,  
puede Isabela casarse

con el Duque.

*Otavio.*

Yo, señor,  
estimo merced tan grande,  
pues está viuda Isabela.

*Marq.*

Yo con mi prima.

*Batric.*

Y nosotros  
con las nuestras, porque acabe  
esta verdadera historia.

*Rey.*

Y el sepulcro se traslade  
desde aquí á San Juan de Toro  
para memoria más grande.

FIN.

# LA TRAGEDIA POR LOS CELOS



## PERSONAS.

LA REINA DOÑA MARÍA.

EL REY DON ALFONSO.

DOÑA BLANCA, *dama de la Reina.*

D. DIEGO DE MELO.

GUILLEN DE VIQUE.

GODIN, *gracioso.*

DOÑA MARGARITA.

D. JUAN DE MONCADA.

ELVIRA, *dama.*

GIMEN PEREZ CORELLA.

GALINDEZ, *vejete.*

EL INFANTE DON FERNANDO, *de nueve años.*

DOS CABALLEROS DE PALACIO.

UN PASTOR.



## LA TRAGEDIA POR LOS CELOS.

---

### JORNADA PRIMERA.

*Salen la REINA DOÑA MARÍA, y DOÑA BLANCA, dama  
suya, GUILLEN DE VIQUE y DON DIEGO DE MELO.*

*D.<sup>a</sup> Blan.* ¿Habráte mareado la litera ?

*Reina.* Algo vengo cansada.

*Vique.* Descansa aquí sentada,  
pues los que te acompañan quedan fuera.

*D. Diego.* Si no es yo, que este pliego  
daré con tu licencia.

*Reina.* Sí, don Diego.

Toda el alma con él se me alborozar :  
vuestro cuidado estimo.

¿Cómo queda mi primo ?

¿Cuánto hay de este lugar á Zaragoza ?

*D. Diego.* Dos leguas. Salud tiene  
el Rey tu esposo.

*Reina.* Y dichas me previene.

*Vique.* Por él esa merced, ese cuidado,

señora, estimar quiero.

*Reina.* Su mayor camarero  
sois, Guillen Vique, y su mayor privado.

*Vique.* Hoy mi privanza empieza,  
pues me emplea en servir á vuestra Alteza,  
y así iré á despachalle cierto aviso,  
de que á su esposa amada  
verá presto.

*Reina.* Extremada  
discrècion.

*D. Diego.* Pone término preciso  
á todo lo posible.

*Reina.* Retratadme su extremo.

*D. Diego.* Es imposible,  
porque desde el cabello hasta la planta  
apura perfecciones,  
y luégo en sus acciones  
dá á las partes del alma beldad tanta,  
que las del cuerpo, entre ellas,  
divinas son y áun no parecen bellas.  
De lo majestuoso á lo suave  
la admiracion de un hilo,  
con tan notable estilo,  
mezcla lo donairoso con lo grave,  
que parece engendrado  
en su severidad su desenfado;  
como si viera, al darle tu embajada,  
tu imágen en mi pecho,  
me dió un abrazo estrecho,  
y por premio despues la heróica espada

de su lado eminente,  
que fué con propiedad favor valiente.  
Mandóme detener para que viera  
muestras de su alegría;  
hícelo, y aquel día  
hubo en el Coso general carrera.  
¡Oh! Si yo te pintara  
la que él pasó, mi dicha examinara.  
En un bello alazan... (pero no quiero  
detenerme á pintallo,  
pues verás el caballo  
supuesta la eleccion del caballero,  
que airoso en él no dudo  
que el móvil de los cielos parar pudo)  
paseó la carrera, prevenciones  
fiando á fuerza airoso,  
y con flema briosa,  
del silencio alcanzando admiraciones,  
al andaluz valiente  
rienda gira, abre pecho, afirma frente.  
Parte furioso, compasado bate,  
viento dá, fuego brilla,  
y ansí el suelo amartilla,  
que en término sucinto  
leyes de la razon pone al instinto;  
pasa llegando al fin, que no llegara  
más breve el pensamiento,  
suelta la capa al viento  
entre las falcas que interpone para,  
y á un tiempo prevenido

saca el brazo y levanta el alarido.  
Después con más bizarras prevenciones  
de gentileza y gala,  
ocupan una sala  
las damas, que ocuparon mil balcones,  
dando sonos festivos,  
lisonjas muertas á cuidados vivos,  
formando así otra nueva maravilla.  
Todas, porque era justo  
lisonjearle el gusto,  
adornaron los trajes de Castilla  
con joyas tan brillantes,  
que sirvieron de espejos sus diamantes.  
Anduvo entre belleza y bizarría  
atrevido el deseo,  
el comun galanteo  
prestó á la libertad la cortesía,  
aplicando á las danzas  
unas efectos, otras esperanzas.  
Pero entre todas una, que infinita  
alabanza merece,  
pues preciosa parece  
hasta en el nombre, es doña Margarita  
de Híjar, mujer bella,  
cielo hermoso, sol claro, amable estrella.  
Pedíla arrodillado  
que conmigo danzara,  
y como si prestara  
brio cortés á desabrido enfado,  
se excusó en su tristeza,

si perdido el color, no la belleza.  
Mandó el Rey que saliera, y como dueño  
le obedeció al instante,  
mostrando en el semblante  
enojo libre con piadoso ceño,  
y esparciendo despojos,  
llevó tras cada paso muchos ojos;  
pero á los tres primeros ¡triste ensayo!  
habiendo parecido  
otro Faeton caido,  
perdió la fuerza y esforzó el desmayo,  
y así en distancia breve,  
heló las brasas y abrasó la nieve.  
El sarao se alborota, y otras damas  
llegan volando á ella;  
turbóse el Rey de vella  
verter los hielos y esparcir las llamas,  
y yo admiré el espanto  
de ver que puesto el sol luciese tanto;  
porque entre resplandores diferentes,  
hermoseando enojos,  
ví brotar por sus ojos  
lágrimas encendidas, que hechas fuentes  
por camino tan bello  
corrian á las ondas del cabello.  
¿Pues qué fué al ver acelerando entre ellas  
un templado suspiro,  
con anhelante giro  
abrir las puertas de sus luces bellas?  
No vió alegrando el mundo

iris tan bello nuestro Adan segundo.  
 Alborotóse el Rey, con pecho humano  
 la levantó, y corrida  
 de enfadada, atrevida  
 le dió los ojos y le huyó la mano;  
 y casi descompuesta,  
 ciega la noche, feneció la fiesta.

*Reina.* Lo que me han avisado fué sin duda:  
 con causa estoy celosa.

*D.<sup>a</sup> Blan.* La fama es mentirosa.

*Reina.* Esta vez Blanca, ¡ay Dios! parlera y muda  
 mi pena solícita.

Don Diego, ¿tan hermosa es Margarita?

*D. Diego.* Es la misma beldad.

*Reina.* ¡Qué cuerdamente  
 me aconsejan mis celos!  
 ¿Si la hiciesen los cielos vuestra esposa?

*D. Diego.* ¡Ay! dicha tan valiente  
 llamara milagrosa.

*Reina.* Pues yola haré, don Diego vuestra esposa.

*D. Diego.* Es muy tuyo tal favor.

*Salé GODIN, gracioso.*

*Godin.* ¡Ah señor don Diego! somos  
 por dicha de los que llevan  
 siempre la esperanza al hombro.  
 ¿Fué cortés cosa decirme:  
 «espera, que luégo torno»,  
 y estarse como caído

en un río ó en un pozo?  
 De esto sucede que yo,  
 atrevido á medio enojo,  
 quise entrarme, y el portero  
 me detiene riguroso.  
 Clamo entónces la hidalguía,  
 y ya enojado del todo,  
 hincho el bofe, ensancho el pecho,  
 respingo, reviento y soplo,  
 una ala del corazón  
 escupo y dóile en un ojo,  
 y al cuitado, si no muerto,  
 le dejo entre tuerto y tonto;  
 y porque tú me perdones,  
 señora, á tus piés me postro,  
 ó sabe que estos delitos  
 yo mismo me los perdono.

*Reina.* ¿Quién es?

*D. Diego.* Un truhan del Rey,  
 que por estilo gustoso  
 tiene el mentir y el hurtar,  
 pero por galantes modos.

*Reina.* ¿Como te llaman?

*Godin.* Godin.  
 Sangre tengo de los godos,  
 y llámanme el gitanillo:  
 diréte el por qué y el cómo,  
 si gustas.

*Reina.* Sí.

*Godin.* Yo, señora,



que la habilidad abono  
 de hiperbolicar caprichos  
 relevantes y sonoros,  
 que es mentir en buen romance,  
 no hallé tan seguro modo  
 como el ser bufon, oficio  
 descansado y provechoso.  
 Empeñélo, y dejé al Rey  
 de mi estilo tan gustoso,  
 que ya con licencia suya  
 puedo hablar como hacen otros.  
 (No diré quién son por no  
 decir verdad, que es impropio  
 en mí.) Por esto me llaman  
 el gitanillo. Compongo  
 así mi vida, y así  
 siempre río, nunca lloro,  
 doy gusto, entretengo, brinco,  
 bufonizo y garipondio.

*Reina.*

Bien.

*Godin.*

Es Vuestra Alteza muy grave,  
 y si no dá, voto al soso,  
 de limosna alguna risa  
 á este mendigo gracioso,  
 me obligará á que le haga  
 cosquillas.

*Reina.*

Notable loco.

*Godin.*

Eso sí, descubra dientes,  
 ya que no gorjee.

*Reina.*

Es plomo

mi desdicha; salíos fuera.  
Oye, Blanca. ¡Ay qué celoso  
tengo el pecho!

*D.ª Blan.* ¿Iréme?

*Reina.* Espera.

*D. Diego.* ¡Margarita, yo te adoro!

(*Arrodillase Blanca, y Godin le saca de la manga el rosario y el pañuelo.*)

*Reina.* Godin, ¿es hermosa dama  
doña Margarita?

*Godin.* ¡Y cómo!  
Más bien lo sabe...

*Reina.* ¿Quién? ¿quién?

*Godin.* Nadie, nadie; el Rey tu esposo.

*Reina.* ¿Quiérela bien?

*Godin.* Y algo más.

*Reina.* ¿Galantéala?

*Godin.* Más fondo  
tiene la historia; dí más.

*Reina.* ¿Débele gusto amoroso?

*Godin.* Dí más.

*Reina.* ¿Amigablemente  
la trata?

*Godin.* Más, otro poco.

*Reina.* ¿Qué más, si ya con el Rey  
no está... ¡terribles enojos!  
no está casada en secreto?

*Godin.* Eso, eso dicen todos;  
mas pues estás ya informada  
de que yo soy mentiroso,  
no me creas; imagina

que lo invento y lo compongo.

*Reina.* Toma esta cadena.

*Godin.*

No,

no haré tal, pues más gustoso  
de lo que gano, jamás  
lo que me presentan tomo ;  
mas venga para tener  
que darte, porque no sordo  
oído á mis chismes des,  
pues vengo á ser tan chismoso,  
que pago á los que me escuchan  
levantando un testimonio.  
Tomo y oye.

*Reina.*

¡ Hay tal desdicha !

Habla de veras; ya oigo.

*Godin.*

Sabe que ya son vulgares  
los estilos amorosos  
del Rey y de Margarita,  
de cuya planta un cogollo  
dicen que es ya de seis años.  
Dicen más niños y locos :  
que el desmayo del sarao  
fué porque siendo tu esposo  
el Rey, la estrujaba á ella  
los agraces en los ojos;  
mas pues estás informada  
de que yo soy mentiroso,  
cuerdamente no me creas  
ni me descubras tampoco.  
Chiton y diréte más...

pero al buche me lo torno,  
que entran ya.

*Reina.* Muerta de celos,  
la vida del alma acorto.

*Salen* GUILLEN VIQUE y DON DIEGO.

*Reina.* Vique, disponed que luégo  
me parta.

*Vique.* Notable estorbo  
será, que de no avisallo  
venga el Rey á quedar corto,  
no saliendo á recibirte.

*Reina.* No importa.

*Diego.* De algun enojo  
se previene.

*Vique.* Por servirte  
todo lo demás depongo.

*Reina.* Blanca, yo pondré remedio,  
y en la cordura el enojo.

*Blanca.* De tu pena tengo pena.

*Vique.* De su enfado estoy dudoso.

*Diego.* A mi Margarita llevo  
en el alma y en los ojos.

*Vánse, y salen el* REY y DOÑA MARGARITA.

*Margari.* ¿Vaste?

*Rey.* Margarita, sí.

Es fuerza.

*Margari.* Parece sueño,

falso amante, injusto dueño;  
¿ansí me dejas?

*Rey.*

Ansí

me mato yo mismo á mí.

*Margari.*

¿Suspende no se pudiera  
ejecucion tan severa?

*Rey.*

No, no, porque es dura ley  
la que justifica á un Rey.  
Pluguiera á Dios no lo fuera,  
pues por ella mi albedrío,  
entre lazos y venenos,  
siguiendo gustos ajenos,  
no me deja hacer el mio.  
¿Con qué diferente brio  
fuera tuyo que lo soy  
de la que esperando estoy!  
Pero mitiga el pesar,  
ó acábame de matar  
cuando ves que á morir voy.  
Pues tenias obligado  
tu valor entónces fuerte  
á esta miserable suerte,  
á este golpe tan pesado;  
¿cómo agora violentado  
de la congoja al despecho,  
entre lágrimas deshecho,  
el corazon con tal calma,  
haciéndose fuego el alma,  
minas revienta en el pecho?

*Margari.*

Entónces con luz vencida

alumbré sanos consejos,  
ví la muerte desde léjos,  
y prometelle la vida  
pude á ciegas, atrevida;  
pero agora, ¡ ay desdichada!  
veo al corazon la espada,  
á la garganta el cordel,  
y la muerte más cruel  
es vista que imaginada.

*Rey.* Señora, con tus razones  
flechas tiras, rayos llueves;  
mas pues pagas lo que debes  
de consuelos con pasiones,  
cruelmente te dispones,  
turbando mis pensamientos,  
á matarme con tormentos;  
y los muchos que me das  
en tí ya parecen más  
venganzas que sentimientos.  
Y si es eso yo me allano,  
déjame aquí, en recompensa  
de que dí el pecho á tu ofensa,  
dé á tu venganza la mano.  
Mataréme.

*Margari.* ¡Qué inhumano  
determinar, qué severo!  
No, no señor, ser no quiero  
sobre desdichada esquiva.  
Vive tú, vive aunque viva  
yo sin tí, que por tí muero.

*Sale* DON JUAN DE MONCADA.

*Moncada.* Ya tardas, señor.

*Margari.* Ya estoy  
muerta ¡ ay triste!

*Rey.* Yo voy loco-  
á Dios.

*Margari.* Espera otro poco.

*Rey.* Id, Moncada, que ya voy.  
No puedo más, tuyo soy;  
mide tus tiernos enojos  
por tan divinos despojos.  
Mira.

*Margari.* ¡ Infelice muger!  
¡ Ay qué pena! ¡ Y podré ver  
mis ojos en otros ojos?  
Pues tantos años de amor  
te obligan, si ya perderme  
no quieres, manda ponerme  
entre paredes, señor,  
donde moriré mejor  
justificando desvíos,  
escondiendo desvaríos  
con el alma hecha pedazos,  
que viendo en ajenos brazos  
el bien que tuve en los míos.  
*Rey.* ¡ Ay, Margarita, quién fuera  
no un Rey, sino...

*Sale* CORELLA.

*Corella.* Ya de tí  
murmuran.

*Margari.* Oye, ¡ay de mí!

*Rey.* Corella, ya voy.

*Margari.* Espera:  
porque rabiando no muera,  
usa de menor crueldad.  
Mátame; pues que es verdad  
que el dar con alma atrevida  
breve muerte á triste vida  
es verdadera piedad,  
tenla de mí.

*Rey.* El corazon  
rindo ya, y pues te adoro,  
mi palabra, mi decoro,  
rompe, atropella; depon  
mi reino; busque Aragon  
otro Rey: vente conmigo  
á un monte.

*Margari.* No, Rey, no, amigo,  
no, señor, que mi tormento  
significa lo que siento,  
mas no sabe lo que digo.  
Vete, vete, vete á ser  
justo Rey y fiel esposo.

*Rey.* ¡Ay de mí! ¿tan riguroso  
despedir has de tener?  
sin mí estoy.



*Margari.*                                     ¿Pues qué he de hacer  
cuando con tan vario brio  
en cuanto yo te prevengo  
me culpas si te detengo,  
y te ofendes si te envío?  
¿Quieres que muera callando?  
Yo lo haré.

*Salen VIQUE, CORELLA y MONCADA.*

*Vique.*                                     Señor, señor;  
¿no adviertes que tu valor  
de tí mismo está temblando?  
Véncete á tí. ¿Qué esperando  
estás? Ya llega tu esposa.  
¿Una pasion amorosa  
rinde el sabio corazon  
de un Rey? Mira que es accion...  
iba á decir vergonzosa.  
Perdóname.

*Rey.*                                     Sufro y callo,  
porque debe en buena ley  
tener por lisonja el Rey  
la reprension del vasallo.  
Ya de mi sentencia el fallo  
llegó; á Dios. ¡Duros enojos!  
tan soberanos despojos  
me detienen; ¿qué no harán?  
Lenguas son, lenguas de iman  
lágrimas de tales ojos.

Ese nudo en tu garganta,  
mi bien, es lazo en mi cuello.

*Vique.* Ya tu esposa... (*Tocan.*)

*Rey.* ¿Qué es aquello?

*Vique.* Llega á palacio.

*Rey.* Que tanta  
pena no me acabe espanta.  
Fortuna, cruel estás,  
pues por instantes me das  
golpes tan varios y esquivos;  
¿por quién con sonos festivos  
clamorearon jamás?  
Ea, ea, ¡ay desdichada  
suerte! pues tal he quedado,  
llevadme, llevadme atado,  
Vique, Corella, Moncada,  
pues será ménos pesada  
muerte, ménos desconcierto  
y vencimiento más cierto  
llevarme los tres con lazos  
de piedad en vuestros brazos,  
queirme yo en mis manos muerto.

*Moncada.* Señor.

*Corella.* Es fuerza el recato.

*Vique.* Anímate.

*Rey.* Bien haceis;  
ayudadme, pues podeis,  
ayudadme á ser ingrato,  
pues primero no me mato  
que dejar quien viendo estoy

siendo Rey, siendo quien soy,  
mudo el labio y muerto el gusto.  
¡Ay cielo! ¡ay honor injusto!  
alguna vez tras tí voy.

*Vanse, y queda MARGARITA.*

*Margari.* ¡Ah cruel! ya el nudo estrecho  
que en mi garganta tenía  
cesó: la congoja mia  
con mi rabia se ha deshecho.  
¡Así se mata un amor!  
¡así se aplica un consuelo!  
No tiene justicia el cielo,  
y yo no tengo valor.  
¡vive Dios!

*Sale ELVIRA, dama.*

*Elvira.* ¿Tú voces das,  
amiga?

*Margari.* Pierdo el sentido.

*Elvira.* Hasta la puerta has salido  
de la sala; ¿dónde vas?

*Margari.* Á que muera mi esperanza  
con muerte injusta y sangrienta;  
á que publique mi afrenta  
mi desdicha y mi venganza.

*Elvira.* ¿Estás loca?

*Margari.* Á Dios pluguiera,

pues á estarlo, ¡ ay suerte avara!  
aunque lo que ves pasara,  
lo que siento no sintiera.  
¡ Ah Rey traidor! ¡ ay cuitada!

*Sale DON DIEGO.*

*Diego.*     ¿Qué hoy es en vos?

*Margari.*                             ¿Qué he de hacer?

*Diego.*     ¿Llorar, señora, ó llover?

*Margari.* Es, señor, ser desdichada.  
Perdonad.

*Diego.*                     No useis de tanto  
desden; no, señora mia,  
negueis á la cortesía  
lo que prometeis al llanto.  
Pienso que sabeis quién soy,  
y esto supuesto, mirad  
que debo á vuestra piedad  
la sangre que á mí me doy;  
y si un corazon deshecho  
alentase vuestra calma,  
entre pedazos del alma  
me le sacara del pecho:  
y no es grande esta fineza  
en mí, que animando el ser,  
dos veces os ví crecer  
con el llanto la belleza.

*Margari.* Y así vuestra calidad

y justo agradecimiento  
doy al noble ofrecimiento  
de vuestra cortés piedad ;  
mas perdonad si obligada  
de mi pena y de mi miedo,  
señor, deciros no puedo  
más de que soy desdichada.

*(Vánse las damas.)*

*Diego.*

Jesús, tras habella oido  
decir con llanto y dolor  
una vez: ¡ ah Rey traidor !  
decirme ¡ pierdo el sentido !  
agora en llanto deshecha,  
dos veces que es desdichada,  
que será en razon fundada  
doy la duda á la sospecha.  
Honra en ella mal segura  
me señala, cielo santo,  
su llanto, y tambien su llanto  
dá más fuerza á su hermosura ;  
de suerte que á un mismo peso  
un mismo afecto me obliga  
á que la huya y la siga.  
¿ Que haré, pues ? estoy sin seso.  
Tan contrapuesto rigor  
confusamente prevengo:  
soy honrado, y amor tengo ;  
soy amante, y tengo honor ;  
mas estas dudas y enojos  
suspenderé hasta que vea

deshacer nube tan fea  
al sol de tan bellos ojos. (*Vase.*)

*Salen* LOS REYES, DOÑA BLANCA y DOÑA ELVIRA, GIMEN,  
MONCADA y VIQUE.

*Vique.* En la cara el corazon  
trae la reina.

*Corella.* Háse enojado.

*Moncada.* Anduvo el Rey descuidado.

*Vique.* Siempre es ciega la pasion.

*Rey.* Parece que descontento  
trae vuestra Alteza.

*Reina.* ¡Y qué grave! (*Aparte.*)

¿Vuestra Alteza no le sabe?

*Rey.* Mejor que le sé le sienta.

*Godin.* Desposados de Hornachuelos  
Rey y Reina propiamente  
parecen.

*Blanca.* Diversamente,  
él tiene amor y ella celos.

*Rey.* Siempre estaré temeroso  
hasta quedar disculpado.

*Reina.* Ser cortés tan descuidado  
quien es tan reciente esposo,  
no es desden poco siniestro;  
ó para desdicha mia,  
cuidado ajeno sería  
quizá sin descuido vuestro.

*Rey.* ¿Qué decís?

*Reina.* Y si esto es,  
hizo bien si á puros lazos  
quien os detuvo en los brazos  
os puso plomo en los piés.

*Rey.* En el presumir que ha sido  
mi culpa ajeno cuidado,  
pensamiento disculpado  
habeis, señora, tenido,  
tanto, que llega á ser bueno  
en vos y de buena ley,  
porque el cuidado del Rey  
siempre, aunque es suyo, es ajeno;  
mas no quedais disculpada  
de haber puesto ya en mi fé  
tanta duda, porque fué  
malicia en vos declarada;  
y ansí con justos recelos  
temer el fin me conviene  
de un casamiento que tiene  
tan al principio los celos.

*Salen* MARGARITA y ELVIRA.

*Elvira.* Dí, ¿qué ha sido el querer verte  
la Reina?

*Margari.* Sin mí me atrevo:  
el llanto en los ojos llevo,  
y hasta en el alma la muerte.

*Sale DON DIEGO por otra puerta.*

*Diego.* ¿Qué será el haber mandado  
llamarme la Reina?

*Rey.* ¡Ay cielo!  
¿A qué vienen? ¿qué recelo  
me sobresalta el cuidado?

*Godin.* ¡Oh pese á tal! ¿no lo ves?

*Blanca.* ¿Qué he de ver?

*Godin.* Esto que pasa:  
ya está cabal esta basa,  
porque es el juego entre tres.

*Margari.* A los piés de vuestra Alteza  
como me ordenan, señora,  
estoy, no merecedora  
de besallos.

*Reina.* ¡Gran belleza!  
Pero tú la tratas mal,  
pues señalas que has llorado  
y lloras. Algun cuidado  
te aflige: ¿será mortal?

*Margari.* Costumbre propia es llorar  
una dicha mal segura.

*Reina.* Pension es de la hermosura,  
mas yo la quiero excusar;  
levanta si es que mi esposo  
me dá licencia.

*Rey.* ¿Qué ordena?

*Margari.* ¡Hay tal desdicha!



- Rey.* ¡ Hay tal pena !
- Margari.* Muerta estoy.
- Rey.* Estoy dudoso.
- Reina.* Pero supuesto que no  
me la dá, y con lengua muda  
me responde, mientras duda  
podré tomármela yo.
- Rey.* Señora.
- Diego.* Soy desdichado.
- Reina.* Oid.
- Margari.* ¿ Hay más que me suceda ?
- Reina.* Don Diego de Melo hereda  
en Portugal grande estado,  
y es mi cercano pariente.
- Diego.* Hónrame así vuestra Alteza.
- Reina.* Parecióle tu belleza  
con razon divinamente ;  
prometíle que te haria  
su esposa, y haslo de ser ,  
porque yo no he de tener  
perpétuamente alegría  
en mi boda, sin que efecto  
tenga primero la vuestra.
- Godin.* Acabóse ; dientes muestra  
la Reina.
- Blanca.* El Rey es discreto.
- Margari.* Señora, para tan corta  
dicha ¿ tan gran brevedad ?
- Rey.* El casarse es voluntad,  
y no fuerza.

- Reina.* Poco importa:  
dále la mano.
- Diego.* Mal sabe  
lo que...
- Reina.* ¿Dudas?
- Diego.* ¿Qué he de hacer?
- Rey.* ¿Quién se puede resolver  
tan presto á cosa tan grave?  
Cuerdo es don Diego, y en esto  
procede como cortés.
- Reina.* Vuestra pasion no lo es,  
pues se declara tan presto.
- Rey.* Es hija de vuestro enfado,  
y de mi pena tambien.  
Don Diego, conmigo ven.
- Diego.* Á morir en mi cuidado.
- Reina.* Ya esta ofensa es, siendo mia,  
por descortés desdichada.
- Godin.* Será la primer casada  
que lo advierte el primer dia.
- Rey.* ¡Qué desabrido morir! (*Vánse.*)
- Margari.* ¡Qué pesadumbre tan grave!
- Godin.* Con vueltas cierra esta llave;  
diffcil será de abrir.
- Reina.* Ios todos, dejadme sola.  
¡Margarita!
- Margari.* ¡Hay tal rigor!
- Godin.* Celos tiene, y lo peor  
de los celos es la cola. (*Quedan solas.*)
- Reina.* Margarita, ten sosiego,

no te aflijas.

*Margari.* ; Muerta estoy!

*Reina.* Que un cuerpo de sangre soy  
aunque con alma de fuego.

Sé que el Rey te adora á tí  
con vínculos de amistad;  
no te turbes, dí verdad,  
no receles, verdad dí;  
que tú no me has ofendido  
claro está, pues en tu intento  
tu culpa á mi casamiento  
tan antecedente ha sido.

Dí que hay en esto, y advierte  
que en mi hallarás prevenida,  
si dices verdad, mi vida;  
y si mentira, tu muerte.

*Margari.* Señora, escucha, pues mandas  
que desdichas y verdades  
salgan de mí tan valientes,  
como estuvieron cobardes;  
y perdóname si dando  
á congojas libertades,  
en tus respetos tropiezan  
y en mis desventuras caen,  
porque yo entre tantas penas,  
porque yo entre tantos males,  
que son porque fueron míos  
ya tan fuertes, ya tan graves,  
estoy turbada y confusa  
clamando al cielo en el aire,

como el que se arroja al mar  
porque se abraza la nave ;  
como el que todas las puertas  
de la casa que se cae  
ve impedidas, y se arroja  
de la ventana á la calle ;  
como el que se ve cercado  
y opreso por todas partes,  
que á los mismos que le hieren  
les convida á que le maten ;  
y como mujer al fin  
que se rinde, porque sabe  
que en ella misma castigan  
los agravios que le hacen.  
La Reina doña Leonor  
de Aragon, felice madre  
del Rey, que en tus brazos goc  
eternas felicidades,  
me crió desde tan niña,  
que no es posible acordarme,  
pues que entónces era en mí  
sólo de leche la sangre,  
dando causas á este extremo  
ser yo nieta de un infante  
de Aragon, y honrar mi casa  
con parentesco tan grande.  
Tu esposo, áun no Rey entónces,  
y yo, compitiendo edades,  
en dos inocentes almas  
unimos un gusto amable,

tanto, que admiraba el ver  
en nosotros siempre iguales,  
sobre apetitos pueriles,  
amorosos disparates.

Estas ternezas, por niñas,  
aunque en algunos llegasen  
á pronosticar el daño,  
se aplicaron al donaire;  
pero al paso de los dias  
crecieron las voluntades,  
aunque si en el ser conformes,  
no en la providencia iguales;  
pues él daba por rendirme  
á mis recatos combates,  
y yo para defenderme  
esforzaba el recatarme.

Mas ¡ay Dios! como él seguia  
amorosas libertades,  
cuanto más hallaba en mí  
resistencias importantes,  
tanto se esforzaban más  
sus deseos, sus pesares,  
fiando á escándalos libres  
piadosas felicidades;  
las noches en el terrero,  
adonde le oí quejarse  
con suspiros animados  
de sufrimientos cobardes;  
los dias por las campañas,  
por no alborotar las calles,

con voces que hasta los cielos  
se subian por los aires.  
Así entre el sol y la luna  
dividia palpitantes  
quejas, que escuchaba yo  
con el alma, media parte  
de la suya : esta inquietud  
adivinaron sus padres,  
viendo en su color perdido  
su salud poco constante.  
Quisieron ; así pudieran!  
con prevenille curalle,  
mas no bien piadosamente  
se curan heridas grandes,  
y así importó el reprehendelle  
solamente para dalle  
á la esperanza más fuego,  
y al pensamiento más aire.  
Previno esfuerzo mayor,  
con más brío; dió señales  
de loco en las amenazas,  
y de cuerdo en las piedades;  
descompuso diligencias,  
buscó medios, llegó á trances  
que por descubrir extremos  
emprendió temeridades ;  
juntó el amor al poder,  
y tuvo en mí de su parte  
el corazon que del pecho  
le rindió todas las llaves,

pues de resistir cansado  
contrarios tan vigilantes,  
y asimismo que fué más  
al penúltimo combate,  
que fué darme en un papel  
fé y palabra de casarse  
conmigo ; ¡ ay Dios ! quedé yo  
tan rendida, tan cobarde  
(con qué vergüenza lo digo),  
que en dando á mi falso amante  
el primer favor, despues  
ninguno pude negarle.  
Duró nuestro amor siete años,  
para que de él resultase  
al mundo una prenda suya  
que aún no llega á seis cabales ;  
mas ni estas obligaciones  
ni otras muchas fueron parte  
en mis entrañas exentas  
y en sus ojos memorables  
con lágrimas de los míos  
para que no ejecutase  
su casamiento contigo,  
dando por excusa fácil  
el ser rey y no poder  
eximirse ni excusarse  
de seguir el comun gusto  
de sus vasallos leales.  
Mientras se anduvo en el trato,  
fué fácil cosa engañarme

con dudas en el suceso  
y en el engaño crueldades.  
Mas cuando supe (perdona)  
que venías á casarte  
con quien en fé de mi esposo  
se preci6 de ser mi amante,  
tomé el cielo con los dientes,  
presté al sol escuridades,  
de fuego arrojé suspiros,  
lágrimas lloré de sangre,  
injuriéle por injusto,  
despreciéle por mudable,  
pedíle por lo piadoso,  
supliquéle por lo grave,  
que para que al mundo fuese  
mi afrenta ménos infame,  
me escondiese entre paredes  
6 entre aceros me matase.  
No quiso, para estrenar  
contra mí rigores tales,  
ni olvidarme, ni quererme,  
ni esconderme, ni matarme;  
y así yo, viendo que en mí  
no hay ya paciencia que baste,  
tormento que no me aflija,  
y pena que no me acabe,  
puesta á tus piés (de tus manos  
me fio, guárdame), sabe,  
si es que del Rey celos tienes,  
que te importa que me guardes.



Envíame á un monesterio,  
ó ponme, señora, en parte  
donde ni áun resquicios solos  
den sol á mis soledades ;  
aunque pues ves mis congojas  
cuán justas son, y pues sabes  
cuánto tienen mis desdichas  
de crüeles y de infames,  
más generosa piedad  
será en tí para excusarse  
de que mis culpas te ofendan,  
que tus castigos me maten.

*Reina.* Levanta, no te congojes,  
no te aflijas, que me partes  
el alma, pudiendo más  
que ofenderme lastimarme.  
¿Dónde está tu hijo?

*Margari.* El Rey,  
señora, sólo lo sabe,  
que áun ese consuelo mio  
gustó siempre de negarme.

*Reina.* Margarita, cobra aliento,  
y advierte que el confiarte  
de mí, alentando congojas  
para decirme verdades,  
me ha obligado sumamente ;  
y así, para asegurarme  
no pretendo entre paredes  
esconderte ni cerrarte ;  
en mi casa he de tenerte

y á mi lado, pues no hay parte  
donde más segura estés  
del Rey y sus libertades.

Tú has de ser privanza mia,  
con palabra de allanarte  
á cualquiera gusto tuyo  
severas dificultades.

Mi compañera has de ser :  
tan conformes, tan iguales,  
tú y yo en todas las acciones,  
que unas á otras se llamen.  
Pero advierte que si tratas  
de proceder como ántes  
con el Rey, te juro al cielo  
que mis pensamientos sabe,  
que yo con mis propias manos  
cruelmente he de matarte,  
aunque despues, de ofendido,  
mezcle el Rey nuestras dos sangres.

*Margari.* Señora, tanto me obligas,  
que á morir puedo obligarme  
por no ofenderte, y así  
no me atrevo á replicarte.

*Reina.* Comienza á ser alma mia.

*Margari.* Esclava tuya me haces.

*Reina.* ¡Qué remedio tan dichoso!

*Margari.* ¡Qué desventura tan grande!





## SEGUNDA JORNADA.

*Salen el* REY, DON DIEGO, VIQUE y CORELLA.

*Rey.*        ¡ Qué pena, qué sentimiento  
                  tan cruel !

*Vique.*        Aquí sentado  
                  descansa.

*Rey.*        No es mi cuidado  
                  para tomalle de asiento ;  
                  dejadme con mis porfías ,  
                  pues no importa en mi opinion  
                  que los que tan míos son  
                  entiendan flaquezas mías.  
                  Aunque en Nápoles respetos  
                  me pedian mis pasiones  
                  amorosas, las acciones  
                  de la guerra y los efectos  
                  de mis pasadas memorias  
                  los pensamientos vencian ,  
                  y mis penas divertian  
                  al paso de mis victorias ;  
                  pero há un año que volví ,  
                  y en todo él, como agora ,  
                  estoy tal, que cada hora

es un siglo para mí.

*Corella.* Has visto tanto papel,  
que te has melancolizado  
más.

*Rey.* Ese justo cuidado  
nunca excuso, aunque es cruel;  
porque obligacion primera  
es de un rey y no excusalla  
debe, aunque en propia batalla  
de otros pensamientos muera.  
Vique, aquellos memoriales  
que consultados dejé,  
dad á sus dueños.

*Vique.* Haré  
lo que mandas.

*Rey.* Son mortales  
mis ánsias; y tú, Corella,  
á la causa de mi agravio  
dile mi mal como sabio,  
vence en mi nombre su estrella.  
Lo que tratado tenemos,  
dí, amigo, ¿no lo harás?

*Corella.* Mis diligencias verás  
competir con mis extremos.

*Rey.* Para salir á campaña  
ten prevenido.

*Vique.* Iré luégo,  
señor.

*Rey.* Ve. ¿Viste, don Diego,  
pena en un Rey tan extraña?

¿En quién puede verse, en quién?

*D. Diego.* Con lástima y maravilla...

*Rey.* Llega, llega esotra silla;  
pero en ninguna estoy bien,  
porque todas tienen fuego  
para mí de ánsia amorosa.  
Don Diego, ¿no es muy hermosa  
Margarita? dí, don Diego.

*D. Diego.* Si no un cielo, señor, es  
una celestial figura,  
que muchos cielos apura  
desde el cabello á los piés.

*Rey.* ¿No te tuvo muy rendida  
el alma?

*D. Diego.* Si me atreviera  
á tu respeto, dijera...

*Rey.* No importa; dí, por mi vida,  
pues tal vez la simpatía  
del gusto engendra amistad,  
supuesto que la lealtad  
se anteponga á la osadía.

*D. Diego.* Conjurado de esa suerte,  
diré que cuando sin mí  
con su desmayo la ví  
dando belleza á la muerte,  
quedé tan apasionado,  
que aunque despues á la nube  
de su bello sol estuve  
de mi sospecha avisado,  
pienso temblando el temor

que á no hallar contrariedad  
de tu gusto en mi lealtad,  
atropellara mi honor;  
pues agora á mi fé altiva,  
aunque en tu decoro veo  
muerto mi amante deseo,  
doy inclinacion tan viva,  
que faltando en su querella  
mi honor, todo cuanto en mí  
no fuera ofenderte á tí,  
fuera cierto hacer por ella.

*Rey.* ¡A cuánto me has obligado!

*D. Diego.* Hechura soy de tus piés.

*Rey.* Eres al fin portugués  
en lo tierno y en lo honrado.  
Don Diego, ¿qué prevenciones  
haré, pues la Reina ¡ay cielos!  
de Margarita los celos  
convierte en obligaciones,  
siendo toda su privanza,  
dándola todo su ser?  
¡Qué extraño modo de hacer  
infelice mi esperanza!  
pues ella tanto previene  
esta obligacion, que en calma,  
aunque me tiene en el alma,  
deja la que á mí me tiene.  
He sabido que mi esposa  
en que sea tuya insiste  
Margarita.

*D. Diego.*                    ¿Y no supiste  
que es por constante dichosa  
mi lealtad?

*Rey.*                        Todo lo sé,  
y en su confianza quiero  
que tú seas mi tercero.  
Oye.

*D. Diego.*            Tu esclavo seré.

*Rey.*                    A la sombra de tu amor,  
pues la reina le consiente,  
procura industriosamente  
dalle este papel.

*D. Diego.*                    Señor...

*Rey.*                    Calla ¡ay Dios! ¡Notable extremo  
de la reina! ¡Ay! mis despojos  
bellos, el sol que en tus ojos  
estoy adorando temo.

*Salen la REINA, MARGARITA, BLANCA y ELVIRA.*

*Margari.* Sabe el cielo qué corrida  
voy á esto.

*Reina.*                    Ve contenta.

*Margari.* Pues mi disimulo aumenta  
mi dolor, iré perdida.

*Reina.*                    Verás lo que fio agora  
de tí, pues á velle vengo  
contigo.

*Margari.*                El alma prevengo  
para esa merced, señora.



*Reina.* En los ojos la has de ver  
si es cómplice en los amores  
que alienta el Rey; son traidores  
los celos, y soy mujer.  
Blanca, ayúdame á mirar  
lo que sabes.

*Blanca.* Yo te asisto  
advertida.

*Margari.* ¡Quién ha visto  
con favorecer matar!

*Sale* GODIN.

*Godin.* Gran visita, caso nuevo;  
de aquí acecho, ¿qué habrá sido?  
Ya parece el Rey marido  
de dos yemas como huevo.

*Reina.* ¿Tanto puede la tristeza  
en vuestra Alteza, señor?

*Rey.* Es costumbre, es poco amor  
de propia naturaleza;  
pero vuestra Alteza es parte  
á vencella.

*Reina.* Mi advertencia  
no perdona diligencia  
ninguna por alegrarte,  
Rey mio, y ansí he venido  
con mis damas.

*Rey.* Un cabello  
tuyo bastara.

- Reina.* Lo bello,  
cuando es mucho, es más lucido.  
Sola una planta no apura  
los deleites de un jardin ;  
que la variedad en fin  
es alma de la hermosura.
- Rey.* Con esta ocasion despojos  
dan á tan inútil calma.
- Margari.* Con rayos de fuego al alma  
me está volviendo los ojos ;  
más no podrá.
- D. Diego.* ¡ Qué prevista  
es Margarita ! ¡ Qué cuerda !  
No dá lugar que se pierda  
sólo un rayo de su vista.
- Reina.* Al fin , Rey , te divertiste  
con mirallas : ¡ qué pesar !
- Rey.* No lo hiciera á no tomar  
la licencia que me diste.
- Reina.* Y que descompuestamente  
la tomas : ¡ qué desventura !
- Godin.* Por Dios , que la mirada  
anda cobarde y valiente ;  
salir quiero á despartilla.
- Margari.* Es infelice mi estado.
- Blanca.* De Margarita el cuidado  
es extremo.
- Elvira.* Es maravilla.
- Rey.* ¡ Qué hay , Godin ?
- Godin.* Mucho por Dios,

pues nueva ley nos previene  
de que el marido que tiene  
una mujer, tenga dos,  
con tal que ninguna dé  
lugar de traelle suegra.  
Si con esto no se alegra  
el Rey, no sé yo con qué.

*D. Diego.* Malicioso, picaron.

*Rey.* Si me aseguran los cielos  
que ninguna tenga celos,  
causas de alegrarme son.

*Reina.* ¡Qué poco amor te tuvieran  
sin celos!

*Rey.* Más me obligaran.

*Margari.* ¿Y sin tenellos amaran? (*Aparte*).  
Dichosas mujeres fueran.

*Godin.* Los amorosos desvelos,  
siempre para ser valientes,  
son hijos intercadentes  
de la envidia y de los celos;  
por celos y envidia en mí  
dos grandes sucesos mira.

*Reina.* Dilos.

*D. Diego.* Alguna mentira  
será tuya.

*Godin.* Creo que sí.  
En Nápoles, donde estaba  
yo tan galan como el sol,  
y á caballero español  
olia porque engañaba,

un dia esperando el fallo  
de una dama, y por buscallo  
paseándole la calle  
en un botador caballo,  
la vide que en la ventana  
leyendo estaba un papel;  
y como indicios con él  
me dió de ser casquivana,  
quise saber su cautela;  
y al saludalla, no en vano  
señalé al napolitano  
con la vara y con la espuela.  
Él botó, y tanto subí  
con el hipogrifo en pié,  
que á emparejalla llegué,  
y medio papel leí;  
mas no viendo la verdad  
entera, al volver, un salto  
dí en el caballo tan alto,  
que leí la otra mitad;  
con que quedé satisfecho  
de los celos que tenía,  
y ella vió la bizarría  
de mi boto y de mi pecho.

*D. Diego.* ¿Hay mentira tan extraña?

*Blanca.* Buen picaron.

*Elvira.* Socarron.

*Godin.* De envidia en otra ocasion  
hice otra notable hazaña.  
Dos noches más adelante,

viendo en un festin de fama  
danzar con la misma dama  
un hombre medio gigante,  
túvele envidia, y despues  
yo al danzar, mal satisfecho  
de ver tan menor el trecho  
de mi cabeza á mis piés,  
esforcéme, y, al compás  
de mi ligereza rara,  
dancé con ella una vara  
alto del suelo, y áun más.

*D. Diego.* ¿Cómo á tu despecho añades  
mentiras tan extremadas?

*Godin.* Porque despues de inventadas  
pienso que fueron verdades.

*Reina.* ¡Qué divertido, qué ciego  
mira el Rey á Margarita!  
Celosa estoy, infinita  
es mi pena, soy de fuego.  
Vete, vete, que aunque abono  
lo que en tu lealtad merezco,  
tus recatos agradezco  
y mis celos no perdono;  
mira mucho tu belleza  
mi esposo, y yo moriré  
de congoja.

*Margari.* Voy, y haré  
lo que manda vuestra Alteza.

*Reina.* Mucho el mal en el semblante  
se te parece encendido,

color tuviste y perdido  
le tienes ya.

*Rey.* No es constante  
mi salud.

*Reina.* Mide el desvelo,  
haz cama, cuidado emplea.

*Rey.* De campo quiero que sea,  
que tenga por cielo el cielo,  
porque mi melancolía  
anchuras pide. ¿Está ya  
prevenido?

*Moncada.* Ya lo está.

*Reina.* Aunque tan á costa mia,  
¿quieres que mande volver  
á Margarita?

*Rey.* ¡Qué enfado!  
Soy marido desdichado.

*Reina.* Soy ofendida mujer.

*Moncada.* Bravamente se inquieta  
la Reina.

*D. Diego.* El Rey vá perdido.

*Godin.* Algun demonio atrevido  
entre los dos se entremeta.

*(Vánse todos los hombres.)*

*Reina.* Blanca, escucha; vete, Elvira.

*Blanca.* No estés señora tan triste.

*Reina.* Blanca, pues mis celos viste,  
por mis desventuras mira;  
disponte, acecha y verás  
si al Rey que la solicita

corresponde Margarita  
con el aliento no más ;  
pues el día que perciba  
que es en mi ofensa culpada,  
pues ve que soy desdichada,  
verá que soy vengativa.  
No te descuides.

*Blanca.* No haré,  
pues cuanto estoy envidiosa  
de su privanza, curiosa  
para su daño seré ;  
pequeñas culpas verán  
hechas gigantes mis ojos  
en ella.

*Reina.* Pues mis enojos,  
sin celos, muertes serán.

*Vánse y sale GALINDEZ, vejete.*

*Galindez.* ¿ Si hallaré á don Gimén Perez  
Corella? Siempre encantado  
cuando vengo y cuando voy  
me parece este palacio.

*Sale GODIN por otra parte.*

*Godin.* Bueno es el vejete ; ¿dónde,  
honrado viejo?

*Galindez.* Buscando  
voy quien me haga favores,  
y hallé quien me dice agravios.

*Godin.* ¿Qué agravios?

*Galindez.* Llamarme viejo  
¿qué fué? y en tiempo tan malo,  
que el honrado majadero  
parece, llamarme honrado,  
¿qué ha sido?

*Godin.* Humor tiene el hombre.

*Galindez.* De cierto negocio trato.

*Godin.* ¿Con quién?

*Galindez.* Con don Gimen Perez  
Corella, y quisiera hablallo.

*Godin.* Mal venís, porque esto es  
embocadero del cuarto  
de la Reina.

*Galindez.* ¿Y vos?

*Godin.* Portero.

*Galindez.* ¿Portero?

*Godin.* ¿Habeislo dudado?

*Galindez.* ¿Portero y tan pocas barbas!

*Godin.* Mas adentro hay otros cuatro,  
que como por grados son  
uno más que otro barbados;  
tanto, que el postrero llega  
con la barba al suelo, y cuando  
sale la Reina, le va  
barriendo de paso en paso,  
el que pisan sus chapines  
con ella.

*Galindez.* Tendreis ogaño  
gran cosecha de mentiras



á quien yo aborrezco tanto ;  
dejaldas.

*Godin.* Esto es verdad.

*Galindez.* Sea ó no sea , guiando  
me id , por Dios , para que pueda  
hablar con este privado  
del Rey , porque esta gran casa  
que en Valencia la llamamos  
el Real , tiene más piezas  
que dias hay en el año ,  
y siempre en ella me pierdo ,  
siendo para mi otro tanto  
que un laberinto de Creta.

*Godin.* Es el vejete extremado.  
Pues algunos aposentos  
que no habeis visto , milagros  
esconden : el uno de ellos  
esparcido y triangulado ,  
donde el Rey por las mañanas  
suele lavarse las manos ,  
tiene una fuente que surte  
en una Vénus de mármol  
por cuantas partes resuella  
y evacua un cuerpo humano ;  
de diamante es su cabeza ,  
de carbuncos son los rayos  
de sus cabellos , jacintos  
son sus ojos , de topacio  
su pecho , sus largas uñas  
de oro son , y crecen tanto ,

que las ví arañar la luna  
con solo alargar el brazo.

*Galindez.* Callad, callad, vive Dios,  
¡ Jesus que mentir extraño!  
Dejadme pues.

*Godin.* Escuchad  
lo que este edificio vario  
tiene más: en cada dama  
tiene del cielo un milagro.  
Hay una cuyos cabellos  
le llegan á los zapatos,  
y los entiesa y enriza  
como una cola de pavo,  
con que arrojando cohetes  
ciega al sol de cuando en cuando;  
otra hay que canta tan bien  
que un jumento, que en el prado  
pacia, la oyó, y corriendo,  
gruñiendo y orejeando  
esa escalera subia  
por oilla. Hay otro bravo  
extremo en otra; tan bellos  
los ojos tiene y tan claros,  
que en un aposento á oscuras,  
si los abre, está alumbrando  
como una antorcha.

*Galindez.* Esa dama  
mejor era para gato.

*Godin.* Hay dueña que se santigua  
con el pié: ved que retablo

será en cueros.

*Galindez.* Calla hombre,  
que me estoy desbautizando  
de oírte tantas mentiras ;  
no ví tal, habiendo andado  
medio mundo.

*Godin.* Tú no diste  
con ser viejo tantos pasos  
como yo he dado en el mundo.

*Galindez.* Eso no, yo ví los campos  
de África, Italia, y Flandes,  
y Alemania ; he navegado  
todos los mares.

*Godin.* Yo estuve  
en el Ártico y Antártico,  
tan cerca del sol, que pude  
con el sombrero tapallo,  
y de lástima del mundo  
le dejé esparcir sus rayos.

*Galindez.* ¡ Jesus, Jesus ! ¿ quién tal dijo ?  
Señores, está borracho  
este hombre ; por no escuchalle  
no entraré más en palacio.

*Godin.* Oídme otro poco.

*Galindez.* Oh ! pese á  
mi linaje...

*Godin.* Espera un rato.

*Sale* CORELLA.

*Corella.* Galindez.

*Galindez.* Señor, me está  
desvaneciendo y matando  
con mentiras.

*Corella.* ¿No sabeis  
quién es?

*Galindez.* En la cuenta caigo,  
es el bufon mentiroso.

*Corella.* Ese mismo.

*Galindez.* Pues digamos  
de conformidad mentiras,  
supuesto que no las gasto.

*Godin.* Norabuena.

*Corella.* Y esperadme  
en el corredor entrambos.

*Godin.* Yo os enseñaré á mentir,  
buen viejo.

*Galindez.* De viejo abajo  
cuanto quisiérdes decid.

*Godin.* Idme oyendo.

*Galindez.* Idme escuchando.

*Vánse GODIN y GALINDEZ, sale MARGARITA.*

*Margari.* Temo á la Reina, y si viene  
¿qué haré yo?

*Corella.* Aunque la privanza  
soy del Rey, tal confianza  
en lo que la sirvo tiene,  
que sin sobresalto y miedo,  
pues me ha mandado llamar

como suele, puedo hablar  
contigo aquí.

*Margari.* ¿Y yo qué puedo ?  
Don Gimén Perez Corella,  
¿qué me quieres ?

*Corella.* Que piedad  
tengas del Rey, pues crueldad  
es tuya hallarte sin ella ;  
mira que pasa de un año  
que de Nápoles volvió,  
y en tus ojos sólo vió  
despierto su desengaño ;  
mira que de pena muere.

*Margari.* ¿Y quién la culpa ha tenido  
de su desdicha ?

*Corella.* Él ha sido,  
claro está.

*Margari.* ¿Pues qué me quiere ?  
Pues él fué tan poco sabio  
que la trató como ajena,  
sufra como yo su pena,  
sienta como yo mi agravio.

*Corella.* Si encaminas tu rigor  
á castigo ó á mudanza,  
eso en tí es justa venganza,  
y si nó, perdido amor.

*Margari.* ¡Yo á venganza ! ¡Yo á castigo  
aspiraré en recompensa,  
cuando en mi es favor la ofensa  
de mi adorado enemigo !

no, Gimen Perez, más llanos  
pasos doy, pero ya ves  
que grillos pone en mis piés,  
esposas pone en mis manos;  
del todo me ha cautivado  
la Reina, ya mi jüez,  
con mi palabra una vez  
y mil veces con su agrado.  
¿qué haré? ¿No será rigor  
de fé injusta y suerte vária,  
al ser quien soy, ser contraria  
tantas veces de mi honor?

*Corella.* ¿Y qué mayor desconcierto  
puede haber en propia ley,  
que estar por tu causa un rey  
entre sus pesares muerto,  
dejando tú de obligarte  
á velle?

*Margari.* Dices bien;  
cállate, que yo tambien  
soy en eso de tu parte,  
porque cuando vi que hacia  
la mansedumbre feroz,  
y en el metal de su voz  
noté su melancolía,  
y cuando á hurto en su enojo  
vi á costa de mi dolor  
trasponérsele el color  
de lo pálido á lo rojo;  
por alentalle la calma,

por divertille el despecho,  
 diera la sangre del pecho,  
 diera la vida del alma.  
 Pero ¡ay Dios!

*Corella.* Pues no procura  
 ni piensa de aquí adelante  
 llevar como ciego amante  
 despojos de tu hermosura,  
 sino, tal vez por despojos,  
 cuando se abrasa en tus hielos,  
 valerse de tus consuelos,  
 consolarse con tus ojos;  
 dale lugar, sea suya  
 tu piedad, pues en llegando  
 á tenelle, en don Fernando,  
 verás una imágen tuya.

*Margari.* ¡En mi hijo! ¡Ay! ¡quién le diera  
 un beso en cada suspiro!  
 ¡qué tiernamente le miro  
 con el alma! ¡Oh quién le viera!  
 ¿dónde está?

*Corella.* Por cuenta mia  
 corre su oculta crianza.

*Margari.* Y de velle, mi esperanza  
 ¿podrá lograrse?

*Corella.* Podria  
 si al Rey das lugar.

*Margari.* ¡Ay Dios!  
 ese venturoso empleo  
 ya, Gimen, ya le deseo

por mí misma y por los dos.  
 Pero Blanca, camarera  
 de la Reina, es guarda mia,  
 vigilante noche y dia,  
 y el fiarme de ella fuera  
 peligroso atrevimiento,  
 y sin su medio ha de ser  
 cosa imposible el poder  
 lograr tan buen pensamiento.

*Corella.* Quizá con las confianzas  
 mias, porque tuyas son,  
 dará á mi gusto ocasion  
 y paso á tus esperanzas;  
 déjame á mí que con ella  
 trate de esto.

*Margari.* No osaré  
 vello: con dudosa fé,  
 grande amor y mala estrella,  
 mira bien...

*Corella.* Pierde cuidado.

*Margari.* Ea, amor, con fé constante  
 muera en tu paz el amante  
 como en su guerra el soldado.

*Vase MARGARITA y sale BLANCA.*

*Corella.* Que bien lograda esperanza.

*Blanca.* ¿Cuya?

*Corella.* ¿Cuya ser podia  
 siendo tuya sino mia?



- Blanca.* Estimo tu confianza,  
por mi parte bien segura:  
¿qué cuidado te ha traído?
- Corella.* Señora, el primero ha sido  
el que debo á tu hermosura;  
y luégo á que sepas cuanto  
con luz ciega y fé constante  
ama el Rey, pues más amante  
soy que el Rey con serlo tanto  
para que así me prometa  
que oculto lugar le des  
de ver su dama, y estés  
muda pues eres discreta;  
y de tu cordura arguyo  
que harás tu valor piadoso,  
porque el Rey es poderoso  
y yo soy esclavo tuyo.
- Blanca.* Voime, que pasos oí,  
más pues soy tan tuya, advierte  
que no puedo responderte  
otra cosa sino sí.
- Corella.* Habla, pues, con Margarita.
- Blanca.* Sí haré. Avisando primero  
á la Reina. (*Aparte.*)
- Corella.* En tí considero  
mi confianza infinita.  
Voy seguro. (*Váse.*)
- Blanca.* Al ménos vas  
engañado en mis desvelos,  
pues de la Reina á los celos

y á mi envidia debo más.  
Señora...

*Sale MARGARITA.*

*Margari.* Amiga, tal vengo  
que no es mucho te señalen  
las colores que me salen  
la gran vergüenza que tengo.

*Blanca.* Dí, no lo dudes, pues ves  
que soy tuya.

*Margari.* Escucha, ¡ay cielo!  
Pero don Diego de Melo  
nos lo impide: hasta despues.

*Blanca.* Pienso que con él te envia  
un recado mi señora  
la Reina.

*Margari.* La pena agora  
depongo en la cortesía.

*Vase BLANCA, sale D. DIEGO.*

*D. Diego.* Ya conozco el enfado  
con que soy recibido;  
pero á ser atrevido  
la Reina me ha obligado;  
espera.

*Margari.* A mi tristeza  
le dais diverso nombre.

*D. Diego.* ¡Gran belleza!  
¿Cómo estais?

*Margari.*

Con perdida  
salud, de causa triste  
que en el alma consiste.

*D. Diego.*

Señora, vuestra vida  
teneis poco segura,  
si es grave enfermedad gran hermosura;  
pero la que en vos veo,  
aunque es tan rigurosa,  
es sólo peligrosa  
para el comun deseo;  
pues con gloriosas penas  
mata sin propio sér vidas ajenas.  
Bien mi experiencia mide  
sus divinos despojos,  
pues vos la huis los ojos  
con que flechas despide;  
y con todo es tan cierto,  
que sin querer matarme me habeis muerto.  
Más ¡ay! ¿qué estoy diciendo?

*Margari.*

Si no es más el recado  
que la Reina os ha dado,  
decilda que lo entiendo;  
pero con nuevo brío  
vuelvo por vuestro honor y por el mio.

*D. Diego.*

Oidme, estuve loco,  
disculpá al haber sido  
traidor otro sentido;  
oid, esperá un poco,  
dad á mi sentimiento,  
lo que os digo escuchad, no lo que siento.

Otra cosa venía  
á deciros agora,  
más como en vos, señora,  
ostentó el alma mia  
tan divinos despojos,  
dí á la boca el impulso de los ojos ;  
y cuanto ellos miraban  
iba diciendo ella,  
porque cada centella  
de los vuestros llegaban  
á poner en olvido  
lo que os iba á decir: estoy perdido.  
Otra vez me divierte  
el mismo extraño efeto;  
en vano me prometo  
el ser leal y verte ;  
estoy, pues nada es parte,  
por sacarme los ojos para hablarte.  
Pero el semblante bajo,  
probaré si es posible  
pasar con fé invencible  
tan peligroso atajo,  
dándote este billete  
de la Reina.

*Margari.* Mil dudas me promete  
si en él ¡ay cielo santo!  
capitula el intento  
de este mi casamiento  
que ella procura tanto.

*D. Diego.* Advierte que con ella

no has de comunicalle.

*Margari.* ¡Injusta estrella!

*Sale BLANCA al darle el papel.*

*Blanca.* Un papel le dió agora.

*Margari.* ¿Qué es esto?

*Blanca.* Ya, don Diego,  
te esperan.

*D. Diego.* Amor ciego,  
mi lealtad vencedora,  
porque sirva de ejemplo,  
escrita en bronce colgaré en tu templo.

*Vánse D. DIEGO y BLANCA, sale el REY.*

*Rey.* Oyes.

*Margari.* Señor.

*Rey.* Mi ángel bello.

*Margari.* Perdóname.

*Rey.* No es razon  
perder agora ocasion  
de tan hermoso cabello;  
déjame, pues la he buscado,  
gozalla.

*Margari.* ¿Qué haré, pues veo  
que me obliga tu deseo  
y me mata mi cuidado?

*Rey.* No temas, espera, advierte.

*Margari.* Yo no temo, estoy perdida,

el peligro de la vida  
porque soy la misma muerte,  
pero obligacion tan mia  
en la Reina y mi enemigo,  
(¡y que grande!), si contigo  
me viese ¡ay Dios! ¿qué seria?

*Rey.* Busca, pues, otro lugar  
donde te hable y te vea.

*Margari.* Si haré.

*Rey.* Advierte que no sea  
esto temer y engañar;  
mira que sin alma vengo  
á estar, de tu vista ausente.

*Margari.* Aunque peligrosamente,  
ya le busco; y si le tengo,  
don Jimen Perez Corella  
te avisará.

*Rey.* Puede ser.

*Margari.* Pero si puedes hacer  
felice en algo mi estrella,  
procura que tenga efeto  
ver yo á Fernando ese dia,  
prenda tuya y alma mia;  
¿no lo harás?

*Rey.* Yo lo prometo.

*Margari.* Dame la mano.

*Rey.* Detente.

*Margari.* ¿Porque la huyes de mi?

*Rey.* La Reina viene.

*Margari.* Nací  
para morir tristemente.

*Sale la REINA al pedille la mano.*

*Reina.* Valgame Dios ¿es antojo  
ó es cierto?

*Rey.* Infelice soy.

*Reina.* Mucho haré, mucho, si doy  
mi disimulo á mi enojo.

*Margari.* Parece que en mi cabeza  
cayó un monte.

*Rey.* Reina mia.

*Reina.* Señor mio ¿no queria  
ir á caza Vuestra Alteza?  
Pero ¿qué necia razon  
dije viendo lo que pasa!  
que los cuartos de esta casa  
son sus bosques ¿qué traicion!

*Rey.* Señora, menos aceros  
en las palabras mostrad,  
pues yo vine, esto es verdad,  
á no partirme sin veros;  
que como os dejé enojada  
me pareció que seria,  
no veros, descortesía,  
á antes de irme.

*Margari.* ¡Ay desdichada!

*Reina.* Y para eso convino  
que Margarita...

*Margari.* ¡Qué siento!

*Reina.* Para entrar en mi aposento

os enseñase el camino.  
Vamos, hablareos en él.

*Rey.* Dareos yo satisfaccion.

*Reina.* Mis celos mortales son.

*Rey.* Y mi desdicha es cruel.

*Reina.* Y tú entretanto comienza  
á ver, aspira á pensar  
una mentira que dar  
para velo á tu vergüenza. (*Vánse los Reyes.*)

*Margari.* ¿Qué he de pedir sino muerte  
para mi vida, pues veo  
que se pierde en mi deseo  
cuanto procuro en mi suerte?  
¡Que una vez sola que osé  
atreverme, á este suceso  
me obligase! Estoy sin seso,  
vivo sin alma ¿qué haré?

*Sale el Infante DON FERNANDO de nueve años.*

*Fernando.* Aunque les pese he de entrar.

*Port. 1.º* Dejalde.

*Port. 2.º* Da á su hermosura  
donaire.

*Margari.* ¡Bella criatura!

*Fernando.* Con la Reina quiero hablar.

*Margari.* ¿Si es algun ángel que envia  
para consolarme el cielo?

*Fernando.* Esta es, daré al pañuelo  
el llanto. Señora mia.



*Margari.* ¿Qué teneis? ¿Qué os da cuidado,  
hermoso niño?

*Fernando.* Señora...

*Margari.* ¿De qué llorais?

*Fernando.* Lloro agora  
con rabia de haber llorado;  
que un hombre solo de amor  
ha de llorar ó de rabia,  
pues si es de otra cosa, agravia,  
con su llanto, su valor.

*Margari.* ¡Ay que sal! ¿Qué otra ocasion  
os obliga? ¡Hay tal despejo!...

*Fernando.* Hijo soy de un pobre viejo  
de maldita condicion.  
Envióme por vino, fuí,  
y al volver, con otro niño  
con quien de ordinario riño,  
por cosas de honor reñí.  
¿Qué hago pues? de aquí le agarro  
y dándole con presteza  
con el jarro en la cabeza,  
vierto el vino y quiebro el jarro.  
Temí que de esto mohino,  
mi padre me azotaria,  
y pensé á quien pediria  
para el jarro y para el vino.  
Apuré que en buena ley  
ningun hombre honrado abona  
el pedir á otra persona  
que no sea Reina ó Rey;

y así yo, porque en mí reina  
la altivez en su lugar,  
no me quise sujetar  
menos que al Rey ó á la Reina.  
Si es la Reina vuestra Alteza,  
deme dos reales, que yo  
se los serviré.

*Margari.* ¿Quién vió  
tal donaire y tal belleza?  
Consolando mis enojos  
tanto alienta el alma mía,  
que lágrimas de alegría  
doy de mi pecho á mis ojos.  
De esta edad debe de ser  
mi Fernando, ¡ Oh, quien le viera!  
y aunque estoy tal, me tuviera  
por venturosa mujer.

¿Quién es vuestro padre?

*Fernando.* Es Galindez, un pobre hombre.

*Margari.* ¿Y vos?

*Fernando.* Tomé de su nombre,  
y Galindillo me llamo.

*Margari.* ¿Dónde está?

*Fernando.* Junto al mercado  
cintas clava.

*Margari.* ¿Ay gracias tales?

*Fernando.* Deme presto los dos reales,  
ó doyme por azotado.

*Margari.* Tomad, eso no os aflija.

*Fernando.* Es muy cruel el viejote.

*Margari.* Decidle que no os azote  
por señas desta sortija,  
y volvé á verme.

*Fernando.* Haré yo  
lo que debo.

*Margari.* Estremos tiene.  
El Rey con la Reina viene.

*Fernando.* ¿No es ella la Reina?

*Margari.* No.

¡ Con qué vergüenza la espero !

*Rey.* ¡ Oh quién hablalla pudiese? *(Salen los Reyes.)*

*Reina.* Con un niño está. ¡ Si fuese  
su hijo! De envidia muero.

*Fernando.* No siendo la Reina, clama  
mi engaño.

*Margari.* Oid ¿ como ansi?

*Fernando.* Señor Rey, pague por mi  
esta sortija á esta dama.  
Creyendo ser Reina, agora  
de su mano la tomé;  
pero ya despues que sé  
que es la Reina esta señora,  
que me engañó considero,  
y ansi por más que me haga  
caricias, si no la paga  
un Rey, por mí no la quiero;  
porque tengo por bajeza  
el recibir de persona  
que no tenga la corona  
de Aragon en la cabeza.

*Rey.* ¡ Notable niño ! á mis ojos  
llama sangre de mi pecho.

*Reina.* Su estrañeza me confirma  
en la sospecha que tengo.

*Rey.* Yo la pagaré por vos,  
dádsela á la Reina.

*Reina.* Un reino,  
vale esta prenda.

*Fernando.* Señora,  
con dártela me contento.

*Reina.* ¿ Cuyo tan lindo rapaz  
es, Margarita ?

*Margari.* Dél mesmo  
supe cuando aquí se entró  
que era hijo de un buen viejo  
que de su trabajo vive.

*Sale* CORELLA, GALINDEZ y GODIN.

*Corella.* Alguna desdicha temo.  
¿ Cómo vino aquí ?

*Galindez.* Es un vivo  
azogue el rapaz travieso.

*Godin.* Tras dél me voy porque gasta  
lindo humor el vejezuelo.

*Reina.* Con ciento y aun más diamantes  
este os pago ; de más desto  
mi Camarera mayor  
os hago.

*Margari.* Los piés te beso.

*Fernando.* Pues le pagaste por mí  
ese diamante, derecho  
tendré á él.

*Reina.* Otra merced,  
que más valga haceros quiero.

*Corella.* Llegad.

*Galindez.* Llegaré temblando.

*Fernando.* Paréceme que me quedo  
sin tener con que comprar  
jarro y vino; azotes llevo.  
Mi padre es este.

*Corella.* Señor,  
con tan grande desconsuelo  
buscaba este hombre á este niño,  
qué me persuadió á traerlo  
donde le viera.

*Reina.* ¿Cuyo es?

*Godin.* No temais, decid, don Bueso.

*Galindez.* Es de vuestra Alteza y mio.

*Godin.* Estremado cumplimiento:  
bien, sin licencia del Rey,  
honrais la Reina por cierto.

*Reina.* Hombre de buena fortuna  
quiero hacelle.

*Rey.* ¡Ay, ojos bellos!  
á hurto me hablais.

*Margari.* Pedazos  
del alma arrojado del pecho.

*Reina.* Crialle quiero en palacio;  
mañana podreis traerlo.

*Galindez.* Es gran merced.

*Fernando.* Vuestra Alteza  
le mande, porque le temo,  
que no me azote.

*Reina.* No hará.

*Fernando.* Déme la mano, con eso  
voy seguro.

*Reina.* Bien podeis.

*Fernando.* Pues mañana nos veremos,  
señora, y direle entonces  
cuán con el alma la quiero.  
Su enamorado he de ser.

*Margari.* Sí, mi vida. ¡ Hay tal extremo!

*Godin.* Vamos, que de aquí adelante,  
grandes amigos seremos.

*Galindez.* ¿ Quédaos algo que mentir?

*Godin.* Del gigante patiluengo,  
el de la deforme cara,  
una hazaña.

*Galindez.* Id al infierno  
á contalla. Señor, mande  
que no me mate mintiendo  
este demonio.

*Godin.* Escuchad.

*Galindez.* Dejame, hombre.

*Godin.* Lindo viejo.

*Vanse* GODIN, FERNANDO y GALINDEZ

*Corella.* Tu Fernando es aquel niño.

*Margari.* ¡ Ay Dios! por volver á vello  
iré...

*Corella.* ¿ Qué haces?

*Margari.* Sin mí  
me llevaban mis deseos;  
¿ volveré á velle?

*Corella.* ¿ Pues no?

*Margari.* De mi dicha no lo creo.

*Reina.* ¿ En fin, al campo te vas?

*Rey.* Á divertir pensamientos.

*Reina.* Mira no yerres los tiros  
si es que los haces al vuelo.

*Rey.* Adios, tu cuidado estimo.

*Reina.* Adios, toma mi consejo.

Margarita, no te vayas.

*Margari.* Qué de confusiones tengo.

*Corella.* Aquel niño es el infante  
D. Fernando.

*Rey.* ¿ Es cierto? ¿ es cierto?

*Corella.* Es sin duda.

*Rey.* En su peligro  
importa poner remedio;  
direos lo que habeis de hacer.  
Escuchad.

*Corella.* Ya te obedezco. (*Vánse los dos*)

*Reina.* Margarita, alza los ojos,  
que el ponellos en el suelo,  
si es vergüenza, no es disculpa,  
ni satisfaccion, si es miedo.  
¿ De qué hablabas con el Rey?

dí verdad.

*Margari.* Señora, harelo ;  
arrodillada. Quería  
pedille que sus deseos  
no fuesen agravios tuyos  
y menguas mias. A esto  
saliste tú.

*Reina.* Y ¿qué te dijo,  
no dices?

*Margari.* Faltóle el tiempo.

*Reina.* ¿No te dejó algun papel?

*Margari.* No señora. ¡Ay Dios!

*Reina.* Verelo,  
pues tú, perdido el color,  
tan turbada estás.

*Margari.* Don Diego,  
este me dió de tu parte.

*Reina.* Engaño fué, y he de vello,  
Esta letra ¿no es del Rey?

*Margari.* Sí señora.

*Reina.* ¿Pues qué es esto?

*Margari.* Yo no lo sé; ansí tu vivas,  
que á mí don Diego de Melo  
me le dió.

*Reina.* Todos me engañan  
y al Rey sirven, ya lo veo ;  
sólo Blanca, Blanca sola  
me ha dicho verdad. ¡Reviento  
de pena! Bien, por mi vida.  
«Dueño mio yo sé cierto, (*Lee.*)



que si de la Reina á tí  
no te obligaran respetos,  
dieras alivio á mis penas,  
dieras á mi mal remedio ;  
pues nunca, de amor tan grande  
salió vencedor el tiempo.  
Pero si quieres que viva  
un Rey tan tuyo, da esfuerzo  
á la ocasion que te doy,  
ó si no, dame por muerto. »  
Margarita, yo...

*Margari.*

Señora...

*Reina.* No me repliques. Yo he hecho  
en mi prevencion milagros,  
y en tu confianza estremos  
por obligarte ; yo he dado  
á mis cuidados desvelos,  
por adivinar en tí  
tus ocultos pensamientos ;  
otra yo has sido en mi casa.  
Cumplí mi palabra en esto ;  
advierete tú si la tuya  
tiene cabal cumplimiento,  
y si no...

*Margari.*

¿ Señora ?

*Reina.*

Calla,

pues hasta aquí cuanto has hecho  
te perdono, pero mira  
que si en tus mismos intentos,  
no te enmiendas, Margarita,

por última vez te advierto  
que si con mi esposo ofendes  
tu lealtad, veras mi acero  
en mis agravios templado,  
y en tu corazon sangriento.

*Margari.* Señora...

*Reina.* No me hables, vete,  
que solo á decirte vuelvo  
que no hagas tragedias tuyas  
los rigores de mis celos. (*Váse.*)

*Margari.* Buena me dejan mis males :  
á la Reina tengo miedo,  
al Rey tengo amor, á entrambos  
les dí mi palabra... ¡ Cielos !  
quitadme la vida, cuando  
tal me hallo, tal me veo,  
que en mis discursos deliro  
y en mis desdichas tropiezo.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.





## TERCERA JORNADA.

*Sale GALINDEZ.*

*Galindez.* Galindillo.

*Fernando.* Ya me estoy  
vistiendo.

*Galindez.* Hasta en la pereza  
sois, señor, honrada pieza.  
¿He de ir? acabad.

*Fernando.* Ya voy.

*Galindez.* Ya conozco vuestras tretas:  
oigan cual el rapagon  
sale en calzas y jubon,  
los zapatos en chancletas.

*Fernando.* Fuera fué mi madre, y no  
me los puedo yo calzar;  
cálcemelos, padre.

*Galindez.* Andar.

*Fernando.* ¿Luego habré de hacello yo?

*Galindez.* Ya os entiendo: bien podeis  
calzaros, mas sois amigo  
que os sirvan.

*Fernando.* Lo mismo digo  
gusto dello.

- Galindex.* Bien haceis,  
¿Soñais ser Rey?
- Fernando.* ¿No podia  
serlo, padre?
- Galindex.* Calabaza  
para vos; donosa traza  
de Rey.
- Fernando.* Mi padre, ¿no iria...?
- Galindex.* ¿Adonde?
- Fernando.* Á la vecindad,  
y hacer dos niños venir,  
que de ayudarme á vestir  
suelen hacerme amistad?
- Galindex.* Vestios vos, plegue á Dios,  
noramala questo escucho.
- Fernando.* Para el padre no era mucho  
hacer esto.
- Galindex.* Para vos  
será; vestios, rapacillo.
- Fernando.* Tengo calambre en un dedo.
- Galindex.* ¿No os vestis?
- Fernando.* Solo, no puedo.
- Galindex.* ¡Galindillo! ¡Galindillo!  
tengamos la fiesta en paz.
- Fernando.* Mal me visto sin tener  
quien me sirva.
- Galindex.* ¡Hay más que ver!  
¡Qué altivillo es el rapaz!  
Tiene sangre de Corella  
ques de reyes; ya os ayudo,

porque os quedareis desnudo  
segun sois.

*Fernando.* Es cosa bella  
el ser servido ; ya estoy  
contento.

*Galindez.* Lindo consuelo ;  
que habeis pensado recelo  
que vuestro criado soy.  
Enseñaos, cuerpo de tal,  
y vestios de aquí adelante,  
que no sois ningun infante  
ni persona principal.  
Esas locas gravedades  
no son para gente pobre ;  
oro imaginais el cobre :  
¡ oh qué lindas necesidades !  
Llegá, os pondré la ropilla ;  
negras horas os dé Dios,  
pues no me falta con vos  
cada día una rencilla.  
A las diez os levantais :  
¡ lindo tronera , á fe mia !  
yo os madrugaré otro dia,  
vereis que tunda llevais.  
Aprended, al diablo os doy.  
Ahora bien, aquesto haced,  
tomad la alcuza y traed  
aceite , ques viernes hoy  
y hemos de freir pescado.

*Fernando.* Si ha de llevarme tambien

hoy al Real, será bien  
ir á palacio aceitado.

*Galindez.* ¡Oigan! ¿Ya se le ha metido  
una Reina en la barriga?  
Esto haced, y á esotro siga  
lo que Dios fuere servido.

*Fernando.* No quiero.

*Galindez.* Á fe si os agarro  
que andará la garatusa;  
tomad, y haced con la alcuza  
lo que hicisteis con el jarro.

*Fernando.* No haré, por ques buen agüero  
ver el vino derramado  
y no el aceite.

*Galindez.* Håbeis dado  
(¿ fáltaos más?) en hechizero.

*Váse FERNANDO. Salen VIQUE y CORELLA.*

*Vique.* No sé si el Rey lo acierta,  
en querer que su hijo don Fernando,  
sea públicamente  
por quien es conocido,  
pues con esto despierta  
más la murmuracion.

*Corella.* Imaginando  
que es cosa tan vulgar y tan patente,  
y viendo que lo ha visto  
en palacio la Reina, que desea  
tenerle en su poder para que vea

Si es su hijo, recela que no estreme  
 su condicion, á quien con causa teme.  
 Quiere con este efeto  
 que le tenga por suyo más respeto,  
 y no escuse despues el serle fiera  
 con decir que no supo que lo era.  
 Dice tambien el Rey, que habiendo de irse  
 á Nápoles tan presto  
 á proseguir la guerra comenzada,  
 quiere llevarse el niño, y prevenirse  
 de velle bien criado y bien dispuesto,  
 dándole ejemplos vivos en su espada.

*Vique.* Plega á Dios que lo acierte... pero callo  
 pues siempre en el vasallo  
 ha de ser muda y ciega  
 la obediencia del Rey.

*Corella.* Galindez llega.

*Sale GALINDEZ y dos caballeros de palacio.*

*Cab. 1.º* Aquí están.

*Cab. 2.º* Pues lleguemos :  
 las cosas de la Córte son estrañas.

*Galindez.* ¿ En mi casa, señor, tan buena gente ?  
 de hoy más quedará honrada.

*Corella.* Ya ella lo está.

*Galindez.* Pesada  
 pobreza en ella es grande inconveniente.  
 Tienela desluzida,  
 que en lo demas, hidalgo soy por vida,  
 ( de sangre noble, montañesa toda )



en la cuna, en el trato y en la boda.  
¿Qué se ofrece, señores?

*Vique.* Bien la pintas.

*Galindex.* ¿Hay mucho que gastar? ¿Vienen por cintas?

*Corella.* ¿Qué de vuestro ahijado?

*Galindex.* Por aceite

fué, y habrá de ir por leña,  
harto de mala gana; Rey se sueña.

*Corella.* Y está de serlo un paso.

*Galindex.* El rapacejo  
tiene bravo despejo:  
á todos manda á voces,  
una vez blandas y otra vez ferozes  
y quiere ser servido hasta en la cama.

*Corella.* Lo natural con vehemencia llama,  
mirad si viene.

*Sale FERNANDO con la alcuza.*

*Fernando.* Qué vergüenza tengo.

*Galindex.* Volviérase por Dios si no le tengo.

¿Por qué arrojais la alcuza?

*Fernando.* Muy bien hago,  
pues parecer no quiero  
delante estos señores aceitero.

*Vique.* ¿Qué, señor, es amago?

*Galindex.* ¿No decís que es agüero  
derramar el aceite?

*Fernando.* Derramado

aposta, no es agüero.

*Galindex.* ¿Y mi pescado?

*Fernando.* Llevarele á freillo.

*Galindex.* ¿Dónde, decid por Dios, don rapacillo?  
que ha de andar el azote  
tras vos.

*Fernando.* Mucho me obliga,  
padre.

*Galindex.* ¡Mal haya amen, quien no os castiga!  
Sois lindo picarote,  
despreciais mi pobreza.

*Corella.* Quitad.

*Vique.* Denos la mano vuestra Alteza.

*Fernando.* Si os burlais, si haceis risa  
de mi estado y bajeza,  
sabed, pues os lo advierto,  
que yo no sufro burlas.

*Corella.* Esto es cierto.

*Vique.* Del magnanimo Alfonso sois hechura.

*Corella.* Del Rey sois hijo.

*Galindex.* ¡Vióse tal ventura!  
Siempre le tuve yo por hijo vuestro,  
mas no del Rey.

*Corella.* Lo que es verdad os muestro.

*Fernando.* Entre dudas me veo;  
pero ya no lo dudo, ya lo creo,  
porque nunca he creído  
que en mi fuera posible haber nacido  
de tan bajos despojos.

*Galindex.* Ya vierto la alegría por los ojos.

*Fernando.* Vamos, veré á mi padre.

*Vique.* A caza es ido.

*Corella.* Mientras vuelve, en mi casa entretenido  
estará vuestra Alteza.

*Fernando.* Daros quiero...  
llegad, los brazos.

*Galindez.* Oigan que severo!  
parece autoridad tan prevenida  
de hombre que ha sido Rey toda su vida.

*Fernando.* ¿Cómo se llama aquella dama hermosa  
que me dió la sortija, que es muy bella?

*Corella.* Aunque en secreto, aquella  
es tu madre, señor.

*Fernando.* ¡Notable cosa!  
yo guardaré secreto.  
¿Cuándo la podré ver? Estoy inquieto.

*Corella.* Quizá será esta noche.

*Fernando.* Alborozado  
la esperaré.

*Galindez.* ¡Ah, señor! Quién le ha criado  
¿no merece siquiera  
que le mire?

*Fernando.* Hasta el alma le quisiera  
dar, que no hubiera sido  
dichoso, si no fuera agradecido.  
Venios conmigo con mi madre y todo.

*Galindez.* Tiernamente á servirle me acomodo.

*Corella.* ¡Quién vió en el mundo cosa semejante!

*Cab. 1.º* Plaza, plaza.

*Cab. 2.º* Los coches del Infante.

*Vánse. Salen el REY, con escopeta, D. DIEGO y MONCADA.*

*D. Diego.* Que gallardo tiro; has muerto  
la garza al vuelo.

*Rey.* Acertar,  
quien viene triste á matar,  
parece infelice acierto.  
Quita esa escopeta, quita,  
pues ya me da, como sabes,  
matar al vuelo las aves  
piedad, por tierna, infinita.  
Cuando en el suelo la ví  
brotando sangre del pecho,  
de arrepentido sospecho  
que lágrimas resistí;  
que pudo ser imagino  
ir, cuando al suelo cayó  
á ver su consorte, y yo  
le atajé tan buen camino;  
porque aunque humilde y ajena  
sea la causa, tal estoy  
que con ella ejemplos doy  
y lástimas á mi pena.

*D. Diego.* Diviértete, solicita  
el gusto.

*Moncada.* Vuélvete al ser.

*Rey.* Y eso, amigos ¿puede ser?  
¿puede ser sin Margarita?

*Sale GODIN con una bocina.*

*Godin.* Tu corneta ó tu bocina  
toma, señor, pero guarda  
de ponértela en la boca,  
huyendo de su fragancia  
las narices.

*Rey.* ¿Cómo así?

*Godin.* Menos limpia está que estaba  
por cierta causa que tiene  
estrañezas en la causa.  
Como mandaste volví  
por ella, y á la tornada  
que en mi caballo venia,  
ví salir por esta falda  
del monte un gran javalí,  
tan colmilludo que daba,  
como algunos á las frentes  
á los paladares armas.  
Yo entónces, que tan perdido  
me ví sin dardo ni lanza,  
hícele un gesto, saquele  
la lengua, por Dios tan larga.  
Espantóse, huyó, seguile  
y como no le alcanzaba,  
tomo la corneta, tiro  
y dóile con fuerza tanta  
por debajo de la cola,  
que media corneta hincada,

piensa por donde, corria,  
y como tanto soplaba  
recio, por entrambas puertas  
la delantera y la falsa,  
sonó la bocina tanto,  
que tus monteros que andaban  
esparcidos, corren, llegan,  
al jabalí despedazan ;  
y yo esta nueva te traigo  
sudando, que tambien cansa  
el mentir cuando se inventan  
mentiras galanticadas.

*D. Diego.* Esa es notable.

*Moncada.* Es cruel.

*Godin.* Basta ser mia.

*Rey.* Fué brava.

No ves, don Diego de Melo,  
mira, don Juan de Moncada,  
un águila que arrogante  
tiende á los vientos las alas.  
En el pico lleva, lleva  
una palomilla blanca ;  
¡ qué piedad tan prodigiosa !  
¡ qué rigurosa amenaza !  
parece que está pidiendo  
contra la fuerza tirana  
socorro. El águila muera,  
tiralda todos, tiralda.  
Dame esa escopeta, y yo  
para poder derribarla

hechos plomo daré al fuego  
pedazos de las entrañas.  
¡Válgame Dios! ¿qué secreto  
esto incluye? ¿qué señala?  
al levantar la cabeza  
cayó su sangre en mi cara.

*D. Diego.* La valona ha salpicado.

*Rey.* Y en mi pecho, alborotada  
el corazón me revienta,  
el cabello me levanta.

*(Cae la paloma á los piés del REY.)*

¡Ay cielo!

*D. Diego.* Como si fuera  
racionalmente bizarra,  
echó la presa á tus piés,  
y pomposamente ufana  
hizo alto en aquel cerro.

*Rey.* Este efeto grande causa  
promete: vé, vé á Valencia  
que sólo á tu confianza  
puedo yo fiar, don Diego,  
un cuidado tan de el alma.  
¡Ay mi Margarita! Vete,  
rebienta un caballo, vayan  
mis pensamientos contigo,  
que ellos te darán sus alas;  
y si lo que ha tantos días  
que yo pronostico pasa,  
avisa.

*D. Diego.* Por tí y por mí

iré volando, descansa. (*Vése.*)

*Rey.* Y yo al traslado inocente  
de aquel sol que helando abrasa,  
de mis ojos á mi boca  
daré entre penas palabras.  
Amable avecilla, exenta  
de malicia, reina es  
de las aves y á mis pies  
os puso herida y sangrienta  
el águila; si violenta  
desdicha, pena forzosa,  
pues será, siendo mi esposa  
Reina que al águila imita,  
la paloma Margarita;  
¡y qué sin hiel, y qué hermosa!  
¿Qué decís? decid, hablando  
me responded, pues entiendo  
que me hablará respondiendo  
quien supo hablarme callando;  
y más cuando estoy dudando  
si la sangrienta homicida  
de vuestra inocente vida,  
porque el mal que pronostico  
no callárais, con el pico  
os dió boca con la herida.  
Decid que representais  
su papel, que sangre escribe:  
¿vive, Margarita, vive,  
ó está como vos estais?  
¿no me respondeis? ¿callais?



Pero son lances perdidos,  
 pues turbados mis sentidos  
 entre mis penas feroces,  
 vuestra sangre dando voces,  
 de mis ojos hace oídos;  
 mas qué! vil naturaleza,  
 desmayo? Pues considero  
 que acreditar el agüero  
 es señalar la flaqueza; (*Arrojala.*)  
 suspenderé la terneza  
 que mis miedos solicita.  
 mas ¿qué importa ¡ay Margarita!  
 desmentille la razón  
 con fuerza, si el corazón  
 con impulsos lo acredita? (*Ruido.*)  
 Pero ¡ay Dios! ¿ques aquello?  
 ya sin aliento me hallo,  
 muy infelice es mi estrella:  
 Jimen Perez de Corella  
 plumas pone á los hierros de un caballo,  
 de la silla se arroja,  
 tal, que al golpe atrevido  
 más que arrojado pareció caído.

*Sale CORELLA.*

*Corella.* Alégrate Señor, tu gusto es cierto.  
*Rey.* Por quererme alegrar me hubieras muerto,  
 pues nunca breve nueva

de embajador turbado,  
echa á la buena parte el desdichado;  
dila, dímelo presto.

*Corella.* Ya queda bien dispuesto  
que te vea tu amante.

*Rey.* Y que tan mia.

*Corella.* Dos horas antes que amanezca el dia,  
en cerrando la noche,  
irás con amorosa diligencia  
deste campo de Liria al de Valencia;  
pues de mí acompañado solamente,  
la demás de tu gente  
posible no será que lo atribuya  
á sospecha que en todos es tan tuya.

*Rey.* Preven nuestra partida,  
y los brazos me da; me hallé sin vida  
muerto á las manos de un agüero triste,  
y tú, tú dél pudiste  
sacarme tan en palmas,  
que ya vuelvo á vivir con muchas almas.

*Corella.* Yo haré la prevencion; al sol espera  
que se esconda en su ocaso. (*Váse.*)

*Rey.* Ya en las reliquias de su luz me abraso.  
¡Oh quién tanta amistad con él tuviera  
que con piadoso aliento  
incitara su tardo movimiento!  
¡Oh quién pudiera tanto,  
que á pura fuerza de valor y espanto  
le hiciera, le obligara  
á que se fuera aunque jamás tornara!

¡Ay Dios! ¡qué tiernamente  
voy acechando y viendo,  
si atento á ser quien soy se va escondiendo!  
Irme quiero acercando á su horizonte,  
y pues no vuela en su pesado coche  
echalle encima el manto de la noche.

*Canta dentro un pastor.*

*Canta.*    ¿Dónde vas el caballero,  
          dónde vas triste de tí,  
          que la tu querida prenda  
          muerta es, que yo la ví?

*Rey.*       Válgame Dios ¿quién canta?  
          ¿Es de humana garganta  
          esta voz, ó le da acentos fingidos  
          este horror que le pone en mis oídos?  
          ¿No me dice ques muerta  
          mi amada prenda? Sí, mi muerte es cierta.  
          ¿Quién cantó donde está? ó para ser míos  
          entre peñascos huecos  
          prodigios son las bocas de los ecos?

*Canta.*    Diéronla de puñaladas  
          y de la muerte el buril,  
          trocó la grana y la nieve  
          en un cárdeno albelí.

*Sale CORELLA.*

*Corella.* Señor.

*Rey.* ¡ Ay suerte avara !

*Corella.* Señor.

*Rey.* ¡ Ay desdichado !

*Corella.* Cómo te has alargado  
tanto al monte, por poco no te hallara.

*Rey.* ¿ Y no ves que me hallas  
muerto ?

*Corella.* ¿ Por qué, señor, suspenso callas ?

*Rey.* ¿ No oiste aquella voz ? Mejor lo advierte ;  
¿ no miras que mi muerte  
como cisne, el que canta,  
pronostica con pasos de garganta ?

*Corella.* Señor, valor, ¿ de un rey quien hay que crea  
que se rinda á las sombras de su idea ?  
¿ No ves que es un villano  
quien canta ? escucha bien ; temiste en vano.

*Rey.* Con todo.

*Corella.* Mira, que cantando viene.

*Rey.* Llanto da, llanto llama, horror previene.

*Sale el VILLANO cantando.*

*Canta.* *Las andas que le aperciben  
de ébano son y marfil,  
cubiertas de tela negra  
con una cruz carmesí.*

*Rey.* ¿ Quién te puso en la boca

esas palabras, hombre?

*Villano.* ¿Y qué le toca  
esto á él? arre allá ¿tiene algun rastro  
de ofensa suya? (huir es buen consejo)  
si es un romance viejo  
del Rey Don Pedro y doña Inés de Castro.

*Corella.* Ansi es verdad, señor.

*Rey.* ¡Ay, prenda bella!

*Corella.* Huye el alma á tu agüero

*Rey.* Estoy sin ella,  
pues nunca fué temor menos extraño  
servir de propio ejemplo ajeno daño.

*Corella.* Vamos.

*Rey.* De azogue soy en lo de inquieto  
y de plomo en la pena.

*Corella.* Ya convida  
la negra noche á tu amoroso efeto.

*Rey.* Hasta ver á mi vida  
viéndome en su belleza,  
dando á la confusion la ligereza,  
y al cuidado el sosiego,  
tan abrasante fuego  
daré á mi desatino,  
que brasas pisaré por el camino.

*Vánse. Sale MARGARITA medio desnuda y el cabello  
suelto y una toca sobre él.*

*Margari.* Noche para mí tan ciega  
de tan cobarde y extraño

horror, que me anuncia el daño,  
y hasta el silencio me niega:  
¿quién con tan helado fuego  
dió á su amorosa esperanza  
tan incierta confianza,  
tan desalado sosiego?

Mil veces salí del lecho  
y puse, al ruido incierta,  
los ojos en esta puerta,  
en esta ventana el pecho.

Desde ayer no hay en mi estrella  
agüero que no me aflija:  
la piedra de esta sortija  
saltó sin tocar en ella;  
el espejo ¡ay qué cruel  
desventura! ¡triste yo!  
no sólo se me quebró,  
pero ví una muerte en él;  
toda esta noche sentí  
ahullar un perro; el graznido  
de una lechuza en mí ha sido  
quien clamorea por mí;  
y el Rey no viene. A Fernando  
no he de ver. ¡Ay mi ángel bello  
desde la planta al cabello!...  
Pasos siento, estoy temblando.

*Salen la REINA y BLANCA con una luz.*

*Reina.* Margarita, (ciega voy)  
no te pregunto por qué

estas así, que ya sé  
lo que esperas.

*Margari.* Muerta soy.

*Reina.* Ya yo lo veo : ¡ah traidora!

*Margari.* Mas pues informada estas,  
sabes que el hablar no mas  
fuera tu ofensa, señora.

*Reina.* Eso es engaño.

*Margari.* Es sin duda.

*Reina.* Pues dí, en hora tan perdida  
¿ cómo estas medio vestida  
más lasciva que desnuda?

*Margari.* Por dar disimulacion  
con más fe á mi enfermedad  
en la cama...

*Reina.* ¡Hay tal maldad!

*Margari.* La fingia...

*Reina.* ¡Hay tal traicion!

*Margari.* Saliendo de cuando en cuando  
á verme en luz tan oscura.

*Reina.* ¡Qué infamia!

*Margari.* ¡Qué desventura!

*Blanca.* Ya temiendo estoy temblando.

*Reina.* ¿ Yo no te dije, aunque en vano,  
que de romperme esta ley,  
Margarita, con el Rey,  
moririas por mi mano?  
Pues verás villana...

*Margari.* ¡Ay triste!

*Reina.* Que cumplo...

*Margari.* Mal te informó...

*Reina.* Más bien mi palabra yo  
que tú la tuya cumpliste.

*Margari.* Con él decirme, señora,  
que desta suerte veria  
á Fernando, prenda mia  
y del Rey...

*Reina.* Calla, traidora,  
que no mereció jamás  
tal bien con falsas piedades.  
¿Por que á mis celos añades  
esa envidia que me das?  
Disponte, pues me destruyes,  
á morir.

*Margari.* ¿Templar no puedes  
el rigor?

*Reina.* Si en las paredes  
has de dar ¿para qué huyes?

*Váse retirando y deja los chapines y la toca.*

*Margari.* ¡Señora, tanta crueldad!...

*Reina.* Hasme ofendido.

*Margari.* ¡Ay de mí!  
¿No cabe piedad en tí?

*Reina.* Donde hay celos no hay piedad.

*Entranse dándola y va saliendo el REY.*

*Rey.* ¿Qué habrá sido? escuridades  
camino, navego calmas,



en los hombros de dos almas  
hago pesos mil piedades.  
¡Tan mal recibido estoy  
de mi bien! ¡desdicha mia!  
Pues solamente me guía  
mi estrella, ¡perdido soy!  
La puerta abierta y medroso  
el silencio, la ocasion...  
Mas ¿qué es esto? basas son  
*Tropieza en los chapines.*  
de aquel edificio hermoso.  
¡Válgame Dios! si cayó  
de su estado, caiga el cielo  
sobre mí; si es este velo  
toca suya, ¡triste yo!  
¿Cómo sabré si mi daño  
es cierto? Hacia allí he sentido  
un descompuesto rüido  
de pasos, ¡recelo extraño!  
Una silla arrastran, llego  
pues á esta parte. Esta es puerta:  
los lados de una antepuerta  
me dan luz, si no estoy ciego.  
Entrar quiero ¡cielo santo!  
¿Qué me puede suceder?  
¡Ay que horror! debe de ser  
gran mal, pues le temo tanto.

*Corren una cortina; aparece MARGARITA en el hueco de la puerta con una daga bincada en el pecho y ensangrentada la cara y manos, con dos bachas á los lados.*

*Rey.* Sol de sangrientas nubes eclipsado,  
rígido acero en vos su furia emplea ;  
vos dais con sangre y nieve aliento helado  
que clamando á los cielos vaporea.  
¿Esto es posible en vos ó en mí soñado?  
¿Esta es verdad para que yo lo crea ?  
Dad lugar á que un alma desvalida  
que en mí no cabe quepa en vuestra vida.  
Dejad que asegurando el pensamiento  
bese mil veces vuestra mano helada.  
¿Estais muerta, mi bien ? ¡qué pena siento!  
Pero aunque es vuestra muerte asegurada,  
vivid con las reliquias en mi aliento,  
con mi vida vivid ¡ay prenda amada !  
Pero ¿cómo podré, el alma perdida,  
si no puedo palabras, daros vida?

*Salen D. DIEGO, MONCADA, VIQUE y CORELLA  
con bachas encendidas.*

¡ Oh regia ostentacion , á qué de calmas  
miserables espíritus condenas ,  
pues son por tí , en lo oculto de las almas,  
los disimulos almas de las penas !

¡Oh quién fuera un villano que en las palmas  
llevara mis entrañas como ajenas!  
pero amigos ¿sabeis (dolor extraño)  
quién fué la causa deste injusto daño,  
quién dió tanta ocasion á mis enojos,  
quién turbó tan del todo mi sosiego?  
Todos poneis las lenguas en los ojos.  
Todos callando así atizais mi fuego.  
¿Son estos de lealtad fieles despojos?  
Vos lo sabeis, decid, decid don Diego;  
¿quién puso, con furor tan riguroso,  
mano tan cruel en ángel tan hermoso?

*D. Diego.* Antes correré este velo  
por si en el pesar conformes  
tus ojos y tus oidos  
la congoja te disponen,  
las ternezas te acompañan,  
las desdichas te conocen,  
con la pena no te acaben,  
con el llanto no te ahoguen.  
Cuando te dejé afligido  
llegué, anhelando temores,  
en las alas que me dieron  
tus pensamientos veloces;  
súpolo tu esposa, y luego  
mandó llamarme, y mandome  
que á servilla mi cuidado  
la asistiese aquella noche.

No pude escusarme ¡ ay cielo !  
Fuí con mi pena, y llevóme,  
no digo quien, por no darte  
más causas que te acongojen :  
llevóme en fin, dando en sombras  
lentos miedos pasos torpes,  
á la espalda de tu cuarto  
por donde la vista corre  
de una puerta y de una reja,  
á esos cuatro corredores.  
Allí me entretuvo, estando  
en guarda bien puesta en órden,  
y yo con el corazon  
más negro que muchas noches,  
cuando por la reja ví  
la una fiera, la otra torpe,  
persiguiendo á Margarita,  
la Reina con furia indócil,  
sus celos en el acero,  
en sus entrañas el bronce,  
y ella ¡ ay Dios qué hermosamente !  
pidiendo al cielo favores.  
Hacer pedazos la puerta  
quise ; llegué, reportóme  
su respeto real, en fin,  
con que decoros tan nobles  
hizo en mi corazon plomo  
lo que era en mi alma azogue ;  
y oyéndola que me dijo :  
don Diego ved mis rigores,

porque al ver como es mi agravio  
tambien mi venganza os toque ;  
vuelvo sin vida y la veo  
hacer sus ejecuciones  
en tu cordera, que dando,  
como balidos, clamores,  
mansamente se congoja  
por defenderse ; mas donde  
no aprovecharon ternezas  
mal pudieran defensiones.  
En manos, en rostro y pecho  
la hierre : ¿quién pudo entónces  
ver sobre copos de nieve  
que arroyos de sangre corren ?  
Ansí con mudos suspiros,  
entre desmayadas voces  
dice : « mi hijo encomiendo  
al Rey. » Con estrellas lloren  
esta terneza los cielos  
haciéndose corazones.  
Despues poniendo en la boca  
tres veces el santo nombre,  
que en los pechos la piedad  
y la dulzura propone,  
tan hermosos le dejaron  
sus crepúsculos dos soles,  
que con acabarse el dia  
aun no pudo hacerse noche.  
Ansí en la funesta silla  
donde la viste, la ponen,

porque tú al entrar la veas  
con tal mancilla, y la llores  
como la ves en tu idea  
y en mi relacion la oyes.  
Descompúsose el silencio,  
el palacio alborotóse ;  
los privados de tu casa  
y los grandes de tu corte,  
para que tu enojo amansen  
y tu cólera reporten,  
mandó prevenir la Reina.  
Sus respetos me perdonen,  
porque el callar no es posible  
con la lástima en tu nombre,  
el alma en aquella pena,  
y la vista en aquel norte,  
que descompuso crueldades,  
que ejecutó sinrazones.  
Y aunque diga que sus celos,  
rígidamente feroces,  
provocaron sus venganzas  
y ejercieron sus rigores...

*Rey.*

Y ¡ qué grandes, qué crueles  
cuando el ser me descomponen !  
los de mi venganza sean,  
pues son más justos, mayores.  
Vive Dios que este palacio  
será otro templo ; perdone  
mi compuesta autoridad,  
que no son los reyes robles.

*Vique.* ¿Qué haces? señor, los reyes  
no han de ser como otros hombres ;  
porque son, como en el cielo  
de la tierra el primer móvil ;  
no digo que no castigues,  
pero cuerdo justo y dócil  
prevente de tus consejos  
y haz tus ejecuciones.

*Salen CORELLA, FERNANDO, GODIN y GALINDEZ.*

*Calindez.* Con estas cosas no es mucho  
que Valencia se alborote.

*Godin.* Parecen mentiras mias  
las desventuras que corren.

*Corella.* Cuando, señor, á tus ojos  
este serafin se pone,  
consuélate.

*Rey.* ¡Ay hijo mio!  
¡ con qué varias prevenciones  
pensé recibiros yo !

*Fernando.* Deme la mano : ¿ los hombres  
lloran ?

*Rey.* Vuestra madre es muerta.

*Fernando.* ¿ Quién la mató ?

*Rey.* Los atroces  
hados mios.

*Fernando.* Esc llanto  
ya es á la causa conforme ;

dejadme verla.

*Rey.* Esperad,  
no lloreis, no me congojen  
á un tiempo vuestras ternezas  
y mis pesares mayores.

*Salen la REINA y ELVIRA.*

*Moncada.* ¡Qué severidad tan grande  
de mujer!

*Rey.* Nudos me ponen  
mis palabras en la boca  
y en el pecho mis acciones.

*Reina.* Señor, no vengo á tus piés  
á que mi ofensa perdone,  
sino á que en mis celos veas  
que son mis culpas menores.

*Rey.* ¿Qué he de hacer si es esta fiera  
mi enemiga, y ser propone  
otro yo? En el alma tengo  
terribles oposiciones.  
Levantad, Reina, pensando  
que aunque la pena os perdone,  
no la culpa, pues por grande  
todo el corazon me rompe.  
Muerta Margarita, y vos  
viva, en mi ausencia conformes  
sereis, piadoso castigo  
á delito tan enorme.  
No he de veros en mi vida



aunque mis hazañas borre,  
 pues me obligan mis agravios  
 y me vencen mis pasiones;  
 no he de veros en mi vida  
 yendo á Nápoles, á donde  
 si de conquistalle acabo,  
 su corona haré que goce  
 mi Fernando, comun prenda  
 de dos muertos corazones.  
 Vos, gobernad á Aragon,  
 pues todo el mundo conoce  
 que sabreis, como matarme,  
 gobernar mil Aragones.  
 ¡Así no tuviérais celos  
 tan crueles, tan feroces!

*Vique.* ¿Quién vió en un Rey más cordura?

*Moncada.* ¿Quién vió venganza más noble?

*Fernando.* No se aflija, padre mio.

*Rey.* ¡Qué ternezas!

*Corella.* ¡Qué pasiones!

*Reina.* ¡Señor!

*Rey.* Dejádme, dejádme  
 que me vaya donde llore  
 un sol que nació en mis ojos  
 y en mis desdichas se pone.

*Reina.* Y yo mi arrepentimiento  
 lloraré. ¡Ah celos traidores!  
 matadme.

*Rey.* ¡Ay cielos piadosos!  
 templad tan pesados golpes.

*D. Diego. La tragedia por los celos*  
aquí se acaba, señores,  
cuya historia verdadera  
pide á sus faltas perdonos.

*Laus Deo; acabóla don Guillen de Castro, en Madrid  
a 24 de Diciembre de 1622 años, para Antonio de  
Prado. Sacóse del verdadero original fielmente y está  
á la letra con él.— ANTONIO LOPEZ DE LAMADRID.*

He visto esta comedia intitulada la TRAGEDIA POR LOS CELOS de mandado del Sr. Vicario general, y no hay en ella cosa contra nuestra santa fé católica, y así se le da licencia para que se represente. En Pamplona, á 11 de Noviembre de 1628 años.  
—D. JUAN DE VELASCO.



**QUIEN NO SE AVENTURA**

## PERSONAS.

LA PRINCESA.

LA INFANTA.

ISABELA.

EL INFANTE DE ARAGON.

DUQUE DE MÁNTUA.

RAMIRO, *gracioso*.

EL REY DE SICILIA.

ENRIQUE, *criado*.

EL PRÍNCIPE DE ALBANIA.

EL DUQUE DE FERRARA.

DOS CRIADOS.



## QUIEN NO SE AVENTURA

---

### JORNADA PRIMERA

*Salen el* INFANTE DE ARAGON *y* RAMIRO, *criado.*

*Ramiro.* ¡Qué loco amor!

*Infante.* No es locura,  
si no...

*Ramiro.* ¿Qué?

*Infante.* Un conocimiento  
con que obliga un pensamiento  
la fuerza de una hermosura ;  
una razon conocida,  
con el gusto consultada,  
en el valor apurada  
y en el ánimo atrevida ;  
una inclinacion que entiende  
lo que abona , y se asegura  
del peligro que aventura  
por la gloria que pretende ;  
y en fin, es para que obligue  
quien ama á quien le desvela,

una esperanza que vuela,  
y un deseo que la sigue.

*Ramiro.*

¿Y qué será el ver estar  
á esa esperanza importuna  
contrapuesta la fortuna  
con su mazo de apretar?  
¿Qué será el haber corrido  
tantas tierras, tantos mares,  
descompuesto en los pesares  
y en los trabajos perdido?  
¿Qué será el ver que te obliga  
al exceso de esta empresa  
de Sicilia la Princesa,  
que es tu mortal enemiga?  
El pretender su belleza  
habiendo muerto á su hermano,  
cuando promete la mano  
á quien le dé tu cabeza,  
¿qué será? Y haber pasado  
en Mántua ya tãn perdido,  
que con sólo ese vestido  
vas siguiendo tu cuidado,  
¿qué será? Y ¿con qué razon  
podrá, aunque apasione alguna,  
verse en tan baja fortuna  
un Infante de Aragon?

*Infante.*

Con mirar la causa sola, (*Saca un retrato.*)  
en mi opinion infinita,  
que mi esperanza acredita  
y mi deseo acrisola.

¡ Ay Princesa ! pues mirando  
os doy el alma que os dí,  
responded, hablad por mí,  
pues tanto decís callando ;  
á mi disculpa le dad  
vuestro agrado y vuestro impulso.

*Ramiro.* Bien por Dios, tocalde el pulso,  
vereisle la enfermedad.  
¿ Hay amor tan mentecato ?  
¿ hay tal gusto, hay tal exceso,  
que pueda quien tiene seso  
perdelle por un retrato ?  
De más de que en él conviene  
con la lisonja el pintor,  
¿ puede haber alma en amor  
de cosa que no la tiene ?  
Si la que en él se figura  
es necia, si huele mal,  
ó no tiene buen metal  
de voz que es otra hermosura ;  
si está, que podria ser  
por algunos accidentes,  
la tal cabeza sin dientes,  
ó es coja la tal mujer ;  
si fuese tan desairada  
que el vestido le cayese  
de un lado y otro ; si fuese,  
ojitaerta, ó corcobada,  
y si fuese la mitad  
de corcho, al andar cobarde ;



y si fuese (Dios nos guarde)  
 sucia, insufrible fealdad,  
 ¿qué tal viniera á quedar  
 quien por un palmo pintado  
 de cara hubiera pasado  
 peligros de tierra y mar?

*Infante.* ¡Ay mi bien! ¡Ay prenda amada!

*Ramiro.* Ya del extásis volvió.

*Infante.* Yo he de morir ó ser yo  
 tu esposo.

*Ramiro.* No es casi nada.

¿Búrlaste? ¿en eso porffás  
 cuando los tiempos te ofrecen  
 aventuras que parecen  
 de andantes caballerías?

Cuando en Mántua no tenemos  
 para vivir que comer,  
 ¿cómo podrás emprender  
 tan difíciles extremos?  
 ¿A qué al palacio veniste  
 del Duque? ¿A qué aspiras?

*Infante.* Muero

de amor, que decirte quiero  
 lo que hasta aquí no supiste.  
 Ya ves que en Mántua supimos  
 que desde que yo de España  
 me partí, y hallé en los tiempos  
 dilaciones y desgracias,  
 la Princesa de Sicilia,  
 que es mi anemiga adorada,

de su hermano á quien maté  
deseando la venganza,  
publicó que á quien le diese  
mi cabeza, señalaba  
por premio el dalle la mano  
de esposa ; dichosa hazaña,  
que tales glorias promete  
si tales dichas alcanza.  
Señaló de plazo un año  
á quien mi cabeza traiga  
á su poder en Sicilia  
donde luzgan sus venganzas ;  
pero si fuese imposible,  
con el mismo premio paga,  
al que probare haber hecho  
más atrevidas, y varias  
diligencias para velle  
logradas sus esperanzas.  
Con esto, agora que el año  
que dió de plazo se acaba,  
como por ausencia mia  
ninguno empleó la espada  
en cortarme la cabeza,  
van los que tuvieron causa  
de pretender la Princesa  
á Sicilia, donde allana  
el Rey su padre el camino  
para que las pruebas hagan  
de quien con más diligencia  
en el fin de esta demanda

la sirvió, porque ese sea  
su esposo.

*Ramiro.* Amadis de Gaula  
debió de dar con su ejemplo  
la inventiva de esa traza.

*Infante.* Vengamos al caso agora.  
Entre príncipes de Italia,  
y de otros reinos tambien,  
ha sido el Duque de Mántua  
uno de los pretensores,  
y prevenciones extrañas  
hace para ir á Sicilia;  
y yo tengo quien las haga  
de que por criado suyo  
me lleve á mí, con que paga  
mi amor á la industria mia  
el fin de mi confianza.

*Ramiro.* ¡Válgame Dios, que eso puedan  
las pasiones! ¿Qué te engañan  
no conoces? Si te acuerdas  
que el ser heredero aguardas  
de Aragon, ¿qué te aventuras?  
Pues el seso que rematas  
te lleva entre tus contrarios  
donde te suceda...

*Infante.* Calla  
que sale el Duque, y á quien  
tiene amor en toda el alma  
ni razones le convencen,  
ni peligros le amenazan.

*Sale el DUQUE DE MÁNTUA con dos criados.*

*Duque.* Hágase demostracion  
que diga con mi grandeza,  
ya que no con la belleza  
que alienta mi pretension.  
Sepan todos, pues yo quiero  
con el fin de mi partida,  
dalle al alma nueva vida,  
el gusto con que la espero.  
Las acémilas cargadas  
cuente el sol con las estrellas,  
y baje á ser una de ellas  
el norte de mis jornadas ;  
el oro de mis blasones  
brillando en los reposteros  
dé á los reinos extranjeros  
reflejos de admiraciones ;  
mis españoles caballos  
tanto en su dueño confien,  
que á los del sol desafien  
cuando se pare á mirallos ;  
quede Italia alborotada  
para quedar vencedora,  
por mi emulacion agora,  
como hasta aquí por mi espada ;  
mis galeras en el puerto  
me esperen, en cada una  
de otro César la fortuna,  
de otro Ulises el esfuerzo,

porque en viéndome fiar  
del agua los pensamientos,  
con aplauso de los vientos  
se haga de leche la mar;  
flámulas y banderolas,  
y hasta el mismo gallardete,  
por si celos me promete  
lo azul claro de las olas,  
vistan mi verde librea,  
pero sólo de los remos  
vistan verdes los extremos.  
Pero todo verde sea,  
para que así en confianzas  
de las marinas espumas  
parezcan las velas plumas  
que llevan mis esperanzas;  
y acompañenme criados  
para esto prevenidos,  
galanes en los vestidos,  
y en los talles extremados,  
que es lo que da más honor,  
más ostenta y más agrada  
al lustre de una jornada  
y á la casa de un señor.

*Criado.* De nuestros cuidados fia  
tus gustos.

*Duque.* Así lo espero.

*Cria. 2.º* Un español caballero  
hablarte, señor, querría.

*Duque.* ¿Es por quien me hablaste?

*Criado.* Él es.

*Duque.* Llegue que honrralle me toca.

*Infante.* Como á mí el poner mi boca  
en lo que pisan tus piés.

*Duque.* Levanta.

*Infante.* Deme tu Alteza  
la mano.

*Duque.* En mi cortesía  
tu española gallardía  
da indicios de tu nobleza.  
¿Quién eres?

*Infante.* Un español,  
si noble, tan desdichado,  
que desdichas he contado  
con los átomos del sol.  
Por cierta desgracia honrosa  
salí siguiendo mi estrella  
de España, dejando en ella  
llorando la causa hermosa;  
y apurando mis pesares  
con su memoria y sin mí,  
entre infortunios corrí  
mucha tierra y muchos mares.  
Dió en tus costas al través  
la nave en que yo venía,  
porque en la pobreza mia  
llegó á extremarse despues;  
y guióme la opinion  
de tu generosa alteza  
sabiendo con la grandeza

que parte á su pretension,  
 á suplicarte, obligada  
 tu generosa piedad  
 de mi cierta adversidad,  
 que contigo á esta jornada  
 me lleves por tu criado,  
 seguro de que he tenido  
 tanto y más de bien nacido  
 que tengo de desdichado.

*Duque.*

¿Cómo te llamas?

*Infante.*

Don Diego

de Aragon.

*Duque.*

Bien tu linaje  
 se ve en tu cuerdo lenguaje  
 y en tu brioso sosiego;  
 y cuando justo no fuera  
 estimar tu calidad  
 por grandeza y por piedad,  
 por inclinacion lo hiciera.  
 En mi casa te recibo  
 y mi favor te prometo.

*Infante.*

Beso tus piés, que ese efeto  
 como la causa es altivo.

*Duque.*

Dénle para esta partida  
 á Don Diego de Aragon  
 cuanto pide la ocasion,  
 que no digo cuanto él pida,  
 porque no quiero obligalle  
 á pedir poco, y tambien  
 por que quiero que le den

lo que sé que debo dalle.

*Infante.* ¿Medido con tu grandeza,  
qué será?

*Duque.* Medir querría  
tu discreta cortesía  
con mi franca gentileza.

*Infante.* ¿Quién es el que te acompaña?  
En mi casa se crió  
y á mi lado.

*Ramiro.* Tambien yo  
soy bien nacido en España,  
y hombre soy que por lo ménos,  
si no dichas, tengo brios  
para ejercitar los míos  
sin abatir los ajenos.  
Soy quien junta la hidalguía  
del decir, con el hacer;  
soy quien deja de tener  
porque dió lo que tenía;  
soy quien puede, aunque á pesar  
de la usanza, no admitir  
el atreverme á pedir  
que no fuere para dar;  
soy quien trae por los cabellos  
con propio gusto de oillos  
donaires para decillos,  
pero no para vendellos;  
soy quien tiene por primor  
el salir con ser gracioso;  
mas no empleo en ser chismoso



el preciarme de hablador ;  
 soy quien jamás dando efeto  
 al rigor ó á la piedad,  
 vestir supe una verdad  
 ni desnudar un secreto;  
 y en fin, soy quien poco á poco,  
 pasando el frágil raudal  
 del engaño natural,  
 he sabido que sé poco.

*Duque.* Con esa sola certeza  
 pienso yo que sabes mucho.

*Ramiro.* Desvanecido te escucho.

*Infante.* Prométole á vuestra alteza  
 juez para todo capaz,  
 pues sobre ser bien nacido  
 es industrioso, entendido,  
 determinado y sagaz,  
 y hombre de tal confianza,  
 que en ella seguros veo  
 para lograr un deseo  
 los pasos de una esperanza;  
 y cualquiera merced tuya  
 merece.

*Duque.* Quiero emplear  
 la primera, que es fiar  
 de la diligencia suya  
 una cosa harto importante.

*Infante.* Bien puedes.

*Ramiro.* Servirte espero.

*Duque.* Que vaya á Sicilia quiero

y de todos se adelante,  
pues no siendo conocido  
de nadie por mi criado,  
podrá saber en qué estado  
está este bien pretendido  
en mi adorada Princesa.

*Infante.* Y en mi enemiga {adorada. (*Aparte*).

*Duque.* Y daráme en la jornada  
avisos para la empresa,  
llevando mis instrucciones  
que den á sus diligencias  
conformes inteligencias  
y acertadas ocasiones.

*Ramiro.* Mi deseo me hará ser  
otro Ulises.

*Duque.* Yo lo creo.

*Infante.* Y yo abono su deseo.

*Duque.* Ya le puedo agradecer.  
Ven, Don Diego, mi privanza  
ya tu estrella te previene,  
porque imagino que tiene  
con la mia semejanza.

*Infante.* Ya la tengo por dichosa,  
pues dejo el ser desdichado.

*Ramiro.* Muy ciego va tu cuidado.

*Infante.* Es la causa muy hermosa.

*Ramiro.* Plega á Dios que no te lleve  
á la muerte esa hermosura.

*Infante.* No ama quien no se aventura  
ni alcanza quien no se atreve.

*Vánse, y sale el REY DE SICILIA y la PRINCESA y la INFANTA LEONORA, su hermana.*

*Rey.* Princesa, ya hemos llegado  
á la víspera del día  
en que tu dicha y la mía  
merezca mejor estado;  
ya hija ocasión es esta  
que previene el regocijo,  
ya, pues tu hermano y mi hijo  
tantas lágrimas nos cuesta,  
alivia mi pesadumbre  
con más alegre semblante.

*Princesa.* Tiene el alma vigilante  
la tristeza en la costumbre;  
y así yo cuando querría  
alegrarme, pues tu alteza  
gusta de ello en mi tristeza,  
vuelvo á dar con mi alegría;  
porque, señor, si he tratado  
de casarme, aunque es tan justo,  
no fué por seguir mi gusto,  
si no tu razón de estado;  
y así porque en mi esperanza  
vean todos que mi intento  
fué el hacer mi casamiento  
para lograr tu venganza  
de no ser, como es razón,  
mi esposo, quien mi tristeza

alivie con la cabeza  
del infante de Aragon ,  
al probar los pretendores  
que esfuerzan esta querella  
cuál hizo para traella  
las diligencias mayores,  
porque se vea cuál es  
más digno de mi persona,  
pues á mí no me apasiona  
otro ningun interés,  
quiero que mi hermana sea  
la que juzgue y la que elija.

*Rey.* En tus pensamientos, hija,  
el mundo mis glorias vea.

*Princesa.* De tu mucha discrecion,  
hermana, mi honor confio.

*Leonora.* Tuya soy (consejo es mio  
aquella resolucion). (*Aparte.*)  
Despues de besar tu mano  
una merced tan cumplida  
aceto.

*Princesa.* Diera la vida  
por vengar la de mi hermano.

*Sale EURICO.*

*Eurico.* El de Ferrara ha llegado  
á vista de la ciudad,  
y el de Albania.

*Rey.* Caminad

al puerto, que me ha obligado  
 el ir yo al recibimiento  
 suyo, y en este lugar  
 podeis los dos esperar  
 á las lisonjas del viento  
 que estos jardines recrea,  
 para que aquí, como acaso,  
 puedan veros tan de paso  
 que quien os mire no os vea.

*Vánse, quedándose las dos.*

*Princesa.* Ya Leonora, hermana mia,  
 pendiente de tus consejos  
 está mi esperanza.

*Leonora.* Y ya  
 voluntad y entendimiento  
 voy empleando en servirte.

*Princesa.* Pues tan en su puesto veo  
 esas dos cosas en tí  
 y tan de mi parte, es cierto  
 que aliviarás mis cuidados,  
 si no logro mis deseos.

*Leonora.* Pues en esa confianza  
 has de alegrarte.

*Princesa.* No puedo ;  
 porque esta venganza mia  
 me da voces en el pecho.

*Leonora.* Tuya la llamas no más.  
 ¿ No fué nuestro hermano el muerto  
 y yo tambien la ofendida ?

*Princesa.* Aunque lo sabes, direlo :

Cómo el de Aragon trataba  
conmigo su casamiento,  
cuando mató á nuestro hermano  
y á mí me perdió el respeto  
más que á todos, así yo  
con más razon le aborrezco  
más que todos, y me toca  
á mí en el lugar primero  
esta venganza, que llamo  
sólo mia y á quien debo  
las diligencias que hago  
y los pesares que tengo.  
Daria, hermana, por ver  
del aragonés soberbio  
en mis manos la cabeza,  
el corazon donde llevo  
la memoria del agravio  
y la rabia del deseo.

*Leonora.* Sosiégate que algun dia  
le lograrás.

*Sale ISABEL, dama.*

*Isabel.* El espejo  
te está esperando, señora.

*Princesa.* Déjame, verme no quiero,  
pues no me veo, vengada.

*Leonora.* Vé, que tienes descompuestos  
al viento de los jardines  
los rizos de los cabellos ;

vé, por mi vida.

*Princesa.* Si haré,  
que es muy grande el juramento.

*Leonora.* Avisaráte Isabela  
si tardas.

*Princesa.* Volveré luégo.

*Leonora.* Oye Isabela.

*Isabel.* Señora,  
disimulos y desvelos  
veo en tí; ¿qué tienes?

*Leonora.* Voy  
apurando el sufrimiento.  
Yo, Isabel, há muchos días  
que tengo los pensamientos  
por el gran duque de Mántua  
abrasados y ligeros;  
en sus pintadas figuras  
mis turbados ojos vieron  
su talle, su gentileza,  
sus galas y sus trofeos;  
y en la boca de la fama  
ví su grandeza, su ingenio,  
lo apacible de su trato,  
y lo bravo de su esfuerzo.  
Tras esto, amiga, mirando,  
tras esto, Isabela, viendo  
que es pretensor de mi hermana  
y que viene para serlo  
con prevenciones tan grandes  
á Sicilia, y en Palermo

con los demás pretendientes  
se junta á esperar el premio  
de mi padre prometido  
y de mi hermana; recelo  
que el escogido no sea,  
pues será entre todos ellos  
quien lo merezca mejor  
para que yo quede ardiendo  
en los hielos de mis penas  
y en las trazas de mis celos;  
y así aconsejé á mi hermana  
que por mostrar con ejemplos  
que en venganzas y no en gustos  
se fundaban sus deseos,  
me hiciese juez á mí  
de estas causas, advirtiéndome  
que por más aseguralla  
cuando venga el duque espero  
poner en la industria atajos  
y en los atajos rodeos,  
para probar mi fortuna  
si es dichosa; y para esto  
tu favor he menester,  
tu amistad y tu secreto,  
y si logro mi esperanza,  
como piadoso trofeo  
de los milagros de amor,  
he de colgalla en su templo.

*Isabel.*

Tuya soy.

*Leonora.*

Calla, que Enrico



viene aprisa.

*Isabel.* Ya le veo.

*Leonora.* Vé, pues, y avisa á mi hermana.

*Isabel.* Voy volando.

*Leonora.* Alegre quedo,  
pues dá el sol en el camino  
donde puso el pensamiento,  
y es amor tan de mi parte  
que por mi norte le llevo.

*Sale ENRICO.*

¿Qué hay, Enrico?

*Enrico.* Mi señora,  
que parece que en Palermo  
con la luz de muchos soles  
la tierra se vuelve cielo.  
Como si se concertaran,  
llegaron casi en un tiempo  
dos pretendores famosos  
de nuestra Princesa; fueron  
el gran Príncipe de Albania  
y el de Ferrara, que habiendo  
sabido el uno del otro  
que estaba cerca, quisieron  
competir en cortesías.  
Sobre cual de ellos primero  
entraria hubo embajadas  
por las cuales convinieron  
que entraran juntos los dos.

Juntáronse á poco trecho  
de Palermo, á cuyas puertas  
esperaba el Rey, poniendo  
á la autoridad aplauso  
y al alborozo silencio ;  
y al comenzarse la entrada  
me mandó venir, y vengo  
á que vuestras dos Altezas  
esperen en este puesto  
disimulando el cuidado,  
porque así el favorecellos  
á estos dos príncipes sea  
cortesía sin exceso.

Mi señora la Princesa  
viene ya, y llega con ellos  
el Rey por estotra parte,  
y el sol pienso que en los cielos  
se esparce para alumbraros  
y se pára para veros.

*Salen por una puerta la PRINCESA, ISABELA, y por  
otra el REY, el PRÍNCIPE DE ALBANIA y el DUQUE  
DE FERRARA, y gente.*

*Albania.* Son babilonios pensiles  
estos jardines.

*Ferrara.* Son bellos.

*Rey.* Pues no llevan malas flores.

*Albania.* Son soberanos extremos.

*Ferrara.* Son del cielo maravillas.

*Rey.* Princesa infanta, ya espero  
que me ayudeis á estimar  
destos Príncipes excelsos  
la más dichosa llegada.

*Ferrara.* Pondréme á sus piés primero.

*Rey.* El de Ferrara, Princesa.

*Princesa.* ¡Jesus! ¡qué notable exceso!  
levántese vuestra Alteza.

*Albania.* Poco haré yo si no beso  
lo que pisan vuestras plantas.

*Princesa.* Excesivos cumplimientos  
ofenden las cortesías,  
señor.

*Leonora.* Pues mi hermana ha hecho  
por las dos lo que debia,  
sin obligaciones quedo.

*Rey.* Hasta salir del jardin  
mis hijas acompañemos.

*Albania.* ¡Qué breve será el camino!

*Ferrara.* ¡Y qué limitado el tiempo!

*Vánse y salen el DUQUE DE MÁNTUA, el INFANTE DE  
ARAGON y los dos criados del Duque.*

*Duque.* ¡Que felice navegar!

*Infante.* Los vientos se han prevenido  
y tus galeras traído  
como en sus brazos el mar.  
Cila y Caridis, capaces  
de razon y de remedio

viéndote á tí de por medio  
parece que hicieron paces.

*Duque.* No quiero entrar en poblado;  
armen tiendas por las faldas  
de este monte, con guirnaldas  
de laureles coronado.

¿Qué está Palermo de aquí?

*Criado.* Treinta millas.

*Duque.* Bien hicimos,  
que aquí á Ramiro dijimos  
que volviese.

*Infante.* Señor, sí.

*Duque.* Mucho tarda.

*Infante.* Aún no ha tardado  
si te sirve en lo que importa;  
mas no hay esperanza corta  
en un pecho enamorado.

*Duque.* Bien dices: ¿hay pena igual  
como el esperar en quien  
quiere bien?

*Infante.* Quien quiere bien,  
cuando espera tiene el mal;  
y así aumentando el pesar  
que con piés de plomo pasa,  
con fuego de nieve abrasa  
el temer al esperar.

*Duque.* De su loco devaneo  
mucho sabes.

*Infante.* En mí ha sido  
un letargo del sentido

y un azogue del deseo.

*Duque.* ¿Segun eso enamorado  
has estado?

*Infante.* A Dios pluguiera  
que solamente sintiera  
la pena de haberlo estado.

*Duque.* ¿Luégo estáslo?

*Infante.* Y con tal brio,  
que ha llegado á ser exceso,  
y en el buen ó mal suceso  
de tu amor consiste el mio.

*Duque.* ¿Pues cómo ó por qué?

*Infante.* Señor,  
porque segun el estado  
en que quede tu cuidado  
emplearé tu favor;  
pues tal podria quedar,  
que no me deje atrever  
á pedirte tu poder  
por remedio á mi pesar.

*Duque.* Dímele luégo, que es justo,  
y mis favores espera,  
que en la amistad verdadera  
siempre está dispuesto el gusto.  
Yo te la tengo, confía  
de mí.

*Infante.* Con tal confianza  
logra agora tu esperanza  
y despues sabrás la mia;  
y dame los piés agora.

*Duque.* Mucho estimo lo que vales.

*Infante.* ¡ Oh amor! en pechos reales  
haces la intencion traidora.  
Señor, pienso que se apura  
el amor de la Princesa  
mucho en tí para esta empresa.

*Duque.* Aunque es gusto no es locura.  
Quiérola por eleccion  
pero no por influencia;  
mas como á la competencia  
alienta la emulacion,  
me desvelo cuidadoso  
por verme con sus favores  
entre tales pretendores  
escogido y vitorioso.

*Infante.* Tu buen pensamieuto alabo  
y al mio le doy aliento.

*Criado.* Señor, á pesar del viento,  
galeras doblan el cabo.

*Duque.* Serán las de Barcelona  
que yo aquí espero dos dias,  
pues como si fueran mias  
aseguran mi persona,  
que es el conde muy mi amigo.

*Criado.* Un hombre desembarcó  
de una falúa.

*Duque.* Y creo yo  
que es Ramiro.

*Infante.* Y yo lo digo,  
y me doy mil parabienes,

porque tuve imaginado  
que era poco su cuidado  
para el mucho que tú tienes.

*Sale* RAMIRO.

*Ramiro.* Dame los piés.

*Duque.* Alza... mucha  
fué tu diligencia.

*Ramiro.* Fué  
de servirte. Si acerté  
como deseaba... escucha.  
Llegué á Palermo, señor,  
y por poner diligencia  
en servirte, ejecuté  
una grande estratagema  
que en la cabeza traía  
perfeccionada y dispuesta.  
Sobre un saco de sayal  
ceñido con una cuerda,  
me puse un rosario al cuello  
con su cruz y calavera.  
Fingí macilento el rostro,  
porque siempre se alimentan  
de fingidas santidades  
las engañosas cautelas.  
Fuí los tres dias primeros  
pidiendo de puerta en puerta,  
publicando que venía  
de adorar la santa tierra

del gran sepulcro de Cristo,  
refiriendo lo que en ella  
ví, peregriné y sufrí  
de trabajos y de penas,  
con las mayores mentiras  
que en un garito digera  
un cortesano hablador  
contando alguna pendencia.  
Dí en predicar los temores  
de las regiones funestas  
con gritos de cuando en cuando  
que hacían temblar la tierra.  
De los públicos pecados  
dí apasionadas querellas,  
y al de la venganza más  
le apuré la inteligencia;  
especialmente en un Rey  
que daba por premio della  
de su hija el matrimonio,  
sacramento de la iglesia;  
y más cuando yo sabía  
de mis ojos con certeza  
que el infante de Aragon  
en los confines de Grecia  
hacía entre ásperos montes  
vigilantes penitencias.  
Aquí tan furiosamente  
les dí á los gritos la fuerza,  
que en mi cuello una maroma  
parecía cada vena.



Con esto, entre exclamaciones,  
libertades y promesas  
de mis oraciones, llantos,  
disciplinas y abstinencias,  
tanta gente me seguía  
y abonaba, que pudiera  
ser un segundo Mahoma  
por inventor de otra secta.  
Pasó hasta el Rey la palabra  
y quiso verme. Aquí vieras  
que ya en mí la hipocresía  
pareció naturaleza,  
porque llegué con el cuello  
torcido, la voz enferma,  
y en los penitentes pasos  
cobardes intercadencias.  
Tendíme del pié al cabello  
como haciéndole la venia  
de fraile penitenciado  
en sus rectorias mesas.  
Él mismo me levantó  
con tan grande reverencia,  
como si yo fuera un santo,  
y aún yo creí que lo era.  
Tanto puede un embeleso  
de una fingida apariencia,  
que con mentiras engaña  
al mismo que las inventa.  
Examinó mis viajes,  
mis obras, mis experiencias,

y á todo le respondia  
como si oráculo fuera  
con equívocos notables,  
levantando la cabeza  
á mirar lo que decia  
como escrito con estrellas.  
Preguntóme del Infante  
de Aragon, y con más veras  
si era cierto haberle visto.  
Respondíle que lo era,  
porque le ví mentalmente  
correr por las asperezas  
de los montes, y habitar  
lo profundo de las cuevas.  
Suspendióse y envióme  
á su hija la princesa  
que de verme gustaria.  
Fuí por instantes, y halléla  
con Leonora, hermana suya  
menor, pero no en belleza,  
porque más bella ninguna  
es posible que lo sea.  
Usé los términos mismos  
que con su padre, con ellas;  
y de los lances primeros  
atrevime, prediquélas,  
sí con grande desenfado,  
con mayor impertinencia:  
estilo muy propio en todos  
los que ignoran lo que enseñan.

Tras esto ví fácilmente  
que tenía la princesa  
á la invencible venganza  
la devocion contrapuesta ;  
porque la ví las mejillas  
de nácar, correr por ellas  
de los ojos á la boca,  
como á su centro, las perlas.  
Yo entónces, como el intento  
principal que á estratagemas  
semejantes me obligaba,  
era saber de ella mesma  
leyéndole las entrañas  
si ponía en vuestra Alteza  
el gusto del pensamiento,  
con voz más baja y más tierna  
mudé estilo, y preguntele,  
para que con paz se hiciera  
su gusto y las bodás, cual  
de sus pretendientes era  
á quién se inclinaba más.  
Con una cólera inmensa,  
me atajó, diciendo : á mí  
sólo venganzas me llevan,  
y no gustos, á querer  
esposo ; y para que vea  
el mundo verdad tan clara,  
quien me traiga la cabeza  
del infante de Aragon,  
ó quien mayor diligencia

haya hecho por poder  
debajo mis piés ponella,  
será mi esposo; y mi hermana  
quiero que juzgue cual sea  
el que mereciere más,  
para que á mi no me tengan  
por mujer que me apasiono  
más de las memorias tiernas  
de un hermano que perdí.  
Con esto, como una fiera  
se fué y me dejó perdido  
aguijando hácia las puertas,  
porque no fuesen ventanas  
las que salida me dieran.  
Entraron á esotro dia  
por Palermo en competencia  
el de Albania y de Ferrara  
con ostentacion soberbia;  
y publicóse despues  
que de aquellas causas era  
júez la infanta Leonora,  
porque de su mano pueda  
á su hermana darle esposo  
dentro en dos meses, que llega  
el plazo que señaló  
para que á Palermo vengan  
sus pretendores, á donde  
sea el que más la merezca  
con eminencia escogido  
y estimado con terneza.

Esto supe y esto hice  
por servirte : si el que hierra  
por acertar tiene culpa,  
si erré yo, castigo tenga.

*Duque.* Hasme obligado, Ramiro,  
aunque es infelice nueva  
la que me das, pues lo es mucho  
el obligarme á que venga  
donde una mujer me premie  
lo que otra me agradezca;  
demás de que es fuerte cosa  
el ponerme en contingencia  
de que me admita sin gusto,  
si por eleccion me lleva.

*Infante.* Eso es sin duda, señor ;  
pero la industria es maestra  
que allana dificultades  
enseñando providencias.

*Duque.* ¿Cómo así?

*Infante.* En un pensamiento  
dí notable, y, porque fuera  
provechoso, le ayudara  
con la sangre de mis venas.  
Pues tienes tantos criados  
que cualquier de ellos pudiera  
representar un señor  
en el trato y la presencia,  
escoge entre todos ellos  
quien con más partes y prendas  
finja un príncipe, tu amigo,

que solamente desea  
 su parte en esta jornada,  
 sin que competir pretenda  
 contigo y con los demás;  
 que si éste tal galantea  
 y sirve á Leonor, la infanta,  
 no pongo duda en que pueda  
 lisonjealla el cuidado  
 para obligalla á que sea  
 tan de tu parte, que dé  
 en tu favor la sentencia.

*Duque.* Bien dices; ¿y quién, don Diego,  
 hay que más señor parezca,  
 que tú en todo cuanto dices,  
 cuanto tratas, cuanto piensas?

*Infante.* Si eso te parece á tí  
 soy tu esclavo.

*Duque.* Sólo resta  
 pensar de que casa y nombre  
 será más propio que sea  
 este príncipe fingido.

*Infante.* Pues te envia sus galeras  
 el Conde de Barcelona  
 y tan tu amigo se muestra,  
 fingiré yo que soy él;  
 y luégo á mi cargo deja  
 las demás dificultades  
 que para el caso se ofrezcan.

*Duque.* Dices extremadamente,  
 dame mil abrazos, llega. (*Disparan.*)

*Criado.* Las galeras hacen salva  
de Barcelona.

*Criados.* Y las nuestras  
las responden.

*Duque.* ¡Alto! pues.  
Avisen con otra pieza  
que me embarco, y por instantes  
mandad que toquen á leva.

*Infante.* Guia amor mis pensamientos.

*Ramiro.* Modere amor tus quimeras,  
señor: ¿á qué te aventuras?  
mira que á perderte llevan.

*Infante.* Ramiro, quien no aventura  
no la tiene, y quien en ella  
desconfia y no se atreve,  
no es mucho que no la tenga. (*Disparan.*)

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.



## JORNADA SEGUNDA.

*Salen la PRINCESA, la INFANTA y ENRICO.*

*Princesa.* Famosa entrada sería.

*Infanta.* Que la encarece recelo  
Enrico.

*Enrico.* Decir podría  
que nunca á la luz del cielo  
se vió más ufano el día.

*Infanta.* ¿Es el de Mántua galán?

*Enrico.* Mucho; pero al español  
muchas ventajas le dan,  
que entró amenazando el sol  
en un caballo alazan.

*Infanta.* El conde de Barcelona  
es ese.

*Enrico.* Y es el que tiene  
mil partes con que aficiona,  
y con el de Mántua viene  
á solo honrar su persona.

*Infanta.* ¿No pretende á la princesa?



*Enrico.* No lo hará, que ofenderia  
á la amistad que profesa  
con el duque, á quien podria  
dificultalle la empresa.

*Princesa.* ¿ Es galan ?

*Enrico.* Sobre robusto,  
que no hay más que desear.

*Infanta.* Este Conde viene al justo  
para podelle avivar  
á mi hermana el muerto gusto,  
pues por la misma razon  
que no pretende, podria  
cautivalle el corazon,  
que en la humana fantasía  
los gustos tan locos son.

*Enrico.* Ya con varios instrumentos  
entran todos á ocupar  
por órden estos asientos.

*Infanta.* Déjeme el cielo lograr  
industrias y pensamientos.

*Princesa.* En mi altivo proceder  
verán mi animoso brío.

*Enrico.* Maravillas se han de ver.

*Infanta.* El de Mántua será mio  
ó yo dejaré de ser.

*Salen el REY, el PRÍNCIPE DE ALBANIA, el DUQUE DE FERRARA, el DUQUE DE MÁNTUA y el INFANTE DE ARAGON. Sobre una tarima ha de haber una silla y dos almobadas donde se sienten el REY y sus dos hijas, y en dos sillas al lado derecho el INFANTE y el DUQUE DE MÁNTUA, y en otras dos al otro lado el DUQUE DE FERRARA y el PRÍNCIPE DE ALBANIA.*

*Duque.* Ya de vuestra alteza espero  
la mano.

*Leonora.* Duque, llegad  
*(Arrodíllase el Duque ante Leonora.)*  
á la Princesa primero.

*Duque.* Disculpada ceguedad. *(Aparte.)*

*Infanta.* Para mí dichoso agüero. *(Aparte.)*

*Rey.* En ocasion semejante  
no es culpa el estar turbado.

*Princesa.* Levantad.

*Duque.* Dicha importante  
es el haberme mandado  
que hasta el cielo me levante.

*Infante.* Hónreme á mí vuestra alteza.

*Princesa.* Alzad, Conde. En todo altiva  
es la española braveza.

*Infante.* Mas bien me parece viva *(Aparte.)*  
que pintada su belleza.—  
Ya de vuestra alteza estoy  
á los piés.

*Infanta.* Sea bien llegado,

vuestra alteza. — Viendo estoy  
que le mira con cuidado (*Aparte.*)  
mi hermana; dichosa soy.

*Infante.* O me engañan los antojos  
ó me inclina la piedad,  
ó son más bellos despojos  
los de Leonora.

*Duque.* Es verdad.

*Infante.* No lo es para mis ojos, —  
pero inclinarle deseo (*Aparte.*)  
á su amor con mi advertencia. —  
¿No es más bella?

*Duque.* Ya lo veo;  
pero el gusto en competencia  
abrsa más el deseo;  
y así aunque estoy inclinado  
á Leonor, su hermana, quiero  
con más fuerza en el cuidado.

*Infanta.* ¿No es gallardo caballero  
el español?

*Princesa.* Extremado.

*Infanta.* ¿Al de Mántua no le ves?  
desluce la gravedad  
y gallardía despues  
de velle á él.

*Princesa.* Es verdad.

*Infanta.* — En mis ojos no lo es (*Aparte.*)  
pero guio mi esperanza,  
á que mi hermana le quiera. —

*Princesa.* Bien merece tu alabanza.

*Infanta.* ¿Gustáras que pretendiera  
tu persona y tu venganza?

*Princesa.* No me pesára.

*Ferrara.* ¿Has notado  
que á ninguno de los dos  
apénas nos ha mirado?

*Albania.* Corrido estoy, vive Dios.

*Ferrara.* Y yo estoy desesperado.

*Rey.* Esto haced. (*El Rey con un criado.*)

*Enrico.* Con mucha prisa  
quiere entrar.

*Rey.* ¿Quién dice que es?

*Enrico.* Caballero de alta guisa;  
con traje tan al revés  
del uso, que causa risa;  
pero tan lucidamente,  
despues de su buen lenguaje,  
tanta y tan lucida gente  
le van siguiendo, que al traje  
con la ostentacion desmiente.

*Rey.* Entre.

*Enrico.* No debe ser  
hombre que licencia pide,  
pues se la sabe tener.

*Sale RAMIRO vestido de figura.*

*Ramiro.* Hoy que mi industria se mide  
con mi donaire han de ver.

*Duque.* ¿No es Ramiro? ; Hay pensamiento

tan loco! ¿Á qué travesura aplica el entendimiento?

*Infante.* Aunque parece locura no será sin fundamento.

*Ramiro.* Yo, gran rey, de allende el faro para que me envidien muchos en las indias del oriente soy mayorazgo del Cuzco. El mayorazgo me llamo porque tengo y porque empuño la mayor parte y más rica de las provincias del mundo. Dueño soy de tanta tierra poblada, que apénas pudo medir con años el tiempo de mis ciudades los muros. En mis fértiles campiñas hay árboles, que por fruto rinden cocido y asado, enjigotado y maduro. Hay rios tan caudalosos que llevan por varios flujos leche, miel, aceite y vino á las mesas de Neptuno. Hay en mil montes la caza al modo que yo la busco, liebres mansas, gamos cojos, garzas sordas, ciegos buhos, gatos monteses sin cola, lobos rapaces con pujo,

jabalís descolmillados  
y leones boquirubios.  
Hay mujeres que no piden,  
y hombres hay (aquesto es mucho)  
que dicen todos verdad,  
aunque yo lo disimulo.  
En fin, soy señor tan grande,  
que con mucha causa usurpo  
el nombre de gran señor  
á no ménos que el gran turco.  
Soy famoso descendiente  
de un hombre que en el diluvio  
sin el arca se escapó  
nadando como un besugo:  
irónicamente pongo  
en el timbre de mi escudo  
las abarcas y las greñas  
del villano del Danubio.  
Llámome por gusto mio  
don Brocadan el Confuso,  
y no sin gran propiedad  
este nombre me acumulo,  
porque en los tiempos de agora  
depravados y caducos,  
¿qué hombre habrá que mucho entienda  
que no se confunda mucho?  
Estaba, pues, en Guancoya,  
ciudad á quien yo atribuyo  
ser cabeza de mi estado,  
porque es centro de mi gusto,

gozando mis libertades  
y sin meterme en dibujos,  
guiando mis pensamientos  
por bien diferentes rumbos,  
cuando con gritos la fama  
relevantes y profundos,  
que unas veces son bramidos  
y otras veces son rebuznos,  
publicó que la Princesa  
tu hija, cuyo dibujo  
mostró dando á su hermosura  
propiedades y atributos,  
en tu corte de Palermo  
convidaba muchos mundos  
de príncipes y señores  
á que mereciese uno  
ser, logrando su venganza,  
no ménos que esposo suyo.  
Yo entónces, aunque la ví  
como en un espejo turbio  
comparado á lo que agora  
en sus ojos me deslumbro,  
desasoseguéme y luégo,  
dando más fuego al discurso,  
abraséme y consulté  
á un tio que tengo brujo;  
éste fué tan diligente  
que para buscar por puntos  
al infante de Aragon,  
sobre los vientos me puso,

y por vida de mi sora  
la Princesa, que ninguno  
le ha seguido como yo,  
pues por ella misma juro  
que le conté cuidadoso  
todos sus pasos ocultos,  
y que á no ser tan galante  
el capricho en que me fundo,  
que pudiera haberle hundido  
con desleal disimulo  
las tripas con los talones  
y los cascos con los puños;  
pero cuando llegue el plazo  
de la eleccion, mis conjuros  
le pondrán vivo á tus piés  
para que sea el verdugo  
de su cabeza tu mano,  
y luégo de esposo tuyo  
la merezca yo, que soy  
el mayorazgo del Cuzco.  
Cansado estoy : hasta agora  
no he caido en que es disgusto  
el haber tenido en pié  
un hombre de tanto punto,  
siendo yo tal que, si asiento  
no me ofrecen, le procuro,  
y si en la tierra le hallo,  
en el aire no le busco. (*Siéntase en el suelo.*)

*Princesa.* Notable humor.

*Infanta.*

Extremado.



- Albania.* Buen gusto.
- Ferrara.* Todos podemos  
rendirnos.
- Rey.* ¿Y quién le ha dado  
para emplear los extremos  
el camino y el cuidado?  
Sabeldo por vida mia.
- Duque.* Mal hizo.
- Infante.* No se atrevió  
sin causa.
- Princesa.* Ó la fantasía  
me engaña, ó le he visto yo  
otras veces.
- Infanta.* Ser podría.
- Rey.* Vamos; que descansen quiero  
vuestras altezas.
- Ramiro.* Piedad  
es muy generosa; pero  
deje vuestra majestad  
que yo descanse primero,  
que há poco que me senté  
y al hacer mi relacion  
estuve gran rato en pié.
- Ferrara.* Tiene sobrada razon  
vuseñoría.
- Ramiro.* Bien á fé.
- Albania.* Vuseñoría ha procedido  
bravamente.
- Ramiro.* Bien por Dios.  
alteza y realteza pido

ó les trataré á los dos  
descontento y ofendido  
del modo que me han tratado,  
y con la soberbia al uso  
como hasta aquí me han llamado  
don Brocadan el Confuso,  
me llamaré el Enojado.

*Rey.* Justicia pide.

*Ferrara.* Extremadas  
son sus cosas.

*Albania.* Fácilmente  
verá enmiendas acertadas.

*Ramiro.* Tratémonos igualmente  
ó saquemos las espadas.

*Duque.* Dí, ¿qué has hecho?

*Infante.* ¿Quién te mete  
en ser libre?

*Ramiro.* La ocasion  
de servirte, pues promete  
la libertad del bufon  
lugar á ser alcahuete.

*Duque.* Bien puedes aventurar  
el hablalla.

*Infante.* Aunque estoy ciego,  
veré si puedo quedar  
á donde comience luégo  
mi industria á tener lugar.

*Princesa.* Vamos y sabrás que estoy  
sujeta á ciertos temores.

*Infanta.* Luégo iré, que desde hoy

el oír tus pretendores  
me toca.

*Princesa.* Pues yo me voy.

*Vánse por una puerta el REY y los demás, y por otra  
la PRINCESA, y quedánse la INFANTA y el INFANTE  
DE ARAGON.*

*Infante.* Señora, un altivo intento  
de la ocasion ayudado  
no es atrevido.

*Infanta.* ¿He llamado  
por ventura atrevimiento,  
Conde, á tu buen pensamiento?

*Infante.* A no obligarme á llegar  
con respeto á este lugar,  
bien pudiera presumir  
que debe primero oír  
quien despues ha de juzgar.

*Infanta.* Bien dices: porque despues  
pueda yo juzgar mejor,  
á cualquiera pretensor  
que de mi hermana lo es  
debo oír; ¿pero no ves  
que á los más que no lo son  
como tú, á oír su razon  
sólo obligarme podria  
piedad en la cortesía,  
mas no fuerza en la razon?

*Infante.* ¿Y no süeles ser juez

en tus causas?

*Infanta.* No he tratado  
de saber si apasionado  
suelo serlo alguna vez,  
porque implica á mi altivez.  
— En el alma me pesara (*Aparte.*  
que de mí se aficionara.

*Infante.* Por la vida, no quisiera  
que ántes que mi amor supiera  
con el suyo me obligara.

*Infanta.* Ocasión, dame camino  
para lograr lo que intento.

*Infante.* Logra amor mi pensamiento,  
pues por tu norte camino.

*Infanta.* Que dudas en tí imagino:  
muchas sospechas me dás,  
pues siendo español estás  
tan cobarde.

*Infante.* Eres divina ;  
más quien duda y determina  
espera atreverse más.  
Toparon en tu respeto  
mis dudas, pero si al vellas  
prometes favorecellas  
con piedad y con secreto,  
escucha.

*Infanta.* Yo lo prometo,  
y quedaré muy ufana  
de oírte.

*Infante.* Pues soberana

infanta, sabe que lloro  
mil recelos, porque adoro  
á la princesa tu hermana.

*Infanta.* ¿Pues por qué causa no has hecho,  
siendo tu persona tal,  
de tu esperanza caudal  
y ostentacion de tu pecho,  
atrevido y satisfecho  
con los demás pretensores,  
publicando tus amores  
y aspirando á sus venganzas?

*Infante.* Porque no las esperanzas,  
por públicas, son mejores;  
demás de que yo tenía  
con el de Mántua amistad,  
que á mi libre voluntad  
justa repugnancia hacía,  
y vine en su compañía  
trayendo en mi corazon  
escondida esta pasion  
tan valiente y tan constante,  
que por ser en un amante  
siendo engaño no es traicion.  
Concertó el duque conmigo  
en Mántua, para obligarte  
á que fueras de su parte,  
que yo fingiera contigo  
que te amaba; mas yo sigo,  
más amante y ménos fiel,  
tan diferente nivel

tan diferente nivel,  
que hacello al revés quisiera,  
procurando que él te quiera  
y tú le quieras á él;  
porque esta empresa que intento  
en el Duque me asegura  
que, si viese tu hermosura  
lograda en su pensamiento,  
quedaria tan contento,  
que despues con gusto extraño  
aunque viese el desengaño  
y para culpar mi fé  
supiese que le engañé,  
me alabaria el engaño.

*Infanta.* Tanto á mi intencion responde  
lo que agora me dijiste,  
que parece que estuviste  
en mis pensamientos, Conde.  
Mi pecho, aunque es mio, esconde  
cierta centella tambien,  
pero á mi vergüenza ten  
lástima en mis osadías,  
y sabe que há muchos dias  
que yo al Duque quiero bien.  
Viéndole, pues, pretensor  
de mi hermana, á mi despecho,  
y teniéndole en el pecho  
broçando llamas de amor;  
para templar el temor  
de esta eleccion que se ordena,

dispuse, viendo en mi pena  
 el peligro que corria,  
 una causa que es tan mia,  
 el ser jüez en la ajena,  
 para que, el plazo cumplido  
 de mi hermana, aunque quisiese  
 al Duque, ser no pudiese,  
 aunque llamado, escogido.  
 Mejoróse mi partido  
 desde el punto que te ví,  
 pues de tus partes creí  
 que con ella hacer pudiera,  
 porque al Duque no quisiera  
 que se aficionara á tí;  
 y pues al cielo atribuyo  
 el haberse concertado  
 con el mio tu cuidado,  
 á mi cargo deja el tuyo,  
 pues de lo que en él arguyo  
 la correspondencia fio  
 á tu ingenio y á tu brio;  
 y así será cosa llana  
 el ser tu esposa mi hermana  
 y el de Mántua esposo mio.

*Infante.* Lo que pisas besar quiero,  
 y si es que pudo algun dia  
 dar la muerte una alegría,  
 mucho hago pues no muero.

*Infanta.* Esta noche vé al terrero,  
 y haré que esté en el balcon

mi hermana, porque es razon,  
si tus razones la informan,  
que vea que en tí conforman  
tu gala y tu discrecion.

*Infante.* Más responde con callar  
quien no acierta á responder.

*Infanta.* Con mi hermana he de volver  
presto por este lugar,  
y tú la podrás hablar  
con los ojos: en paz queda.

*Infante.* Donde levantarme pueda  
hasta el cielo soberano,  
pues tengo en tu hermosa mano  
de mi fortuna la rueda.  
¿Dónde llevas, amor, mis esperanzas  
atropellando miedos con rigores?  
Pero en tí el proponer viles temores  
es animar con nobles confianzas.  
Amor, en pecho ajeno tus mudanzas  
tengo no más por propios valedores,  
pues me aventuro á pretender favores  
de la que contra mí premia venganzas.  
Pero cuanto más fuerte es el contrario  
debe ser el valor más animoso,  
fiándole la vida al tiempo vario;  
que es acto más altivo y generoso  
arrojarse á perder por temerario  
que encojerse á morir de temeroso.



*Sale el DUQUE DE MÁNTUA.*

*Duque.* Don Diego, solos estamos.  
¿Hablaste á Leonora?

*Infante.* Sí,  
señor, que hablando de tí  
notables cosas hablamos.

*Duque.* ¿Qué dijo?

*Infante.* Tanto, señor,  
tus alabanzas admira,  
que he sospechado que mira  
tus partes con propio amor.

*Duque.* Mil veces hubiera sido  
dichoso, si á tal llegara  
y si tanto no obligara  
el salir con lo emprendido  
donde hay competencia tal.  
Segun me parece bella,  
por Dios, que empleara en ella  
del alma todo el caudal ;  
pero agora temeroso  
estoy de que si pusiese  
propio amor en mí, le fuese  
á mi pretension dañoso.

*Infante.* Por ver el impedimento  
que sería á divertilla,  
acudilo con decilla  
por sombras mi casamiento.

Respondiome con tenerme  
 suspenso en su cortesía,  
 mostrando que me entendia  
 y que habia de entenderme;  
 y esta noche en el terrero  
 me declararé del todo,  
 si hallo con la industria el modo  
 que para los dos espero,  
 si á lo mismo te dispones  
 donde he visto suceder  
 que oidos suelen tener  
 las rejas y los balcones.

*Duque.* Todo viene prevenido  
 como de tu ingenio; iremos  
 al terrero.

*( Cáesele un guante al DUQUE DE MÁNTUA y levántale el INFANTE y dásele arrodillado; á este tiempo van á salir la PRINCESA y la INFANTA y detiénense á la puerta.)*

*Princesa.* No pasemos,  
 espera.

*Infante.* Descuido ha sido:  
 tras de aquellas vidrieras  
 ví que pasaban.

*Duque.* ¿Y así  
*( Quitase el sombrero el de Mántua.)*

te vieron?

*Infante.* Pienso que sí.

*Duque.* Más advertido anduvieras  
 si ménos cortés el guante

me dieras.

*Infante.* Culparme quiero  
de nécio.

*Duque.* Ponte el sombrero,  
disimula y vé delante, (*Acércase.*)  
porque el que nos vió, aunque arguya  
lo que recelo, podría  
en mi mucha cortesía  
deslumbrarse de la tuya. (*Vánse.*)

*Princesa.* Hermana ¿qué pudo ser  
lo que viste?

*Infanta.* Estoy sin mí,  
no parece que lo ví  
aunque lo acabo de ver.

*Princesa.* Dar un guante arrodillado  
un conde de Barcelona  
¿qué será siendo persona  
de tan eminente estado?  
Esto algun misterio tiene  
ó alguna quimera esconde;  
¿si há el Duque fingido un Conde  
con que un engaño previene?

*Infanta.* Bien puede ser que haya sido,  
pero en las muestras que ofrece  
de sus partes, no parece  
el conde señor fingido,  
pues su rostro, cortesía,  
compostura, autoridad,  
con la misma claridad  
que el sol nos descubre el dia,

descubre que es gran señor  
con alma merecedora  
de que la mayor señora  
del mundo le tenga amor.  
Yo á lo ménos si lo fuera  
de mil mundos, mil regiones,  
otros tantos corazones  
le sujetara y rindiera.  
Esto la digo por ver, (*Aparte.*)  
que casi siempre parece  
que una mujer apetece  
lo que estima otra mujer.  
¿No me respondes?

*Princesa.* Me espanto  
de tí, y digo...

*Infanta.* Dí, responde.

*Princesa.* Digo que á estimar al conde  
no te determines tanto,  
porque hablando lo que siento  
contigo, pues el hablar  
á tu oído es consultar  
con mi propio pensamiento,  
te confieso que causó  
el Conde, aunque á mi despecho,  
inquietudes en mi pecho...

*Infanta.* Eso deseaba yo.

*Princesa.* Que inclinaran mi piedad;  
pero el haber sospechado  
que tiene fingido estado,  
suspende mi voluntad.

*Infanta.* Eso, aunque es risa el temello,  
fácilmente se sabría,  
pero á ser verdad, sería  
contra ti misma el sabello.

*Princesa* ¿ Ignorallo no es peor?

*Infanta.* No, hermana, si le has de amar.

*Princesa.* ¿ Qué haré?

*Infanta.* Dejarte engañar :  
si te engañan es mejor.

*Princesa.* Dices bien.

*Infanta.* Ven á un balcon  
donde veas, si me habla,  
en las razones que entabla  
qué bien dice su razon ;  
pues tanto mi alma desea  
tu gusto, hermana, que el brio  
con que le estimaba el mio  
desea que tuyo sea  
y se logre en tu persona.

*Princesa.* Dios te guarde. ¡ Oh! cuanto diera,  
ay hermana, porque fuera  
el conde de Barcelona,  
quien logrando mi intencion  
y mereciendo mi alteza,  
me trajera la cabeza  
del Infante de Aragon.

*Vánse y salen* FERRARA y ALBANIA.

*Ferrara.* En tan lícitos amores  
no enemistan competencias.

*Albania.* Son grandes las diferencias  
que hay de los grandes señores  
á los demás.

*Ferrara.* Es verdad ;  
y el competir es razon,  
aunque obligue á emulacion  
que no engendre enemistad.

*Albania.* ¿No es muy hermosa la infanta  
Leonora ?

*Ferrara.* Aquí entre los dos,  
más que su hermana, por Dios,  
los pensamientos levanta.

*Sale RAMIRO.*

*Ramiro.* Estas damas palaciegas  
han de oír mis desatinos  
de noche y por dos caminos :  
hablaré á tontas y á ciegas.  
Gente veo, aunque me ofusco  
con las sombras, ¿quién serán ?

*Albania.* ¿Quién vive ?

*Ramiro.* Don Brocadan,  
el mayorazgo del Cuzco.

*Ferrara.* Buena figura.

*Albania.* Y ¿tan tarde  
su Alteza ? ¿quién tal pensara ?

*Ramiro.* ¿Quién sois ?

*Albania.* Albania.

*Ferrara.* Ferrara.

*Ramiro.* Dios os guarde.  
 Todos, todos pretendemos  
 y vivimos desvelados,  
 dando fuego á los cuidados  
 y templanza á los extremos.

*Ferrara.* ¿Está muy favorecido  
 vuestra Alteza?

*Ramiro.* Siempre lucho  
 con mi fé, y de estarlo mucho  
 intenciones he tenido.

*Albania.* Lindo loco.

*Ramiro.* Demás desto  
 vuestras Altezas aparte  
 me escuchen.

*Salen el DUQUE y el INFANTE y quédanse á la puerta.*

*Infante.* Iba á guiarte,  
 pero está ocupado el puesto.

*Ramiro.* Ví que la Princesa ya  
 me lograba los antojos,  
 porque en mí puso los ojos  
 más que en todos.

*Ferrara.* Claro está.

*Ramiro.* Y despues que me miró,  
 ví que de mí se reía.

*Albania.* Gran favor por vida mia.

*Ramiro.* Mayores los tengo yo.

*Infante.* El de Albania y de Ferrara  
 son.

*Duque.* Fué harto el conocellos.

*Infante.* Y Ramiro emplea en ellos  
sus locuras.

*Ferrara.* Cosa rara.

*Infante.* Llega á la conversacion,  
y entretenido en hablallos,  
procura, para llevarlos  
de aquí, excusa y ocasion;  
y luégo vuélvete aquí,  
donde yo quiero quedar  
para ver si puedo hablar  
á Leonora.

*Duque.* Harélo así.

*Ramiro.* Y al conde barcelonés  
y al duquecillo mantuano,  
si no respetan mi mano  
les haré emplear los piés.

*Salen á la ventana la PRINCESA y la INFANTA.*

*Infanta.* ¿ Servirán de inconvenientes  
los que escuchas? ¿ Quién serán?

*Duque.* ¡ Ah, señor don Brocadan,  
de los amigos ausentes  
murmura un príncipe sabio;  
amigo mormurador  
no es buen amigo.

*Ramiro.* Señor,  
lo que se usa no es agravio:  
deja que me vaya, ten



el mismo trato conmigo,  
y parecerás amigo  
cortesano.

*Albania.* Dice bien.

*Duque.* Yo quedo bien satisfecho.

*Ferrara.* Así es cierto.

*Albania.* Así es verdad.

Duque, pues la ociosidad  
aflige un amante pecho,  
yo, si vuestra Alteza gusta,  
miéntras se detiene el día  
de nuestra elección querria  
manteneros una justa.

*Ferrara.* Imaginarse no pudo  
mejor cosa.

*Duque.* Extremo ha sido,  
porque sin Marte Cupido  
dos veces está desnudo.

*Ferrara.* Yo os serviré de ayudante.

*Duque.* Yo saldré de aventurero.

*Ramiro.* A mí me toca el primero  
ministerio semejante.

*Albania.* Con eso el sello se ha echado  
á la fiesta.

*Ramiro.* Ya la empresa  
y el mote que á la Princesa  
le dedico, está pensado.

*Ferrara.* Dila por tu vida.

*Ramiro.* Aguarda;  
mejor lo quiero pensar.

¡ Gran cosa ! yo he de sacar  
en la cimera una albarda.

*Duque.* ¿ Y el mote ?

*Ramiro.* Bien es se note.

*Ésta mata los riñones,  
vos, señora, corazones.*

*Infanta.* Jesús que gracioso mote.

*Ramiro.* ¿ Quién habla arriba ?

*Princesa.* Ay, hermana,  
que te oyeron.

*Ramiro.* Reventó  
el buche, y se le cayó  
la risa por la ventana.

*Albania.* Hablemos más advertidos,  
pues nos oyen.

*Ferrara.* Dices bien.

*Duque.* ¿ Cuándo se ha visto que estén  
las paredes sin oídos ?

*Infante.* Tan larga conversacion  
me tiene la vida en calma.

*Ramiro.* Iréme buscando el alma  
de un balcon á otro balcon.  
En el *ay* reconocí  
á mi amo : llegar quiero.

*Infante.* ¿ Podrás echar del terrero  
esos hombres ?

*Ramiro.* Creo que sí.  
Mete mano, da y repara,  
y vuélvete á este lugar.

*(Meten mano y éntranse acuchillando.)*

Aquí, que quieren matar  
á un gran príncipe ; Ferrara,  
Albania, Mántua, socorro  
al mayorazgo.

*Duque.* Llegad.

*Ramiro.* ¡Ay de mí!

*Albania.* Corred, volad.

*Ramiro.* Cuando huyo, volando corro.

*Princesa.* ¿Qué será?

*Infante.* Alguna locura  
del mayorazgo del Cuzco.

*Sale el INFANTE envainando la espada.*

*Infante.* Tan perdido voy, que busco  
entre sombras mi ventura.  
Así fuese tan dichoso  
que el alma, si no la vista,  
en los brazos de la noche  
llegase á la luz del día.

*Infanta.* Él es. Ce, ce, ¿qué mirais?  
¿por ventura ó por desdicha  
buscáis en estos balcones  
alguna ocasion perdida?

*Infante.* Miro entre sombras y penas,  
porque en ellas ver querria,  
si dan llanto á las pasiones,  
como á los donaires risa.

*Infanta.* ¿Sois el Conde?

*Infante.* El Conde soy.

¿Sois la estrella que me guía?

*Infanta.* Yo soy, y de la Princesa  
el alma propia me anima;  
porque es toda su privanza  
quien me acompaña.

*Infante.* ¿Y sería  
atrevimiento el decir  
ahora pasiones mías  
al alma de la que adoro?

*Infanta.* Como si con ella misma  
hablarais, podeis hablalla,  
que yo me obligo á que finja  
hasta en la voz que es mi hermana,  
y como en su boca os diga  
lo que siente de su pecho.

*Infante.* ¡Qué graciosa niñería  
en disimular favores!

*Sale el DUQUE DE MÁNTUA y quédase en la puerta.*

Pues ya si gustos y dichas  
no me enmudecen, oid,  
gran Princesa de Sicilia,  
á un Conde de Barcelona  
que con el alma cautiva  
á ser vuestro pretensor  
ocultamente se anima.

*Duque.* ¡Cielos! ¿qué es esto que escucho?

*Princesa.* Pues ¿cómo cuando podriais  
oponer vuestra persona

á las demás que se aplican  
 á pretender mis venganzas,  
 para merecer mis dichas  
 con esfuerzo valeroso  
 vos no intentais conseguirlas?  
 Pues aunque el duque de Mántua  
 es vuestro amigo, podiais  
 prevenille y no ofendelle,  
 si como en él se anticipa  
 el declararse con vos  
 vuestra amistad prevenida,  
 Conde, en vos se anticipara  
 esa diligencia misma.  
 Pero más en vos que en él  
 para en esta empresa altiva  
 por ser menor el cuidado  
 fué perezosa la envidia.

*Infante.* Y cuando en mí no estimara  
 esas culpas tan baldías  
 para enmendar mis descuidos,  
 señora, ¿no bastaria  
 ver que un hombre como yo,  
 porque á ser tan vuestro aspira,  
 falsas amistades haga  
 y varios enredos siga?

*Duque.* ¡Oh, traidor!

*Infante.* ¿Es por ventura  
 impedimento á que os sirva  
 el tener las esperanzas  
 valientes, aunque escondidas?

*Princesa.* Y para el dia del plazo,  
¿qué diligencias podrian  
á mi venganza aplicadas  
apurar vuestra justicia?

*Infanta.* Pues el jüez, que soy yo,  
apasionado las mira,  
pocas, para dar el fallo  
en su favor, bastarian.

*Infante.* Estimo merced tan grande,  
pero esperad para el dia  
de la eleccion que yo haga  
milagrosas maravillas,  
pues asida de mis brazos  
vereis que os traigo cautiva,  
la persona del Infante  
de Aragon, y que se humilla  
donde corteis su cabeza ;  
y si esta verdad precisa  
no fuere en mí, me pondré  
á donde corte la mia  
un verdugo.

*Princesa.* ¿Qué decís?

Escuchad : ¡ notable dicha !

*Infante.* Hablad más quedo, llegad.

*Duque.* ¿ Hay tal maldad, inaudita  
traicion, disforme embeleco ?  
¡ Que con persona fingida  
á esto se atreva un villano  
y que no se le castiga !  
¡ Vive Dios !... pero el enojo

mal discurre cuando incita.

*Princesa.* Habla á mi hermana, que á mí  
no me deja el alegría  
escuchar ni responder,  
y me voy donde la impida  
el matarme : adios, adios. (*Váse.*)

*Infanta.* Bien nuestros gustos caminan  
á lograrse, Conde.

*Infante.* Infanta,  
el tiempo los facilita.

*Infanta.* Si yo te debo el tener  
por mi esposo hoy por mi vida  
al duque de Mántua, á quien  
quiere amor que el alma rinda;  
pondré, Conde, estátuas tuyas  
en su templo, que fabrican  
con amantes pensamientos  
mis esperanzas altivas.

*Infante.* Al templo de tu hermosura  
cuando al Duque, amante rindas,  
deberás estátuas tuyas  
de tus cabellos asidas;  
y yo á pesar de los tiempos  
que borran cuanto caminan,  
dejaré en mármol y en bronce  
vuestras memorias escritas.

*Infante.* Tuya será la Princesa  
y el Duque mio.

*Duque.* Estaria  
agradecido á la Infanta

cuya belleza es divina;  
 pero el ver que un español  
 con desvergüenza tan viva  
 se atreva á tan vil engaño,  
 me descompone y me inclina  
 á castigos y á venganzas;  
 pero primero querria  
 saber si tiene en el pecho  
 más traiciones escondidas,  
 y yá advierto que ocasiones  
 á un tiempo me facilitan  
 en mi duda el desengaño  
 y la venganza en su vida.

*Infanta.* Adios, Conde.

*Infante.* Adios, Infanta.

¡Ay cielo! tan divertida  
 tuve en esto la memoria,  
 que no advertí que podia  
 escucharme el Duque: ¡cielos!  
 cierta será mi desdicha.

*Duque.* Disimularé con él  
 si puedo. Ya llega el dia,  
 don Diego.

*Infante.* Mucho tardaste,  
 señor.

*Duque.* ¿Qué has hecho? ¿Qué Indias  
 has descubierto entre tanto?

*Infante.* Con riquezas infinitas  
 las ví. Para mí á lo ménos. (*Aparte.*)

*Duque.* Ya te entiendo, aunque me finjas. (*Aparte.*)



*Infante.* Agora hablé con Leonora :  
¿no me oíste? Que me oíais  
entendí cuando la hablaba.

*Duque.* ¿Qué dice?

*Infante.* Que solicita  
en ella mis esperanzas  
y en la Princesa tus dichas;  
y díjome más, escucha.

*Duque.* Espera. (Si más mentiras *(Aparte.)*  
le escucho, será imposible  
determinarme á sufrillas.)  
No sé qué escuchaba agora,  
déjalo, porque me digas  
con más espacio despues  
lo que para mis conquistas  
hicistes, y ven advertido  
de que es bien que te apercibas,  
porque sale al campo el rey,  
y le acompañan sus hijas,  
y todos le acompañamos.

*Infante.* Será grandeza excesiva.

*Duque.* Perderás tu vida en ella  
de las propias manos mias.

*Infante.* Enojado está conmigo  
el Duque, pues averiguan  
disimulados agravios  
razones mal entendidas.  
Él me oyó, soy desdichado;  
muchas veces es maldita  
mi fortuna, pues tan presto

descompuso mi alegría.  
¿Qué he de hacer? mas si me aprieta  
declarando estos enigmas,  
le diré quién soy, y entónces  
alborotóse Sicilia;  
pues cuando aventure el alma  
ó cuando pierda la vida  
por una ocasion tan justa  
y una causa tan divina,  
la veré, si no la veo  
bien lograda, bien perdida.

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.





## JORNADA TERCERA.

*Salen arriba, suponiendo que están en la cumbre de un montecillo enramado de modo que se puedan esconder,*  
*la PRINCESA y la INFANTA LEONORA.*

*Infanta.* Hermoso lugar ofrece  
en su cumbre, deleitoso,  
este montecillo umbroso,  
que ameno jardín parece.

*Princesa.* Dices bien, pues en sus faldas  
tenemos bastante gente,  
que con miralle la frente  
le asegura las espaldas,  
y es menester, pues le veo  
muy bajo por esta parte.

*Infanta.* No le diera con el arte  
más propiedad el deseo.  
Desde aquí podemos ver  
por todo aqueste horizonte  
este campo y este monte  
y descansar sin temer.

*Princesa.* Y desde aquí descansando  
podremos también gustar,  
sin la flema del cazar,  
de ver cómo van cazando.

- Infanta.* Dí la primera persona  
que gustarias de ver.
- Princesa.* ¿ No está claro que ha de ser  
el Conde de Barcelona?
- Infanta.* Muy adelante en su amor  
estás en estos dos meses.
- Princesa.* Si tú el corazon me vieses,  
aún lo dijeras mejor.
- Infanta.* No es menester, yo lo creo.
- Princesa.* Cuantos lances he tenido  
con él ; ay hermana ! han sido  
medidos con mi deseo ;  
pero de aquella sospecha  
que dió indicio semejante,  
hermana, estoy ignorante  
por no estar mal satisfecha.
- Infanta.* Pues hoy, hermana, ha de ser  
la eleccion, y la esperanza  
que dió de darte venganza  
hoy por su mano ha de ser,  
no es posible haber engaño  
en suponer la persona  
del Conde de Barcelona.
- Princesa.* Es verdad: ya el desengaño  
temo con mayor razon,  
de que ha sido ligereza  
prometerme la cabeza  
del Infante de Aragon ;  
que fué promesa terrible,  
y no siendo maravilla

su diligencia, el cumplilla  
 tan presto será imposible.  
 ¿Qué haré, pues, Leonora mia,  
 cuando de habello temido,  
 con mi padre no he podido  
 que alargara el plazo un día,  
 ántes tan secretamente  
 ha escogido este lugar  
 donde poder evitar  
 el concurso de la gente,  
 que en este campo esta casa  
 buscó para la eleccion?

*Dent. 1.º* To, to, to.

*Infanta.* ¡Qué confusion  
 de gritos! Volando pasa  
 un jabalí, tras él van  
 lebreles, por alcanzallos  
 pican todos sus caballos.  
 Dos se apartan ¿quién serán?  
 El Duque y el Conde son,  
 y ya á pié se llegan más.  
 ¿No los ves?

*Princesa.* Toca y verás  
 cual me han puesto el corazon.

*Infanta.* No hará al mio diferencia,  
 pues cuando hablarte queria  
 en el Duque, hermana mia,  
 me lo impide su presencia.  
 Parece que van mirando  
 si los ven.

*Salen el DUQUE y el INFANTE.*

*Princesa.* La causa es mucha,  
¡ay de mí!

*Infanta.* Calla y escucha,  
aunque como yo temblando.

*Duque.* ¡Español!

*Infante.* Señor.

*Duque.* Escucha,  
ó á la primera palabra  
que te salga de la boca,  
te saldrá del pecho el alma.  
Esta ocasion dilaté  
para ver si averiguaba  
sin tí del engaño tuyo  
otro dueño ú otra causa;  
mas ya que el postrero trance  
de mi pretension me llama,  
y es hoy la eleccion, no es justo  
perdella ni dilatalla.  
Tú, alevoso, tú, don Diego,  
si hasta en eso no me engañas,  
¿no eres un pobre español  
que llegó perdido á Mántua?  
¿No te dí por medios tuyos  
para hacer esta jornada  
en mi casa alojamiento  
y crédito en mi privanza?  
Ese que finge locuras

y Don Brocadan se llama  
¿no es Ramiro tu criado  
y compañero, que guarda  
el secreto á tus traiciones  
y á tu engaño las espaldas,  
fingiendo locuras cuerdas  
que en tí son finezas falsas?  
Pues, villano, (que no eres  
como dijiste en España  
hidalgo, pues con ofensas  
las obligaciones pagas)  
si yo por consejo tuyo  
te consentí que tomaras  
de Conde de Barcelona  
el nombre, fué en confianza  
de que con él solamente  
y tus partes granjearas  
para que hicieras las mias,  
siendo jüez de mi causa  
la bella Infanta Leonora;  
mas no para que engañadas  
por tí la Infanta y Princesa,  
atrevido levantaras  
tus segundas intenciones  
al sol de su esfera cuarta,  
sin que te ciegue los ojos  
cuando te abrasa las alas.  
Y así, traidor, aunque pude  
ordenar que te mataran  
en un monte con engaño



ó con secreto en mi casa,  
quise, por saber primero  
en qué ocultas confianzas  
fundas tu traicion, y qué  
para que se logre aguardas,  
matarte yo de mi mano.

Y porque veas que tratas  
quien por vengarse á su gusto  
con tu persona se iguala,  
dime con verdad quién eres,  
en qué fias, ó la espada,  
porque satisfecho mueras,  
para defenderte saca.

*Infante.* Señor, tu criado soy,  
y quizá que me levantan  
esas culpas.

*Duque.* Fementido,  
de tus locas confianzas  
por fieles testigos tengo  
mis oídos: presto acaba.

*Infante.* Lo que te dije en tu tierra  
tengo que decir sin falta;  
te dije verdad, señor;  
si esto en tu pecho no basta  
no cabe más en el mio.

*Duque.* Pues tras de ofender enfadas,  
mete mano ó matarete.

*Infante.* Mucho me aprietas, aguarda,  
repórtate; y porque veas  
que injurias de tus palabras

he sufrido por lograr  
 los deseos que me abrasan,  
 y que tenemos no sólo  
 igualdad en las espadas  
 sino en todo ; tente y sabe  
 que yo soy, Duque de Mántua,  
 el Infante de Aragon.

*Infanta.* ¡ Válgame el cielo !

*Princesa.* ¡ Ay, hermana !

¿ qué me sucede ?

*Duque.* ¿ Qué dices ?

*Infante.* Verdad pura.

*Infanta.* Sufre y calla.

*Duque.* A grandes ofensas mias  
 tus atrevimientos pasan,  
 pues cuando tu muerte excusas,  
 tus embelecocos me engañan.

*Infante.* El no creerme quién soy  
 solamente me excusara  
 de sufrirte las razones  
 con que atrevido me agravias,  
 y remitillas agora  
 á la lengua y nó á la espada ;  
 mas para ver si te atreves,  
 en dejando acreditada  
 mi verdad á esos rigores,  
 escucha y verás las causas  
 que á mí que soy el Infante  
 de Aragon, tras mis desgracias  
 en tal estado me ponen

y á tal peligro me llaman.  
Con la divina Princesa  
de Sicilia, siendo Infanta,  
se trató mi casamiento  
por ocultas embajadas.  
Sucedió el pintar entónces  
con tantas lenguas la fama  
de Estela, una hermana mia,  
la belleza y la alabanza,  
que á lo que supe despues  
pudo dejalle abrasadas  
al Príncipe de Sicilia  
por los ojos las entrañas,  
tanto, que fió al disfraz  
la cautela y la jornada  
de Palermo á Zaragoza,  
corte de Aragon. Trataban  
entónces de hacer en ella,  
como es costumbre en España,  
una justa prevenida  
para ejercitar las armas.  
Súpolo el Príncipe, cuando  
ya de Zaragoza estaba,  
si no sus cesáreos muros,  
mirando sus torres altas;  
y ántes que á mi hermana viese  
con juvenil arrogancia  
ostentar quiso á sus ojos  
sus valores y sus galas.  
Esperó secretamente

el día que señalaban  
para el plazo de la justa  
sin saber que le esperaba  
su muerte en el mismo día;  
que siempre en la suerte humana  
son del tiempo venidero  
dañosas las ignorancias.  
Llegó, pues, fatal y breve  
este plazo, y en la plaza  
se vió un cielo, habiendo en ella  
estrellas por las ventanas.  
Entró un caballero, á quien  
el mantener le tocaba  
hasta que llegara otro,  
que por llevar buenas lanzas  
y dar mejores encuentros  
de aquel puesto le sacara.  
El primer aventurero,  
que suspendiendo las almas  
comenzó la competencia,  
llamado de la desgracia,  
fué el Príncipe malogrado,  
que desconocido entraba  
con extranjeros adornos  
y con sobrevistas blancas  
en un overo caballo  
con paramentos de nácar,  
sembrado, entre azul y oro,  
de diamantes y esmeraldas.  
Dió la vuelta por la tela,

y al saludar de las damas  
le dió el general aplauso  
con el silencio alabanza,  
y á mí que de unos balcones  
admirado le miraba  
impulsos de emulacion  
me dió su vista bizarra.  
Contrapúsose brioso,  
justó, y en las cuatro lanzas  
le llevó al mantenedor  
tan conocida ventaja,  
que los jüeces le dieron  
el puesto y las confianzas  
con que á otros tres les ganó  
los premios con dicha tanta  
y tal celebrar del pueblo,  
que entendí que el sol bajara  
á miralle de más cerca.  
Á las voces que le daban  
«viva el extranjero, viva;»  
yo que allí las escuchaba  
ya con enojo villano,  
aunque con envidia hidalga,  
acelerado y tambien  
corrido de que en España,  
en mi corte y á mis ojos  
un extranjero llevara  
de tierra mia vitorias,  
que fueran en las extrañas  
mayores encarecidas

y vergonzosas contadas,  
me quité de los balcones,  
y desconocido en armas  
y caballo, sin divisa  
ni padrino, entré en la plaza  
llevando envidia y no amor,  
con más cólera que gala;  
y con igual dicha y fuerza  
el Príncipe y yo, tres lanzas  
rompimos de la arandela  
arriba; mas con la cuarta  
entre la cresta y la vista,  
le encontré con tal pujanza,  
que el encuentro le llevó  
dos piezas de la celada,  
y él turbado dió en la tela.  
Aquí á voces levantadas  
del pueblo, en los aires vagos,  
los oí hacer consonancias.  
Entónces sin esperar  
yo ni premios ni alabanzas,  
dejé la plebe confusa  
y la nobleza admirada,  
y de la ciudad salime;  
pero apénas la campaña  
me dió vista, cuando oí  
llamarme por las espaldas.  
Volví á ver y conocí  
al mismo que apadrinaba  
al Príncipe, el cual me dijo:

«Para ver si con la espada  
sola peleas tan bien  
como encuentras con la lanza,  
el extraño caballero  
con quien justastes te aguarda  
de esotra parte del rio  
á la que amanezca el alba.  
Por su ribera camina  
llevando una pluma blanca,  
pues él con la misma seña  
irá á saber si te bastan  
para acometerle brios  
ó para hablalle palabras.»  
Y sin esperar respuesta  
se fué, y me dejó inclinada  
la cólera á castigar  
con aceros arrogancias;  
pero haciendo al disimulo  
camino de la venganza,  
con prevencion y cuidado  
conté las horas pesadas  
hasta que el alba risueña  
del Ebro en las ondas claras,  
nos vió al Príncipe y á mí  
que con unas mismas ansias  
pisábamos sus riberas.  
¡Ah, cielo! ¡y cómo excusara,  
si le conociera entónces,  
la desdicha más extraña,  
la más piadosa tragedia

que con lágrimas humanas  
lloró el sol y miró el cielo  
desde sus esferas altas!  
Vémonos los dos, llegámos,  
y al mirarnos en las caras,  
según lo advertí después,  
parece que adivinaban  
los pechos la obligación  
que se debían las almas;  
pero como ya empeñados  
nos tenía la ignorancia,  
pocas palabras dijimos,  
porque luego á las espadas  
les remitimos las lenguas.  
Mal haya el valor, mal haya,  
dichoso entonces en mí,  
pues la primera estocada  
sacó sangriento mi acero  
por su pecho á sus espaldas,  
y al caer tras haber dicho  
tres veces Jesús, mezcladas  
la piedad con los suspiros  
y con la sangre las bascas,  
me dijo: «¿quién eres? llega,  
llega, que tú no me matas,  
si no yo que á poca suerte  
añadí mucha arrogancia.  
Dí, ¿quién eres?» Respondile,  
ya sintiendo su desgracia:  
«de Aragon soy el Infante»;



y él animando las ansias  
«el Príncipe de Sicilia  
soy, me dijo; ántes que salga  
el alma, dame los brazos.»  
Y como si se rasgara  
con los broches del vestido  
pedazos de las entrañas,  
prosiguió, dando á la lengua  
balbuciente, la voz flaca :  
«si no le perdió el respeto  
á un retrato de mi hermana  
roja sangre de esta herida,  
verás en su hermosa cara,  
que le traia conmigo  
porque contigo mediara  
en nuestros dos casamientos,  
haciendo en nuestras hermanas  
que á ser iguales las dichas  
fueran las glorias trocadas;  
más yá á la del cielo aspiro.»  
Y al punto que le sacaba  
este retrato del pecho *(Saca el retrato.)*  
le salió del cuerpo el alma.  
Cuando ví, mirando en él  
belleza tan soberana,  
de su original divino  
en la yerta sangre helada;  
quedé yo, quedé ; ay de mí!  
á un mismo punto entre llamas  
de dolor que me affigian

y de amor que me abrasaban.  
Parecióme que sus ojos  
tiernamente se quejaban,  
y en un punto convertían  
las quejas en amenazas,  
dando una vez por disculpa  
del delito la desgracia,  
y otra vez atribuyendo  
á malicia la ignorancia.  
Matárame si la gente  
que llegó no lo estorbara,  
á quien yo mandé llevar  
en hombros la inútil carga  
del infelice mancebo,  
donde el suceso contaran  
á mi viejo padre; y yo,  
del todo desesperada  
la vida, determinéme,  
como con penas, con alas,  
de echarme á los piés del Rey  
de Sicilia y de la Infanta  
su hija, agora Princesa,  
para que si en mí culpaban  
por traiciones las desdichas,  
en mi cabeza emplearan  
para desfogar sus pechos  
ó castigos ó venganzas;  
y con un criado sólo  
me embarqué en una tartana,  
que no quise en Barcelona

sufrir dilaciones largas  
esperando las galeras.  
Pero mi suerte contraria,  
llamando contrarios vientos,  
permitió que cautivaran  
nuestro perdido bajel  
en las levantiscas playas.  
Lo que despues he pasado  
de trabajos, de desgracias  
y detenciones, no siendo  
para agora de importancia,  
lo dejaré por decir ;  
que llegué cual viste á Mántua  
y me sucedió despues  
lo que tú mismo declaras.  
Si te engañé, Duque, mira  
que tantas disculpas bastan  
para merecer perdones ;  
ó si no, pues nos igualan  
aceros y calidades,  
al trance de una batalla  
puedes remitir tu enojo  
procurando tu venganza.  
*Duque.* Infante, admirando agora  
tus desdichas dilatadas,  
me han enternecido el pecho,  
y por Dios, que me obligaras  
á dejar mi pretension ;  
pero viéndola fundada  
en que diligencias hice

por lograr las esperanzas  
 de cortarte la cabeza,  
 cuando me veo en campaña  
 contigo á la luz del sol,  
 cuerpo á cuerpo y cara á cara,  
 sin probar manos y aceros,  
 pareciera en mí el dejalla  
 más que valor, cobardía,  
 y más que piedad, infamia.  
 Así el reñir es forzoso,  
 pero doite la palabra,  
 escapando aquí las vidas  
 del peligro de las armas,  
 de valerte en el que corres,  
 si los disfraces que trazas  
 en Sicilia conocidos  
 con la muerte te amenazan,  
 con lo cual tú y yo veremos  
 agora y despues logradas  
 la obligacion que me corre  
 y la piedad que me llama. *( Mete mano.)*

*Infante.* Dices tan heróicamente,  
 que en el acero que sacas  
 como en un espejo miran  
 los orbes tus alabanzas.

*Princesa.* Conde.

*Infanta.* Duque.

*Princesa.* Duque.

*Infanta.* Conde.

*Princesa.* Al que de los dos la espada

no dé á su lugar , mi enojo  
le promete mi desgracia. (*Vése.*)

*Duque.* Para suspender los brios  
tenemos bastante causa.

*Infante.* No obedecer la Princesa  
sería desobligalla;  
mas, pues, me llamaron Conde  
y no mi nombre, sin falta  
que le ignoran, y tú harás  
cómo quien eres, si callas.

*Duque.* En los hombres como yo  
ningunas pasiones bastan  
á que descubrir secretos  
les sirvan de hacer venganzas;  
demás de que yo ya quedo  
con la palabra empeñada  
de defenderte la vida,  
pues entre los dos se acaba  
esta obligacion forzosa.

*Infante.* Hasta las estrellas claras  
tu heróico valor encumbras.

*Duque.* Gente viene, mis pisadas  
no sigas, por desmentir  
destos efectos la causa.

*Infante.* Colgaré, amor, en tu templo  
los deseos que me abrasan,  
si tú, que en hombros me llevas,  
de sus peligros me sacas.

*Vánse y sale RAMIRO.*

*Ramiro.* Espadas ví relucir  
á esta parte, ¿quién sería?

*Vuelve el INFANTE á la puerta.*

*Infante.* Ramiro solo venía.  
Con todo me quiero ir,  
veré si seguro puedo  
volvelle luégo á buscar.

*Ramiro.* Este mi amo me hace andar  
con cuidado, aunque sin miedo.

*Infanta.* Que este es un fingido loco,  
dijo el Duque, y del Infante  
es criado.

*Ramiro.* A cada instante  
mil inconvenientes toco.

*Infanta.* Notable en esta ocasion (*Aparte.*)  
se me ofrece un pensamiento.  
*Ramiro.*

*Ramiro.* Ya sabe el viento  
mi nombre : ó los ecos son  
enteramente parleros  
ó brujos naturalmente.

*Infanta.* Ramiro.

*Ramiro.* Ya se arrepiente ;  
por Dios que lo arroja en cueros.  
Ah, señora doña Eco,  
salga á luz, parlera loca,  
no me hable por la boca

de un peñasco mudo y seco,  
y advierta que yo me llamo  
don Brocadan, no Ramiro.

*Infanta.* Ya se sabe...

*Ramiro.* Ya me admiro. (*Aparte.*)

*Infanta.* Quién eres, y qué es tu amo,  
el infante de Aragon,  
que supone la persona  
del conde de Barcelona  
con engaño y con traicion.

*Ramiro.* Cuerpo de Dios, ya te busco;  
tú mientes con más cuidado,  
porque nunca fué criado  
el mayorazgo del Cuzco,  
ninfilla; más poco á poco  
te avén con hombre tan grave.

*Infanta.* Escucha, que ya se sabe  
que eres bellaco y no loco.

*Ramiro.* Ya escampa.

*Infanta.* Dile al Infante  
que ya el Rey y la Princesa  
saben su atrevida empresa,  
y que huya vigilante,  
si no quiere verse muerto  
de alguna muerte feroz.

*Ramiro.* ¡Vive el cielo, que es la voz  
de la Infanta! ¡Y eso es cierto,  
señora?

*Infanta.* Verdades son.

*Ramiro.* Quedo habla, pero es suya

aquella voz.

*Infanta.* Huya, huya  
el infante de Aragon. (*Vase.*)

*Sale el INFANTE.*

*Infante.* Mi nombre llevan los vientos :  
¿qué pronostica mi suerte?

*Ramiro.* Señor, y llaman tu muerte  
tambien tus atrevimientos.  
Señor, una voz he oido  
en aquella cumbre espesa:  
dijome que la Princesa  
ya quién eres ha sabido.

*Infante.* Será porque al Duque oyó  
y á mí hablar en este puesto.

*Ramiro.* Díjome más, que tan presto  
como te avisase yo,  
huyas de su furia airada,  
que amenaza con tu muerte.

*Infante.* Más cruel será mi suerte,  
si me la doy con la espada,  
cuando la deje de ver.

*Ramiro.* Pues qué emprende tu cuidado  
mira, señor.

*Infante.* Por osado  
atreverme y merecer.  
Proseguir quiero adelante  
el intentado camino.

*Ramiro.* Que aventuras imagino



vida y honor.

*Infante.* Soy amante,  
Ramiro, y quien no aventura  
no há ventura.

*Ramiro.* No hay dudar,  
pero el mucho aventurar,  
cuando es amor, es locura.

*Infante.* Déjame, y tu poco brio  
no descubras.

*Ramiro.* Tras tu extremo  
iré, porque yo si temo  
es tu peligro, no el mio ;  
pues yo tendré por blason  
dejar en bronce pintado  
que Ramiro murió al lado  
de un infante de Aragon.

*Sale la INFANTA.*

*Infanta.* ¡Ay duque de Mántua, cuánto  
me cuestas!

*Princesa.* Oye, Leonora, (*Sale la Princesa.*)  
hermana.

*Infanta.* ¿Qué haces, señora?

*Princesa.* Mezclar con la duda el llanto.  
Muerta vengo : ¿qué he de hacer,  
pues con desigual efeto  
se encaminan á un sujeto  
mi amar y mi aborrecer?  
Adoré sin conocer  
al Infante, y cuando vengo

á conocelle, prevengo  
tan desigual opinion,  
que suspenso el corazon  
entre dos contrarios tengo.  
Ni se aplacá ni se enciende  
en mi voluntad confusa,  
porque el uno me le acusa  
si el otro me le defiende ;  
y esta variedad suspende  
con tal modo mi esperanza,  
que entre firmeza y mudanza,  
que le condena y le abona,  
apetezco su persona  
y procuro mi venganza.  
¿Qué haré, pues, cuando deseo  
lo que persigo?

*Infanta.*

Al instante  
que conociste al Infante  
temí las dudas que veo  
de tu agravio á tu deseo ;  
y así con industria rara  
le avisé que se guardara,  
y de Sicilia se fuera  
á donde excusar pudiera  
que tu enojo le alcanzara ;  
pues si con esto el Infante  
pone á tus piés su cabeza,  
será la mayor fineza  
que pueda hacer un amante ;  
y con disculpa bastante

tu perdon mereceria.

*Princesa.* Y si se va, ¿qué sería?

*Infanta.* Le olvidarias mejor  
cuando vieses que su amor  
se rindió á su cobardía.

*Princesa.* ¡Ay, hermana! ¿ansi se olvida  
un amor constituido  
en el alma?

*Infanta.* Si su olvido  
te ofende, dale la vida,  
pues la relacion oida  
de su boca disculpó  
su delito, y te obligó  
á estar más tierná que grave.

*Princesa.* Y el mundo, que no lo sabe,  
¿qué diria? ¡triste yo!

*Infanta.* Pues ¿qué has de hacer?

*Princesa.* No lo sé.

El quererme aventurar  
á morir para matar  
rigores grandes ¿qué haré?  
¿qué camino tomaré?  
Pero cualquiera errará  
quien cual yo temiendo está,  
cuerda ó loca, que suceda  
el matalle si se queda,  
ó el morirme si se vá.

*Infanta.* Con todo, que se quedase  
querrias más.

*Princesa.* Y que hiciese

algun extremo que fuese  
quien por fuerza me obligase,  
me rindiese y disculpase.

*Infanta.* Sosiégate que estos son  
los que para la eleccion  
nuestro padre ha prevenido.

*Princesa.* Y los que yo he recibido  
con saltos del corazon.

*Salen el REY, el de ALBANIA, FERRARA y MÁNTUA.*

*Rey.* Ya plazo tan deseado  
previene gusto cumplido.

*Albania.* No seré yo el escogido.

*Ferrara.* Ni yo, pues soy desdichado.

*Duque.* Pues el Infante que ha sido  
de ella conocido y ya  
en su desgracia estará  
ha de ser el escogido.

*Princesa.* Ay, hermana, ya el Infante,  
pues no viene, es ido: ¡ay! triste  
yerro en avisalle hiciste  
á mi dolor semejante:  
su ausencia me ha de acabar,  
pues se ha ido, pues no viene.

*Infanta.* Hermana, disculpa tiene  
quien yerra por acertar;  
pero consuelo, y no tarde,  
te vendrá de haber pensado  
que no estaba enamorado  
quien dió indicios de cobarde.

*Sale el INFANTE y RAMIRO en su figura.*

*Ramiro.* ¿A trance tan peligroso,  
en fin, te has aventurado?

*Infante.* Sí, Ramiro, por osado  
espero ser venturoso.

*Infanta.* Ya viene.

*Princesa.* Pierdo el sentido,  
pues si ántes, hermana mia,  
sentí el ver que no venía,  
ya siento el ver que ha venido;  
porque recelo en su vida  
gran peligro y en mi honor  
otra desdicha mayor.  
¿Qué he de hacer? Yo soy perdida.

*Duque.* En su heróico atrevimiento  
del Infante aliento el brio  
de velle.

*Infanta.* ¡Ay, Duque mio,  
logra mi buen pensamiento!

*Rey.* Pues llegó el dichoso dia  
que en edades venideras  
dudas darán sus memorias  
y espantos sus extrañezas;  
comience el Príncipe albano  
á decir qué diligencias  
hizo en lograr la esperanza  
de mi hija la Princesa.

*Albania.* Yo, desde el dia que supe

que consistia en hacellas  
el lograr mi pensamiento  
y merecer su belleza,  
salí de Albania y llegué,  
como con alas ligeras,  
á la corte de Aragon,  
donde sabiendo el ausencia  
del Infante, habiendo sido  
quizá por temer la fuerza  
de mi razon y mi espada,  
á su castigo dispuestas,  
de alevoso le reté  
obligándole á que fuera  
donde nos partiera el sol  
el príncipe de Bohemia.  
Esperéle en ella un mes,  
y no pareciendo en ella,  
travesando incultos mares  
le busqué en remotas tierras,  
y previniéndome en todas,  
para acreditar mi lengua  
de autenticados papeles  
vine aquí con dicha incierta.

*Rey.* Diga el duque de Ferrara.

*Ferrara.* Esas diligencias mismas  
ya por tierras, ya por mares,  
hice yo, añadiendo á ellas  
llegar donde cautivaron  
al Infante, y donde apenas  
llegué, cuando saber pude

que entre esclavos que presentan  
al gran señor, le llevaron,  
y dierónme para señas  
de esta verdad esta espada,  
que fué suya y que me alienta  
á lograr mis esperanzas  
ó á calificar mis quejas.

*Rey.* El duque de Mántua diga.

*Infante.* Diga, pero no merezca.

*Duque.* Digo, que despues de hacer  
otras tantas diligencias  
como refieren los dos,  
fué mi fortuna tan buena,  
que en la campaña al Infante  
tuve yo, donde pudiera  
ó procurara, á lo ménos,  
apartalle la cabeza  
de los hombros; pero entónces  
me mandó que suspendiera  
la espada, señor, no ménos,  
no ménos que la Princesa;  
y ella sabe esta verdad.

*Rey.* Mucho dudo que lo sepa,  
pero sépalo Leonora,  
y juzgue como discreta  
esta causa.

*Princesa.* ¡Ay, desdichada!

*Infante.* ¿Y á mí no me das licencia  
para que diga?

*Rey.* Tú, Conde,

no he sabido que pretendas.

*Infante.* Las heróicas pretensiones  
nunca por estar secretas  
perdieron.

*Rey.* Dices verdad,  
ya escucho, á decir comienza.

*Infante.* Digo, señor, que despues  
que ví en mi desgracia mesma  
infamado mi valor  
y culpada mi inocencia,  
cobarde en mis esperanzas  
y perdido entre mis penas,  
me busqué yo mismo á mí  
en las bocas de la tierra,  
y entre los vientos del mar  
con lágrimas y con quejas,  
y despues de haber pasado  
largo cautiverio, ausencias  
infelices y desdichas  
tantas y tales, que fuera  
querer contallas agora  
contar en el cielo estrellas;  
llegué casi á ser traidor  
por conseguir de esta emprésa  
este fin, que fué, en el dia  
que tan deseado llega,  
poner á tus piés mi espada  
y en tus manos la cabeza  
del Infante de Aragon,  
para que con esto sepas



padrinos en estas bodas,  
dejando la competencia  
y volviendo á la amistad.

*Infante.* Y con este ejemplo vean  
y sepan todos que quien  
en amorosas tragedias  
no aventura no há ventura;  
dando fin á la comedia.

FIN DE LA JORNADA TERCERA.

## ÍNDICE.

---

	Págs.
Tan largo me lo fiais. . . . .	3
La tragedia por los celos. . . . .	117
Quien no se aventura. . . . .	225



## ERRATAS PRINCIPALES.

PÁGS.	DICE.	DEBE DECIR.
38	<p><i>Rey.</i> Pues decidle que de ella salga al punto que pienso que es travieso y la pasea, porque el remedio de esto venga junto.</p> <p><i>Tenorio.</i> A Lebrija se irá.</p> <p><i>Rey.</i> Mi enojo vea en el destierro.</p>	<p><i>Rey.</i> Pues decidle que de ella salga al punto que pienso que es travieso y la pasea. Porque el remedio de esto venga junto, á Lebrija se irá. Mi enojo vea en el destierro.</p>
102	<p><i>D. Juan.</i> ¿Eres alma condenada ó de la eterna region?</p>	<p><i>D. Juan.</i> ¿Eres alma condenada ó de la etérea region?</p>
104	<p>El temor, y temer muertes</p>	<p>El temor, y temer muertos</p>

\_\_\_\_\_

T 51 - 52 C



